

ESPECTROS DE LA NOCHE

Fritz Leiber

*La luz se enturbia, y el cuervo
Emprende el vuelo al bosque de los grajos:
Los buenos seres diurnos empiezan a languidecer y dormir,
Mientras los negros agentes de la noche despiertan en busca de sus presas.*

Macbeth: Acto III, Escena 2

Dedicado a Jonquil, mi esposa

Fantasma de humo

La señorita Millick se preguntaba qué le habría pasado al señor Wran. Mientras le dictaba no dejaba de hacerle las más extrañas observaciones. No hacía mucho rato se había vuelto bruscamente y le había preguntado:

—¿Ha visto alguna vez un fantasma, señorita Millick?

Ella había reído nerviosamente entre dientes y dijo:

—Cuando era adolescente, recuerdo que había un espectro vestido de blanco que, cada vez que yo iba a dormir a la habitación del desván, salía del armario que había allí y se ponía a gemir.

Naturalmente, se trataba de un producto de mi imaginación. Por entonces yo era muy pusilánime, y había muchas cosas que me espantaban.

Pero él había dicho:

—No me refiero a esa clase de fantasmas, sino a uno surgido del mundo actual, con el hollín de las fábricas en el rostro y el ruido de la maquinaria en el alma. Un fantasma que vagase por los patios llenos de carbón y se deslizase silenciosamente de noche por los desiertos bloques de oficinas, como éste. Un fantasma de verdad, no algo que se saca de los libros.

Ella no había sabido qué decir.

Jamás había actuado de ese modo. Por supuesto, era posible que estuviese bromeando, pero no daba esa impresión. La señorita Millick se preguntó de un modo vago si en realidad no estaría buscando algún tipo de consuelo por parte de ella. Desde luego, el señor Wran estaba casado y tenía un hijo pequeño, pero eso no era obstáculo para que ella soñase despierta. Aunque sus sueños no eran demasiado emocionantes, al menos la ayudaban a llenar su mente. Pero ahora le estaba formulando otra de aquellas preguntas sin precedentes:

—¿Se ha planteado alguna vez a qué se parecería un fantasma de nuestra época, señorita Millick? Trate de imaginárselo. Un rostro tiznado mostrando la hambrienta ansiedad de los desempleados, el neurótico desasosiego de los que se sienten inútiles, la enorme tensión a que se halla sometido el obrero metropolitano, el inquieto resentimiento del huelguista, el cínico oportunismo del esquiro, el chillido agresivo del advenedizo, el cohibido terror del civil bombardeado, y un millar más de retorcidos sentimientos y emociones. Cada uno de ellos moviéndose y mezclándose con los demás, como un montón de máscaras semitransparentes.

La señorita Millick se estremeció ligeramente y comentó:

—Sin duda sería terrible. Prefiero no imaginarlo. Me da miedo.

Miró furtivamente a su jefe, con inquietud. ¿Se estaría volviendo loco? Recordaba haber oído decir que hubo algo extraordinariamente anormal en la infancia del señor Wran, pero no podía precisar qué era. Si ella pudiese hacer algo..., reírse de sus aprensiones o preguntarle qué era lo que de verdad le ocurría. Se pasó los lápices de reserva a la mano izquierda y resiguió maquinalmente algunos de los signos taquigráficos

de su bloc de notas.

—Sí, así es como aparecería a nuestros ojos semejante fantasma o proyección vitalizada, señorita Millick —prosiguió él, con una extraña sonrisa—. Surgiría y se formaría del mundo real.

Reflejaría las cosas más enmarañadas, sórdidas y sucias. Todos los cabos sueltos. Y sería muy tétrico. No creo que fuese blanco, ni sutil, ni que frecuentase los cementerios. No lanzaría lúgubres gemidos. Pero emitiría murmullos ininteligibles, y le tiraría de la manga, señorita Millick. Como un enorme mono enfermo y vicioso. ¿Qué desearía semejante ser de una persona, señorita Millick? ¿Sacrificios? ¿Adoración? ¿O solo temor? ¿Qué se podría hacer para lograr que dejase de importunarnos?

La señorita Millick dejó escapar otra risita nerviosa. Había una expresión indefinible en el vulgar rostro del señor Wran, hombre de treinta y pico de años, de mejillas flácidas, cuya silueta resaltaba sobre la polvorienta ventana. Se apartó de su secretaria y se puso a mirar al exterior, a la atmósfera gris del sector industrial, que descendía en lentas oleadas de los depósitos ferroviarios y las fabricas. Cuando volvió a hablar, su voz parecía venir de muy lejos.

—Desde luego, al ser inmaterial, no podría causarle a usted el menor daño físico..., de momento.

Tendría usted que ser extraordinariamente sensitiva para verlo, o para percatarse de su presencia.

Pero poco a poco iría influyendo en sus acciones. Le haría hacer esto, le impediría hacer aquello.

Aunque sólo sería una proyección, se iría afianzando paulatinamente en el mundo de las cosas reales. Incluso podría llegar a dominar algunas mentes adecuadamente vacías. Entonces podría herir a quien deseara.

La señorita Millick se agitó con desazón y releyó sus notas taquigráficas, como los manuales aconsejan hacer, siempre que se produce una pausa. Notó que la luz disminuía y deseó que el señor Wran le pidiese que encendiese la lámpara de pie. Sentía picores en todo el cuerpo, como si tuviese la piel cubierta de hollín.

—Vivimos en un mundo podrido, señorita Millick —dijo el señor Wran, dirigiendo sus comentarios a la ventana—. Un mundo maduro para una nueva y morbosa oleada de supersticiones. Ya era hora de que los fantasmas, o como usted quiera llamarlos, se hagan los amos de la situación e impongan un reinado de terror. No creo que sean peores que los hombres.

—Pero... —el diafragma de la señorita Millick sufrió una contracción, haciéndola reír bobamente—, los fantasmas no existen, naturalmente.

El señor Wran se volvió hacia ella.

—Desde luego que no señorita Millick —dijo con voz fuerte y tranquilizadora como si fuese ella quien hubiese estado hablando y no él—. La ciencia, aliada con el sentido común y la psiquiatría, demuestran que no existen.

Ella agachó la cabeza, e incluso se habría ruborizado si no se hubiese sentido en una situación tan absurda. Los músculos de sus piernas se dispararon, obligándola a ponerse en pie sin proponérselo. Se puso entonces a frotar con la mano el borde de la mesa, por

hacer algo.

—Mire, señor Wran, mire lo que había en su mesa —dijo, indicándole una gran mancha de hollín. En su voz sonaba una nota de torpe reproche juguetón—. No me extraña que las copias que le traigo siempre queden tiznadas. Habría que decir algo a las mujeres de la limpieza. Por lo visto pasan de largo en este despacho.

Ella hubiera deseado que él le hubiera dado una contestación normal, bromeando. Pero en lugar de eso se apartó, y sus facciones se endurecieron.

—Bien, volviendo a ese asunto de los privilegios postales de segunda clase... —dijo con aspereza, y continuó dictando.

Cuando su secretaria se hubo ido, Catesby Wran se levantó de un salto, pasó con cuidado el índice por la parte tiznada de la mesa, y miró ceñudo las manchas que casi parecían de tinta.

Luego abrió un cajón, sacó un trapo, frotó a toda prisa la mesa, y volvió a meter el trapo en el cajón. Había en él tres o cuatro trapos manchados de hollín.

Luego se acercó a la ventana y atisbo ansiosamente entre las crecientes tinieblas; su mirada escrutó el paisaje de techumbres, fijándose en cada chimenea y depósito de agua.

—Esto es una neurosis. Son ideas fijas, alucinaciones —masculló entre dientes, con voz cansada y afligida, que hubiera dejado boquiabierta a la señorita Millick—. Es esa maldita anormalidad mental que ahora surge bajo una nueva forma. No hay otra explicación. Pero resulta tan raro, tan espantosamente real... Ni siquiera falta el hollín. Tendré que ir a ver al psiquiatra. No me siento con ánimos para coger el elevado esta noche...

Su voz se fue apagando, se frotó los ojos, y sus recuerdos empezaron a devanarse automáticamente.

Todo había empezado en el tren elevado. Él se había acostumbrado a mirar distraídamente un determinado mar de techos que surgía ante sus ojos cuando el abarrotado vagón que lo llevaba a su casa salía de una curva. Era un pequeño mundo mugriento y melancólico, compuesto por cartón alquitranado recubierto de gravilla y ladrillos tiznados por el humo. Las mohosas chimeneas de hojalata rematadas por curiosos sombreros cónicos hacían pensar en abandonados puestos de escucha. En el muro más próximo se veía el descolorido anuncio de un antiguo medicamento patentado.

A primera vista aquel paisaje urbano era como otros diez mil paisajes de arrabal, triste y mugriento. Pero él siempre lo veía al anochecer, a una media luz humosa, o teñido de rojo por los rayos bajos de una sucia puesta de sol, u otras veces barrido por fantasmales cortinas de lluvia blancuzca, o cubierto a medias por manchas de nieve ennegrecida. Era un paisaje que le parecía extraordinariamente tétrico y fascinante, casi hermoso de tan feo, aunque en modo alguno pintoresco: lúgubre, pero lleno de significado. En el subconsciente de Catesby Wran llegó a simbolizar ciertos aspectos desagradables del siglo frustrado y asustado en que vivía, el discordante siglo del odio, la industria pesada y las guerras totales. Aquella rápida mirada diaria en la semioscuridad llegó a formar parte integrante de su vida. Curiosamente por las mañanas no contemplaba aquel lugar, porque entonces tenía por costumbre sentarse en el otro lado del vagón, absorto en la lectura del periódico.

Un anochecer de principios de invierno advirtió la presencia de lo que parecía ser un saco negro e informe tendido en el tercer tejado a partir de la vía férrea. No pensó más en ello. Lo registro únicamente en su mente como un detalle más de aquel conocido escenario, y su memoria almacenó la impresión para ulterior referencia. Al anochecer del día siguiente, sin embargo, pensó que se había equivocado en un detalle. El objeto estaba un tejado más cerca de lo que le había parecido. Su color y textura, y las negras manchas que lo rodeaban, le hicieron creer que estaba lleno de polvillo de carbón, lo cual era absurdo. Luego, al anochecer del tercer día, le pareció que el viento lo había empujado contra un oxidado ventilador..., cosa imposible de suceder si se trataba verdaderamente de un pesado saco. Pensó que tal vez estuviese lleno de hojas. Catesby se sorprendió al comprobar que esperaba con ansiedad y un ligero toque de aprensión lo que vería al día siguiente. Había algo siniestro en la postura del objeto, algo que no se apartaba de su cerebro...; un abultamiento del saco sugería una cabeza deforme atisbando junto al ventilador. Y su aprensión resultó justificada, porque aquel anochecer el objeto estaba en el tejado más próximo a la vía, aunque en el extremo más alejado de éste. Parecía como si hubiese caído por encima del bajo parapeto de ladrillos.

Al día siguiente el saco había desaparecido. Catesby sintió disgusto por la momentánea sensación de alivio que experimentó, porque todo el episodio le pareció tener tan poca importancia, que cualquier sentimiento que produjese lo encontraba exagerado. ¿Qué le importaba a él que su imaginación le hubiese gastado una jugarreta haciéndole creer que aquel objeto se arrastraba lentamente y cada vez más cerca por los tejados? Cualquier imaginación normal podía gastar esas bromas. Deliberadamente, se negó a pensar que tenía motivos para suponer que su imaginación no tenía nada de normal. Sin embargo, cuando se encaminó hacia su casa, después de apearse del elevado, empezó a preguntarse si el saco habría desaparecido de verdad. Le parecía recordar un vago rastro negruzco que pasaba por los tejados hasta el más próximo de éstos, que estaba señalado por un parapeto. Por un instante se formó en su mente una imagen desagradable: la de una deforme y negra criatura agazapada al acecho detrás del parapeto. Luego dejó de pensar en todo ello.

La siguiente vez que notó el familiar bandazo del vagón, se esforzó por no mirar al exterior. Pero eso le encolerizó, y volvió la cabeza rápidamente. Cuando recuperó su posición normal, su rostro mofletudo estaba pálido. Sólo había podido dirigir una fugaz mirada de soslayo a aquella techumbre, que ya desaparecía. ¿Había visto verdaderamente la silueta de una cabeza que atisbaba por encima del parapeto? Tonterías, se dijo. Y aunque efectivamente hubiese visto algo, había docenas de explicaciones para ello, sin necesidad de invocar poderes sobrenaturales, ni siquiera una auténtica alucinación. Decidió que al día siguiente miraría bien aquella zona y dejaría el asunto zanjado. Si era necesario, iría a reconocer aquel tejado personalmente, aunque no sabía cómo se las arreglaría para encontrarlo, y por otra parte le desagradaba la idea de fomentar aquel temor estúpido.

Aquella noche recorrió a disgusto el trecho que había desde la estación del elevado a su casa, y su sueño se vio turbado por visiones del objeto, que al día siguiente siguieron asediándole en la oficina. Fue entonces cuando empezó a aliviar su tensión nerviosa

haciendo observaciones medio en serio, medio en broma acerca de lo sobrenatural a la señorita Millick, quien se mostró debidamente impresionada. Fue aquel mismo día también cuando empezó a notar una creciente antipatía hacia la tizne y el hollín. Todo cuanto tocaba le parecía lleno de áspero polvillo, y terminó limpiando y frotando la mesa de su despacho como si fuese una vieja señora dominada por un morboso temor a los gérmenes. Él razonaba que nada había cambiado en su oficina, y que lo único que pasaba era que se había dado cuenta de la presencia de la suciedad que siempre había estado en ella, pero era innegable que sentía un creciente nerviosismo. Mucho antes de que el convoy llegase a la curva fatídica, empezó a aguzar la vista para penetrar la penumbra caliginosa, decidido a no perderse ni un solo detalle.

Comprendió después que sin duda dejó escapar un grito ahogado, porque el señor que estaba sentado a su lado lo miró con extrañeza, y la señora que tenía enfrente le dirigió una mirada severa. Dándose cuenta de su propia palidez y de que estaba temblando como un azogado, los miró a su vez con expresión ansiosa, tratando de recuperar la sensación de seguridad que ya había perdido del todo. Ambos pertenecían a ese tipo de personas de semblante estólido y tranquilizador que viajan en los trenes urbanos. Pero suponiendo que hubiese señalado a alguno de ellos lo que acababa de ver..., aquel rostro empapado y deforme de tela de saco y polvo de carbón, aquella zarpa deshuesada que se movía de un lado a otro y desde luego en su dirección como si quisiera recordarle una futura cita... Involuntariamente cerró los ojos con fuerza. Sus pensamientos cabalgaban atropelladamente, y le llevaban hacia el encuentro del siguiente anochecer. Se imaginaba ya aquella misma serpiente de luz, provista de ventanas y abarrotada de seres humanos, embocando la curva..., y después una forma opaca y monstruosa saltando del techo para describir una parábola..., un rostro indecible apretado contra el vidrio de la ventanilla, llenándolo de húmedos chafarrinones de polvo de carbón..., mientras unas enormes zarpas manoteaban desmañadamente, queriendo entrar, pretendiendo acercársele...

Aquella noche se las arregló para acallar las ansiosas preguntas de su mujer. A la mañana siguiente llegó a una decisión y pidió hora para aquella misma tarde a un psiquiatra que le había recomendado un amigo suyo. Le costó un esfuerzo considerable, porque Catesby tenía una arraigada prevención contra todo cuanto se refiriese a anormalidades psicológicas. Visitar a un psiquiatra equivalía a desenterrar un episodio de su vida pasada que ni siquiera había explicado completamente a su esposa. Pero una vez tomada esta decisión, sintió un alivio considerable. El psiquiatra, se dijo, se lo aclararía todo. Casi le parecía oírle decir: «No es más que una depresión nerviosa. Vaya usted a ver al oculista cuyas señas le anoto, y tome dos de estas grageas con un vaso de agua cada cuatro horas», y así sucesivamente. Casi resultaba consolador, y le hacía parecer menos dolorosa la revelación que no tendría más remedio que hacerle.

Pero a medida que descendían las negras oleadas de humo, su nerviosismo renació, y dejó de bromear con la señorita Millick, pues comprendió que al único que conseguía asustar era a sí mismo.

Tendría que controlar mejor su imaginación, se dijo, mientras seguía mirando sin descanso las oscuras y macizas siluetas de los bloques de oficinas. ¡Se había pasado toda la

tarde edificando una especie de cosmología neomedieval de la superstición! Aquello no tenía pies ni cabeza. Se dio cuenta entonces de que había estado de pie mirando por la ventana mucho más tiempo del que suponía, porque el cristal esmerilado de la puerta ya estaba oscuro, y de las oficinas exteriores no salía el menor ruido. La señorita Millick y el resto del personal debían de haberse marchado ya.

Fue entonces cuando descubrió que aquella noche no había motivo especial para temer lo que encontraría al salir de la curva. En realidad, se trataba de un descubrimiento horrible. En el tejado en sombras del otro lado de la calle, cuatro plantas por debajo de la suya, vio al objeto informe acurrucarse y rodar sobre la gravilla de alquitrán para desaparecer en las tinieblas al pie del depósito de agua, tras dirigir una mirada hacia arriba como si lo hubiese reconocido.

Mientras recogía a toda prisa sus cosas y salía a tomar el ascensor, dominando el impulso incontenible de echar a correr, Catesby empezó a pensar en las alucinaciones y las psicosis suaves como condiciones muy deseables. Para bien o para mal, puso todas sus esperanzas en el psiquiatra.

—¿Así, dice usted que cada vez se encuentra más nervioso y que..., ejem..., cualquier cosa le sobresalta, no es eso? —dijo el doctor Trevethick, sonriendo con expresión campechana pero digna—. ¿Observa usted algún otro síntoma físico más definido? ¿Dolores? ¿Jaqueca? ¿Indigestión?

Catesby negó con la cabeza y se pasó la lengua por los labios.

—Me siento especialmente nervioso cuando voy en el tren elevado —se apresuró a murmurar.

—Ya. Luego hablaremos de eso con más detalle. Pero primero me gustaría que me ampliase algo que ha mencionado antes. Ha dicho que ocurrió algo en su infancia que tal vez le dejó una predisposición a las enfermedades nerviosas. Como usted sabe, los primeros años son críticos para el desarrollo de la conducta posterior del individuo.

Catesby examinó los reflejos amarillentos de los globos de cristal esmerilado sobre la oscura superficie de la mesa. Luego frotó distraídamente con la palma de la mano izquierda el grueso brazo del sillón. Transcurridos unos momentos levantó la cabeza y su mirada se clavó en los pardos ojillos del médico.

—Aproximadamente desde mi tercer a mi noveno año de vida —empezó a decir, escogiendo con cuidado las palabras—, fui lo que pudiéramos llamar un prodigio sensorial.

La expresión del médico permaneció imperturbable.

—¿Ah, sí? —se limitó a comentar cortésmente.

—Con eso quiero decir que veía a través de las paredes, leía cartas encerradas en sobres, y páginas de libros a través de las tapas, practicaba esgrima y jugaba al ping-pong con los ojos vendados, encontraba cosas ocultas y leía los pensamientos ajenos.

Ya lo había dicho.

—¿De veras cree que podía hacerlo? —preguntó el médico, con voz inexpresiva.

—No lo sé. Tal vez no —respondió Catesby, con su voz dominada por antiguas emociones—. Ahora todo me parece confuso. Entonces suponía que podía hacerlo, pero es que los demás me animaban y me jaleaban. Mi madre..., verá usted..., sentía interés por tos

fenómenos psíquicos.

Pudiéramos decir que... me exhibían. Me parece recordar haber visto cosas que los demás no podían ver. Los objetos más opacos me parecían transparentes. Claro que yo era entonces muy niño...; me faltaban elementos científicos de juicio.

En su interior revivían aquellos días. Volvía a ver las habitaciones oscurecidas. El grupo de personas mayores que lo miraban con seriedad unos, boquiabiertos y casi asustados otros. Él, sentado solo sobre un pequeño estrado, casi perdido en una gran silla de madera de respaldo recto. Luego le tapaban los ojos con un pañuelo de seda negra. Su madre le empezaba a hacer preguntas con voz cariñosa pero apremiante. Hasta él llegaban los murmullos de los demás, sus exclamaciones de admiración. Recordaba también lo que le aburrían y fastidiaban aquellas sesiones, aunque por otra parte le complacía verse el centro de la admiración general. Luego vinieron los sabios de la universidad, que hicieron pruebas y experimentos con él. Aquellos recuerdos eran tan vívidos que le dominaron, haciéndole olvidar momentáneamente la razón de explicárselos a un extraño.

—¿Debo entender que su madre de usted trató de utilizarlo como médium para comunicarse con..., ejem..., con el otro mundo?

Catesby se apresuró a asentir.

—En efecto, ella lo intentó, pero sin conseguirlo. Cuando se trataba de ponerme en contacto con los muertos, yo era una completa nulidad. Lo único que yo era capaz de hacer, o me imaginaba que podía hacer, era ver objetos tridimensionales, reales y tangibles en lugares adonde no llegaba la visión normal de las demás personas. Eran objetos que cualquiera hubiera podido ver si no hubiesen estado lejos, ocultos o a oscuras. Lo cierto es que mi incapacidad para evocar a los espíritus decepcionaba profundamente a mi madre.

Aún le parecía oír su voz dulce y paciente, diciéndole: «Prueba otra vez, hijito, sólo una vez más.

Tu tía se llamaba Katie. Te quería mucho. Prueba a oír lo que te dice». Y él respondía: «Veo a una mujer vestida de azul al otro lado de la casa de Dick». «Sí, hijito, eso también lo veo yo —contestaba ella—. Pero ésa no es Katie. Tía Katie es un espíritu. Prueba otra vez. Sólo una vez más, hijito de mi alma». La voz del psiquiatra le hizo volver de pronto al consultorio, bañado por una luz discreta.

—Ha hablado usted de elementos científicos de juicio, señor Wran. ¿Sabe si alguien ha intentado alguna vez aplicarlos a su propio caso?

Catesby afirmó enérgicamente con la cabeza.

—Sí, señor. Cuando tenía ocho años, dos jóvenes psicólogos de la universidad manifestaron interés por mí. Supongo que al principio se lo tomaron a broma, y recuerdo que yo estaba muy decidido a demostrarles que en realidad yo era algo muy serio. Incluso a tantos años de distancia recuerdo como la nota de cortés superioridad y sarcasmo zumbón desapareció de sus voces. Sin duda al principio supusieron que se trataba de un hábil truco, y fue entonces cuando pidieron a mi madre que les permitiese someterme a una prueba por su cuenta. Me sometieron a numerosas pruebas que me parecieron muy serias, después de las insípidas exhibiciones de mi madre.

Descubrieron que yo era clarividente..., o así lo supusieron. Yo terminé agotado y nervioso.

Luego se propusieron demostrar mis poderes paranormales ante la facultad de Psicología de la universidad. Por primera vez empecé a temer un fracaso. Quizás ellos me someterían a pruebas demasiado rigurosas... Sea como fuere, cuando llegó el día fui incapaz de hacer nada. Todo se me volvió opaco. Entonces me desesperé y empecé a inventarme las respuestas. Total, que sólo les dije mentiras. La prueba terminó en el más completo fracaso, y creo que a los dos jóvenes psicólogos eso les costó una severa reprimenda por parte de las autoridades académicas.

Aún le parecía oír al señor barbudo que dictaminó con tono brusco: «Se ha dejado usted engañar por un niño, Flaxman, por un simple niño. Estoy muy disgustado. Se ha puesto usted al mismo nivel que un vulgar charlatán de feria. Caballeros, les ruego que olviden este lamentable episodio. No quiero volver a oírlo mencionar». Dio un respingo al recordar lo culpable que se había sentido. Pero al mismo tiempo empezaba a sentirse aliviado y casi jubiloso. Al descargarse del peso de sus recuerdos, reprimidos durante tanto tiempo, toda su perspectiva había cambiado.

Los episodios del tren elevado empezaron a asumir lo que le parecieron sus adecuadas proporciones, viéndolos tan sólo como los curiosos engendros de unos nervios agotados y una mente excesivamente sensible. El psiquiatra, supuso con confianza, llegaría hasta sus oscuras causas subconscientes, fueran cuales fuesen. Y entonces todo se aclararía y terminaría, como terminó su episodio de la infancia, que ahora estaba empezando a parecerle algo ridículo.

—A partir de aquel día —prosiguió— ya no volví a manifestar ni una sombra de mis supuestas facultades. Mi madre estaba frenética, y quiso demandar judicialmente a la universidad. Yo tuve algo así como un colapso nervioso. Entonces mis padres se divorciaron, y las autoridades confiaron mi custodia a mi padre, quien se esforzó por hacerme olvidar todo el episodio.

Pasamos grandes temporadas de vacaciones al aire libre e hicimos mucho deporte, junto con personas normales y corrientes. Cuando tuve la edad, ingresé en la Escuela de Comercio. Ahora me dedico a la publicidad. Sin embargo... —Catesby hizo una pausa—. Al notar ahora en mí esos síntomas nerviosos, me he preguntado si podría haber alguna relación entre ambas cosas.

No se trata de saber si fui clarividente o no. Es muy probable que mi madre me enseñase una serie de trucos inconscientes, que incluso consiguieron engañar a dos jóvenes profesores de psicología. Pero ¿no cree usted que eso puede tener una relación importante en mi estado actual?

Durante unos momentos el médico lo miró ceñudo, con una expresión profesional que resultaba ligeramente embarazosa. Luego dijo en voz baja:

—¿No hay alguna..., ejem..., alguna relación más concreta entre sus pasadas experiencias y la actualidad? ¿No ha descubierto acaso que de nuevo está empezando a ver... visiones?

Catesby tragó saliva. Había sentido un deseo cada vez mayor de descargarse de sus aprensiones, pero no era fácil hallar la manera de empezar, y la aguda pregunta del psiquiatra le pilló desprevenido. Hizo un esfuerzo por concentrarse. Lo que había creído ver en los tejados surgió de nuevo ante los ojos de su imaginación con inesperado

realismo. Y sin embargo, ahora no le asustaba. Buscó la manera de empezar.

Entonces vio que el médico no le miraba, sino que su mirada se dirigía a un punto situado detrás de él. El semblante del psiquiatra se puso pálido, y sus ojillos no parecieron tan pequeños.

Entonces se levantó de un salto, pasó junto a Catesby, abrió la ventana y miró hacia las tinieblas exteriores.

Cuando Catesby se levantó, el psiquiatra cerró de golpe la ventana y dijo con una voz cuyo suave tono estaba empañado por un ligero y persistente jadeo:

—Espero no haberle alarmado. Es que he visto la cara de un..., ejem..., un negro en la escalera de incendios. Sin duda se ha asustado al ver que yo le miraba, porque parece haberse ido corriendo.

No piense más en ello. A los médicos suelen importunarnos los mirones...

—¿Un negro? —preguntó Catesby, pasándose la lengua por los labios.

El psiquiatra rió nerviosamente.

—Eso creo, aunque mi primera impresión fue más bien extraña; me pareció un hombre blanco con la cara ennegrecida. La cara no era achocolatada, sino negra como el carbón, ¿sabe usted?

Catesby se acercó a la ventana. En el vidrio había manchas de hollín.

—No se preocupe, señor Wran. —La voz del psiquiatra había adquirido una aguda nota de impaciencia, como si se esforzase por asumir de nuevo su tono de autoridad profesional—. Prosigamos nuestra conversación. Le estaba preguntando si veía usted visiones...

Los tumultuosos pensamientos de Catesby dejaron de girar vertiginosamente y se sedimentaron.

—No, no veo más que lo que ven las demás personas. Y lo siento, tengo que irme. Ya le he robado demasiado de su precioso tiempo. —Fingió no ver el débil gesto de negativa que hizo el médico—. Le telefonearé para el reconocimiento físico. En cierto modo, ya me ha quitado un gran peso de encima. —Sonrió mecánicamente—. Buenas noches, doctor Trevethick.

Catesby Wran se hallaba en un curioso estado de ánimo. Sus ojos registraban todos los rincones en sombras, miraba de reojo todos los callejones y pasajes, y dirigía furtivas miradas a la línea irregular de las techumbres, y sin embargo, apenas se daba cuenta de que lo hacía. Apartaba los pensamientos que asaltaban su mente, y seguía su camino. Sintió una sensación ligeramente mayor de seguridad cuando embocó una calle iluminada y concurrida, con altos edificios y escaparates rutilantes. Al cabo de unos momentos se encontró en el oscuro vestíbulo del edificio que albergaba su oficina. Comprendió entonces por qué no podía irse a su casa..., porque haría que su mujer y su hijo lo viesen, como se lo había hecho ver al médico.

—Hola, señor Wran —le saludó el ascensorista de noche, hombre corpulento vestido con un mono azul, mientras abría la reja del anticuado ascensor—. No sabía que también hiciese usted turnos de noche.

Catesby entró maquinalmente.

—De repente nos han venido muchos pedidos —murmuró desmayadamente—. Hay

mucho trabajo atrasado.

El ascensor se detuvo rechinando en el último piso.

— ¿Trabajaré usted hasta muy tarde, señor Wran?

Él asintió con un gesto vago, vio como el ascensor desaparecía por el hueco, sacó sus llaves, cruzó rápidamente la oficina exterior y entró en su despacho. Cuando ya dirigía la mano hacia el interruptor de la luz, se le ocurrió pensar que las dos ventanas iluminadas, al destacarse sobre la oscura silueta del edificio, indicarían su paradero y servirían de objetivo hacia el cual «algo» podría arrastrarse y trepar. Acercó la silla a la pared y se sentó en la semioscuridad, sin quitarse el abrigo.

Durante mucho rato permaneció sentado en la mayor inmovilidad, escuchando su propia respiración y el distante rumor del tráfico callejero: el débil traqueteo mecánico de un tranvía, el lejano rumor del tren elevado, débiles gritos y bocinazos, mezclados con ruidos indistintos. Las palabras que había dicho a la señorita Millick, bromeando nerviosamente, volvieron a él con el amargo sabor de la verdad. Se sintió incapaz de razonar de una manera crítica o coherente, pero sus pensamientos surgieron y se ordenaron en su mente por sí solos, para empezar a girar lentamente, con el movimiento inevitable de los planetas.

Poco a poco se fue transformando su imagen mental del mundo. Éste dejó de estar compuesto de átomos materiales separados por un espacio vacío, para convertirse en un mundo en el que existían seres sin cuerpo, que se movían de acuerdo con sus oscuras leyes o a impulsos imprevistos. La nueva imagen iluminaba con terrible claridad ciertos hechos generales que siempre le habían desconcertado y preocupado, y que trataba de soslayar: la inevitabilidad del odio y la guerra, las máquinas diabólicamente ajustadas que daban al traste con las mejores intenciones humanas, las murallas de deliberada incompreensión que dividían a los hombres, la eterna vitalidad de la crueldad, la ignorancia y la codicia. Ahora le parecían partes apropiadas y necesarias de aquel cuadro. Y la superstición no era sino una especie de sabiduría.

Entonces sus pensamientos revirtieron hacia sí mismo, y surgió de nuevo ante él la pregunta que había formulado a la señorita Millick: «¿Qué desearía semejante ser de una persona? ¿Sacrificios? ¿Adoración? ¿O sólo temor? ¿Qué se podría hacer para lograr que dejase de importunarnos?». De académica, aquella pregunta se había convertido ahora en práctica.

Con un timbrazo explosivo, el teléfono empezó a sonar.

— Cate —dijo la voz de su esposa—, he estado llamando a todas partes buscándote. Lo último que podía imaginar es que estarías en la oficina. ¿Qué haces ahí? Me tienes preocupada.

Él se disculpó con el trabajo.

—No tardes, por favor —dijo ansiosamente su mujer—. Estoy un poco asustada. Ronny acaba de llevarse un susto. Me lo he encontrado despierto, señalando a la ventana y diciendo: «Ahí hay un hombre negro». Naturalmente, debe de haberlo soñado. Pero así y todo estoy asustada. ¿Cuánto tardarás? ¿Qué te pasa, cariño? ¿No me oyes?

—Tranquilízate, no tardaré —dijo, y colgó.

Luego salió como una exhalación de la oficina, y se puso a pulsar frenéticamente el

botón del ascensor y a mirar hacia abajo, para ver si subía.

Lo vio mirándole desde el pozo del ascensor, entre las sombras de tres pisos más abajo, con la cara de saco apretada contra la verja de hierro. Luego empezó a subir por la escalera, con paso bamboleante pero rápido, desapareciendo momentáneamente de la vista cuando se metió en el segundo corredor de abajo.

Catesby empezó a aporrear la puerta de la oficina, recordó entonces que no la había cerrado con llave, la abrió de un empujón, luego volvió a cerrarla de golpe y dio dos vueltas a la llave. Acto seguido se retiró al extremo opuesto de la habitación, escondiéndose entre los archivadores y la pared. Los dientes le castañeteaban. Oyó el zumbido del ascensor. Una silueta se recortó sobre el vidrio esmerilado de la puerta, ocultando parte del nombre de la compañía. A los pocos instantes la puerta se abrió.

El enorme globo de la luz se encendió y, de pie junto a la puerta, con la mano aún en el interruptor, Catesby vio a la señorita Millick.

—Caramba, señor Wran —tartamudeó ella—. No sabía que estaba usted aquí. Vine al salir del cine, para pasar unas cartas a máquina. No sabía... Pero la luz estaba apagada. ¿Qué hacía usted?

El se puso a mirarla fijamente. Hubiera querido lanzar gritos de alegría, abrazarla, hablar atropelladamente. Sin embargo, se dio cuenta de que lo único que sabía hacer era mostrar una sonrisa de histérico.

—Pero señor Wran, ¿qué le ha pasado? —le preguntó la secretaria con embarazo, para terminar con una risita estúpida—. ¿No se encuentra bien? ¿Puedo hacer algo por usted?

Movió la cabeza a sacudidas y consiguió articular:

—No, gracias, me disponía a irme. También vine a acabar un trabajo pendiente.

—Lo cierto es que tiene usted muy mal aspecto —insistió ella, acercándose a él.

Catesby advirtió que sin duda la mujer había pasado por un lugar fangoso, pues sus zapatos de alto tacón dejaban negras huellas en el suelo.

—Claro, no se encuentra usted bien. Está terriblemente pálido. —Hablaba como una enfermera entusiasta pero incompetente. Su rostro se iluminó con una súbita inspiración—. Llevo algo en el bolso que le pondrá bien en un periquete —dijo—. Es para las malas digestiones.

Se dispuso a hurgar en su bolso oblongo, atiborrado de cosas. Catesby advirtió que ella, distraídamente, lo mantenía cerrado con una mano mientras se esforzaba por abrirlo con la otra.

Luego, sin dejar de mirarla, vio como doblaba el grueso cierre metálico del bolso como si fuese de papel de estaño, o como si sus dedos se hubiesen convertido en unos alicates de acero.

Instantáneamente su memoria repitió las palabras que había dirigido a la señorita Millick aquella misma tarde: «No podría causarle el menor daño físico... de momento... Se iría afianzando paulatinamente en el mundo... Incluso podría llegar a dominar algunas mentes adecuadamente vacías. Entonces podría herir a quien deseara». En su interior se concretó una sensación desagradable y fría. Empezó a deslizarse hacia la puerta.

Pero la señorita Millick corrió y le cerró el paso.

—No hace falta que espere, Fred —dijo, asomándose al pasillo—. El señor Wran ha resuelto quedarse un poco más.

La puerta del ascensor se cerró con un estrépito mecánico. Luego se oyó un zumbido. Ella se volvió entonces en el umbral.

—Verá usted, señor Wran —dijo con tono de reproche—. No puedo dejarle ir a su casa en este estado. Estoy segura de que se encuentra muy mal. A lo mejor le da algo por la calle. Quédese aquí hasta que se encuentre mejor.

El zumbido cesó. Él permanecía inmóvil, de pie en el centro de la oficina. Su mirada siguió el rastro de las pisadas de la señorita Millick, hasta el lugar donde ella se alzaba, impidiéndole la salida. Un sonido que era casi un alarido salió de su garganta.

—Pero señor Wran... —dijo ella—, se porta usted como si hubiese perdido el juicio. Échese y descanse un rato. Venga, le ayudaré a quitarse el abrigo.

Aquella nota nauseabundantemente estúpida y chirriante era la misma, sólo se había intensificado.

Cuando ella se le acercó, él se volvió y echó a correr, y trató desesperadamente de introducir una llave en la cerradura de la segunda puerta que daba al corredor.

—Pero señor Wran —oyó que ella le decía—, ¿le ha dado un ataque o qué? Debe permitir que le ayude.

La puerta se abrió, y él salió como una tromba al corredor y subió por la escalera que empezaba ante él. Sólo cuando llegó al rellano superior y vio ante sí una gruesa puerta de hierro, comprendió que aquella escalera conducía al tejado. Levantó el pestillo.

—Vamos, señor Wran, no se escape. Voy tras de usted.

Al abrir la puerta se encontró sobre la gravilla alquitranada del tejado. El cielo nocturno estaba nublado y tenebroso, teñido débilmente de rojo por los anuncios de neón. De los distantes altos hornos brotaban fantasmales llamaradas. Corrió hasta el borde. Las luces de la calle le dieron vértigo. Los transeúntes no eran sino puntos minúsculos. Dio media vuelta.

El ser estaba en el umbral. Su voz ya no era solícita sino estúpidamente burlona; cada frase terminaba en una risita.

—Pero ¿por qué ha subido aquí, señor Wran? Estamos usted y yo solos. Me bastaría un empujoncito para hacerle caer.

El ser se le acercó lentamente. Él retrocedió hasta que sus talones chocaron con el parapeto bajo.

Sin saber por qué lo hacía ni lo que iba a hacer, cayó de rodillas. No se atrevió a mirar a la cara cuando ésta se le acercó; no deseaba enfocar su mirada en lo peor que había en el mundo, en el punto de confluencia de todos los venenos. Entonces la lucidez del terror se apoderó de su mente, y las palabras se formaron en sus labios.

—Te obedeceré. Tú eres mi dios —dijo—. Tienes poder supremo sobre el hombre, sus animales y sus máquinas. Tú gobiernas esta ciudad y todas las ciudades. Lo reconozco.

Volvió a oírse la risita, más cerca esta vez.

—Vaya, señor Wran, nunca le había oído hablar así. ¿Lo dice en serio?

—El mundo es tuyo y puedes hacer con él lo que se te antoje, salvarlo o hacerlo pedazos. —Hablaba en tono servil y adulator, y sus palabras formaban automáticamente

una especie de letanía—. Lo reconozco. Te alabaré y te adoraré. Te rendiré culto para siempre con el humo, el hollín y la llama.

La voz no contestó. Entonces él levantó la mirada. Vio tan sólo a la señorita Millick, mortalmente pálida y tambaleándose como si estuviera ebria. La mujer tenía los ojos cerrados.

Catesby la tomó en brazos cuando avanzó con paso vacilante hacia él. Se le doblaron las rodillas bajo su peso y ambos cayeron junto al borde del tejado.

A los pocos minutos su rostro empezó a tensarse. De su garganta brotaron tenues gemidos y levantó los párpados.

—Venga, vamos abajo —murmuró, ayudándola a levantarse—. No está usted bien.

—Me siento terriblemente mareada —susurró ella—. Supongo que me he desmayado.

Últimamente como muy poco, y estoy muy nerviosa... Pero... ¿si estamos en el tejado! ¿Me ha subido usted aquí para que tomase un poco el aire o he sido yo, sin darme cuenta? A veces me comporto como una estúpida. De niña solía caminar dormida, según decía mi madre.

Mientras Catesby la ayudaba a bajar la escalera, la mujer se volvió a mirarle.

—Vaya, señor Wran —dijo—, tiene usted una gran mancha de tizne en la frente. Deje que le limpie.

Le pasó el pañuelo suavemente por la frente. Entonces comenzó a tambalearse de nuevo, y él la sostuvo firmemente.

—No se preocupe, en seguida estaré bien —dijo la señorita Millick—. Ahora sólo tengo frío.

¿Qué me ha ocurrido señor Wran? ¿He estado inconsciente?

Él le dijo que sí.

Más tarde, de regreso a casa en el vado vagón del elevado, se preguntó durante cuánto tiempo estaría a salvo del ser. Era un problema puramente práctico. No podía estar seguro, pero su instinto le decía que había dejado satisfecho al monstruo y que éste no le molestaría durante algún tiempo. Pero ¿querría algo más cuando volviese a aparecer? Bueno, ya habría tiempo para responder a esa pregunta cuando ocurriese. Fue consciente de que le resultaría muy difícil mantenerse alejado del manicomio. Dado que tenía que proteger a Helen y a Ronny, además de a sí mismo, debería tener cuidado y mantener la boca cerrada. Empezó a especular acerca de cuántos otros hombres y mujeres habrían visto al ser, o a otros seres semejantes.

El tren elevado redujo la velocidad y se bamboleó de modo familiar. Miró a los tejados próximos a la curva. Parecían muy vulgares, como si lo que les daba aquel aire siniestro se hubiese alejado durante un tiempo.

La pistola automática

Negro Kozacs jamás dejaba que nadie, salvo él mismo, cogiera o siquiera tocara su pistola automática. Era de un negro azulado, bastante pesada, y con sólo apretar una vez el gatillo, ocho balas del calibre 45 salían disparadas una tras otra.

En lo que atañía a su automática, Negro era algo así como un mecánico. La desarmaba y la volvía a armar, y de vez en cuando limaba cuidadosamente el interior de la llave del gatillo.

En cierta ocasión, Cuatro Ojos le dijo:

—La volverás tan sensible que se te disparará en el bolsillo y te arrancará los dedos de los pies.

No tendrás más que pensarlo y comenzará a disparar ella sola.

Recuerdo que Negro sonrió al oír el comentario. Era un hombre pequeño, delgado pero fuerte, de tez pálida; por más al ras que se afeitase, jamás lograba quitarse de la cara el negro azulado de su barba. También tenía el pelo negro. Hablaba con acento extranjero, pero jamás logré descifrar de qué país. Se había unido a Antón Larsen justo después de impuesta la prohibición, en la época en que en la bahía de Nueva York y en la costa de Jersey, los esquifes con motores adaptados de automóvil servían de señuelo a los guardacostas; nadie usaba luces, para que el juego fuera más difícil. Larsen y Negro Kozacs descargaban el licor de un vapor y lo introducían por un lugar cerca de Twin Lights, en Nueva Jersey.

Fue entonces cuando Cuatro Ojos y yo comenzamos a trabajar para ellos. Cuatro Ojos, que parecía un cruce de profesor universitario y vendedor de coches, venía de no sé qué parte de la ciudad de Nueva York, y yo había sido policía en una pequeña ciudad local hasta que decidí llevar una vida menos hipócrita. Solíamos llevar la mercancía de vuelta a Newark en un camión.

Negro siempre nos acompañaba; Larsen, de vez en cuando. Ninguno de los dos hablaba demasiado; Larsen, porque no le encontraba sentido a la charla a menos que fuera para darle una orden a un tipo o hacerle una proposición a una chica; y Negro, bueno, supongo que era porque no se sentía demasiado a sus anchas hablando en inglés. Cuando Negro nos acompañaba, no pasaba un solo viaje sin que sacara su automática y la acariciara y le murmurara cosas a media voz. En cierta ocasión, cuando íbamos tranquilamente por la autopista, Cuatro Ojos le preguntó, amable pero inquisitivo:

—¿Qué es lo que te hace sentir tanto apego a ese revólver? Al fin y al cabo, debe de haber miles idénticos a ése.

—¿Te parece? —contestó Negro, echándonos a ambos una rápida mirada con sus pequeños y fulgurantes ojos negros, y soltándonos por primera vez un discurso—. Te diré una cosa, Cuatro Ojos, en el mundo no hay dos cosas iguales. Ni la gente, ni los revólveres, ni las botellas de whisky escocés, nada. Todo es diferente en este mundo. Cada hombre tiene una huellas digitales distintas; y de todos los revólveres que se hicieron en la misma fábrica que éste, no hay ninguno como el mío. Sería capaz de distinguir al mío de entre

cientos. Sí, aunque no le hubiera limado la llave del gatillo podría distinguirlo.

No lo contradijimos. La cosa tenía sentido. Quería a su revólver, eso era seguro. Dormía con él debajo de la almohada. Creo que en vida de Negro, el arma no llegó a separarse de él más de un metro.

En cierta ocasión en que Larsen viajaba con nosotros, comentó sarcásticamente:

—Es una pistola muy bonita, Negro, pero ya empiezo a cansarme de oír cómo le hablas, sobre todo porque nadie entiende lo que le dices. ¿Ella no te contesta nunca?

Negro le sonrió y repuso:

—Mi revólver sólo conoce ocho palabras, y son todas parecidas.

La respuesta fue tan ocurrente que todos soltamos la risotada.

—Deja que le echemos un vistazo —dijo Larsen tendiendo la mano.

Pero Negro volvió a metérsela en el bolsillo y no la sacó durante el resto del viaje.

Después de aquello, Larsen siempre se mofaba de Negro y de su revólver, para irritarlo. Era un tipo persistente y tenía un sentido del humor muy peculiar; siguió con la broma durante tanto tiempo que ya había perdido la gracia. Finalmente, comenzó a comportarse como si quisiera comprársela, ofreciéndole a Negro sumas desorbitantes de cien o doscientos dólares.

—Te doy doscientos setenta y cinco dólares, Negro —le dijo una tarde, cuando pasábamos traqueteando por Bayport con un cargamento de coñac y de whisky irlandés—. Es mi última oferta, y será mejor que la aceptes.

Negro sacudió la cabeza e hizo un ruido extraño que casi se asemejaba a un gruñido. Luego, para mi sorpresa (casi me salgo de la calzada con el camión), Larsen perdió los estribos.

—¡Dame ese maldito revólver! —aulló, agarrando a Negro por los hombros y sacudiéndolo.

Casi me tiran del asiento. Hasta podíamos habernos hecho daño, si un policía en motocicleta no nos hubiera detenido en ese preciso instante para pedirnos su correspondiente soborno. Cuando se hubo marchado, Larsen y Negro ya se habían enfriado hasta el punto de congelación, y no hubo más discusiones. Llevamos el cargamento hasta el depósito sin más contratiempos, y nadie dijo una palabra.

Después, cuando Cuatro Ojos y yo nos tomábamos una taza de café en un pequeño restaurante abierto toda la noche, le dije:

—Esos dos están locos, y no me gusta ni medio. ¿Por qué diablos actúan así, ahora que el negocio marcha viento en popa? No soy tan inteligente como Larsen, pero jamás me verás pelear por un revólver como si fuera un crío.

Cuatro Ojos se limitó a sonreír mientras echaba en la taza media cucharada exacta de azúcar.

—Además, Negro está como está —proseguí—. De verdad te lo digo, Cuatro Ojos, no es natural ni normal que un hombre sienta eso por un pedazo de metal. Comprendo que le tenga apego y que se sienta perdido sin él. Me pasa lo mismo con mi medio dólar de la suerte. Es la forma en que lo mima lo que me pone nervioso. Y ahora Larsen actúa de la misma manera.

Cuatro Ojos se encogió de hombros.

—Todos nos estamos poniendo un poco nerviosos, aunque no lo admitamos —dijo —. Demasiados atracadores. Por eso empezamos a ponernos nerviosos y a discutir por tonterías, como las pistolas automáticas.

—Puede que tengas algo de razón.

Cuatro Ojos me hizo un guiño.

—Claro que sí, Desnarigado —dijo, aludiendo a lo que me habían hecho una vez con un bate de béisbol—. Además, tengo incluso otra explicación para los hechos de esta tarde.

—¿Cuál?

Se inclinó hacia delante y, adoptando un aire misterioso, susurró:

—Quizás ese revólver tenga algo extraño.

En un lenguaje poco amable lo mandé a paseo.

Sin embargo, a partir de aquella noche las cosas cambiaron. Larsen y Negro Kozacs dejaron de dirigirse la palabra y sólo se hablaban para tratar asuntos de trabajo. No se volvió a mencionar el revólver, ni en broma ni en serio. Negro lo sacaba solamente cuando Larsen no estaba presente.

Fueron pasando los años. El contrabando de licor continuó en buenas condiciones, excepto por el hecho de que los atracadores habían aumentado; en un par de ocasiones, Negro pudo demostrarnos lo bien que sonaba su automática. Además, nos metimos en una trifulca con unos competidores dirigidos por un irlandés llamado Luke Dugan, y tuvimos que irnos con mucho ojo y cambiar de ruta un viaje sí y otro no.

A pesar de todo, el negocio marchaba. Yo seguía manteniendo a casi todos mis parientes. Y Cuatro Ojos ahorraba unos cuantos dólares al mes para lo que él denominaba el Fondo para el Gato Persa. Con respecto a Larsen, me parece que se gastaba casi todo lo que tenía en mujeres y en lo que éstas traen aparejado. Era la clase de tipo que se daba todos los placeres de la vida sin una sonrisa, pero que, a pesar de todo, vivía para ellos.

En cuanto a Negro Kozacs, jamás supimos qué hacía con el dinero que ganaba. Nunca nos enteramos de que gastara mucho, por lo que dedujimos que debía de estar ahorrando, probablemente en billetes que guardaba en una caja de seguridad. Tal vez planeara regresar a la madre patria, dondequiera que eso estuviera, para ser alguien. De todos modos, jamás nos lo dijo.

Por la época en que el Congreso nos dejó sin profesión, Negro debía de tener una cantidad extraordinaria de pasta. No nos habíamos hecho de oro, pero habíamos tenido mucho cuidado.

Finalmente, transportamos el último cargamento. De todos modos, habríamos tenido que dejar el negocio muy pronto, porque cada semana que pasaba los sindicatos exigían más dinero en concepto de protección. Al pequeño empresario independiente no le quedaban muchas salidas, aunque fuera tan listo como Larsen. De modo que Cuatro Ojos y yo nos tomamos un par de meses de vacaciones antes de pensar qué íbamos a hacer, él para continuar con sus gatos persas y yo con los ineptos de mis parientes. Por el momento, seguimos juntos.

Entonces, una mañana, leí en el periódico que a Negro Kozacs lo habían enviado al otro barrio.

Había sido encontrado acribillado a balazos en un vertedero de basuras cerca de

Elizabeth, Nueva Jersey.

—Me imagino que al final Luke Dugan logró echarle el guante —aventuró Cuatro Ojos.

—Vaya suerte perra —dije—, especialmente si se piensa en todo ese dinero del que no pudo disfrutar. Cuatro Ojos, me alegro de que tú y yo no seamos lo bastante importantes como para que Dugan se ocupe de nosotros... Eso espero.

—Oye, Desnarigado, ¿dice el artículo si encontraron el revólver de Negro?

Le contesté que el periódico decía que el muerto iba desarmado y que en el lugar no se habían encontrado armas.

Cuatro Ojos comentó que resultaba extraño pensar que el revólver de Negro se hallara en el bolsillo de cualquier otra persona. Yo opinaba igual que él, y nos pasamos un rato preguntándonos si Negro habría tenido ocasión de defenderse.

Al cabo de unas dos horas nos llamó Larsen y nos pidió que nos reuniéramos con él en nuestro escondite. Nos informó que Luke Dugan también lo estaba buscando para matarlo.

El escondite era una casita de madera, de tres habitaciones; junto a ella había un enorme garaje de plancha de hierro ondulada. El garaje era para el camión, y a veces solíamos almacenar un cargamento de licor cuando nos enterábamos de que la policía, para variar, iba a efectuar algunas detenciones. Estaba cerca de Bayport, aproximadamente a una milla de la bahía y de la pequeña ensenada en la que ocultábamos nuestra barca. La hierba marina, erguida y de bordes afilados, alta como un hombre, llegaba casi hasta la casa, por el lado de la bahía, que quedaba al norte, y también por el oeste. Debajo de la hierba marina el suelo era pantanoso, aunque cuando hacía calor y la marea no estaba alta, formaba una costra seca, surcada aquí y allá por arroyos de agua de mar. Incluso la más leve brisa hacía que las briznas de hierba marina chocasen entre sí produciendo un curioso ruido seco.

Hacia el este había unos campos, y más allá estaba Bayport. Bayport era una especie de ciudad de veraneo, y debido a las mareas y a las tormentas, algunas de las casas estaban construidas sobre empalizadas. Había una pequeña laguna para las barcas de los pescadores que salían a buscar cangrejos.

Hacia el sur del escondite estaba el camino de tierra que conducía a la carretera de cemento. La casa más cercana se encontraba a una media milla de distancia.

Cuatro Ojos y yo llegamos bien entrada la tarde. Llevamos comida para un par de días, pues pensamos que Larsen querría quedarse. Entonces, casi al ponerse el sol, oímos llegar el cupé de Larsen, y yo salí a meterlo en el garaje vacío y a llevar la maleta de Larsen hasta la casa. Cuando regresé, éste estaba hablando con Cuatro Ojos. Era un hombre corpulento, y tenía los hombros muy anchos, como los de un luchador. Estaba casi calvo, y el poco pelo que le quedaba era de un color rubio apagado. Tenía los ojos pequeños, y su cara no era muy dada a la expresión. Y así se quedó, inexpresiva, cuando dijo:

—Pues sí, Negro la palmó.

—Los pistoleros de Luke Dugan son unos chalados y ciertamente muy rencorosos —comenté.

Larsen asintió con la cabeza y frunció el entrecejo.

—Negro la palmó —repitió, recogiendo su maleta y encaminándose hacia el dormitorio—. Pienso quedarme aquí durante unos días, por si también van tras de mí. Quiero que Cuatro Ojos y tú os quedéis conmigo.

Cuatro Ojos me hizo un guiño extraño y comenzó a preparar algo para comer. Encendí las luces y eché las cortinas, lanzando una mirada preocupada hacia el camino, que estaba desierto. Eso de esperar en una casa solitaria a que una banda de pistoleros viniera a buscarte no me hacía ni pizca de gracia. Y supuse que tampoco a Cuatro Ojos. A mí me parecía mucho más sensato que Larsen pusiera tierra de por medio entre él y Nueva York. Pero, conociendo a Larsen, me cuidé muy bien de hacer comentario alguno.

Después de comernos el picadillo de carne enlatada con las judías y de bebernos la cerveza, nos sentamos a la mesa a tomar el café.

Larsen sacó del bolsillo una automática y comenzó a jugar con ella; de inmediato me di cuenta de que era la de Negro. Durante unos cinco minutos nadie dijo palabra. Cuatro Ojos jugaba con su café, iba echándole la crema gota a gota. Yo amasé un trozo de pan y lo convertí en bolitas que cada vez iban adquiriendo un aspecto menos apetitoso.

Finalmente, Larsen levantó la vista y nos dijo:

—Es una pena que Negro no llevara esto consigo cuando lo enviaron al otro barrio. Me lo dio justo antes de que decidiera viajar a la madre patria. Ahora que se ha acabado el trabajo, ya no lo quería.

—Me alegro de que no se lo haya quedado el tipo que lo mató —se apresuró a comentar Cuatro Ojos. Lo dijo nervioso, y en su peor estilo de profesor universitario. Pude adivinar que no deseaba que volviera a reinar el silencio—. Resulta extraño que Negro se deshiciera de su revólver, pero comprendo lo que debió de sentir. Mentalmente asociaría el revólver con nuestro oficio y acabado éste, el arma dejó de interesarle.

Larsen gruñó, lo cual significaba que Cuatro Ojos debía callarse.

—¿Qué pasará con la pasta de Negro? —inquirí.

Larsen se encogió de hombros y siguió jugueteando con la automática; alojaba un casquillo en la recámara, amartillaba el arma, y así sucesivamente. Me recordaba tanto la forma en que Negro solía manejarlo que me inquieté y empecé a imaginar que oía a los pistoleros de Luke Dugan avanzando lentamente a través de la hierba marina. Finalmente, me puse en pie y comencé a pasearme por la habitación.

Fue entonces cuando ocurrió el accidente. Después de amartillar el revólver, Larsen levantó el pulgar para dejar que el percutor bajara suavemente, cuando se le resbaló de la mano. Al golpear en el suelo se disparó y produjo un estallido y un fogonazo, y una bala avanzó por el suelo dejándolo acanalado y pasando demasiado cerca de mi pie para mi gusto.

En cuanto advertí que no me había dado, grité sin pensar:

—¡Le dije a Negro miles de veces que estaba haciendo demasiado sensible el gatillo de su revólver! ¡Maldito idiota!

Larsen se quedó sentado; sus ojitos de cerdo miraban fijamente el revólver allí donde había caído, entre sus pies. Luego, lanzó un extraño resoplido, lo recogió y lo puso sobre la mesa.

—Habría que tirar ese revólver. Es demasiado peligroso de manejar. Trae mala suerte

—le dije a Larsen, y en ese instante deseé no haberlo dicho, porque me lanzó una sucia mirada y unas cuantas blasfemias imaginativas en sueco.

—Cierra la boca, Desnarigado —terminó ordenándome—, y no me digas lo que puedo y lo que no puedo hacer. Puedo cuidar de ti y puedo cuidar del revólver de Negro. Ahora me voy a la cama.

Cerró la puerta del dormitorio tras de sí, y dejó que Cuatro Ojos y yo adivináramos que se suponía que debíamos sacar nuestras mantas y dormir en el suelo.

Pero no queríamos irnos a dormir en seguida, siquiera fuese porque seguíamos pensando en Luke Dugan. De modo que sacamos una baraja y empezamos a jugar una partida de póquer abierto, hablando en voz muy baja. El póquer abierto es igual que el normal, sólo que se descubren cuatro de las cinco cartas, que se reparten boca arriba y una a la vez.

Se apuesta cada vez que se da una carta, de este modo una suma considerable de dinero tiende a cambiar de manos, incluso cuando se juega con un límite de diez centavos, como hacíamos nosotros. Es un juego muy indicado para desplumar a los incautos, y Cuatro Ojos y yo nos pasábamos horas enteras jugando cuando no teníamos nada mejor que hacer. Pero dado que los dos éramos igual de listos, ninguno lograba ganar por mucho tiempo.

Todo estaba en silencio, excepto por los ronquidos de Larsen, el murmullo de la hierba marina y el tintineo ocasional de una moneda de diez centavos.

Al cabo de una hora más o menos, por casualidad Cuatro Ojos le echó un vistazo a la automática de Negro, que estaba al otro lado de la mesa, y por la forma en que su cuerpo dio un respingo, yo también reparé en ella. De inmediato presentí que había algo que no funcionaba, pero no pude precisar qué era; una sensación extraña me recorrió la nuca. Entonces, Cuatro Ojos tendió dos delgados dedos, le dio media vuelta al revólver, y me di cuenta de qué era lo que no funcionaba.

Cuando Larsen había dejado el revólver sobre la mesa, me pareció que apuntaba hacia la puerta exterior; pero cuando Cuatro Ojos y yo lo miramos, apuntaba más en dirección a la puerta del dormitorio. Cuando se está intranquilo, la memoria suele engañar.

Media hora más tarde notamos que el revólver volvía a apuntar hacia la puerta del dormitorio. En esta ocasión, Cuatro Ojos le dio la vuelta rápidamente, y a mí me entraron unos nervios en toda regla. Cuatro Ojos silbó por lo bajo, se puso en pie y probó a colocar el revólver en distintos puntos de la mesa; luego la sacudió para ver si el revólver se movía.

—Ya veo lo que ha ocurrido—murmuró finalmente—. Cuando el revólver está de lado, es como si se balanceara sobre la aleta del seguro. Y como resulta que esta mesita está un poco desequilibrada y se bambolea, cuando jugamos a las cartas el bamboleo es lo bastante persistente como para hacer que el revólver se mueva en círculo.

—Me tiene sin cuidado —respondí en un susurro—. No quiero que me dispare mientras duermo sólo porque la mesa tiene un bamboleo persistente. Creo que el retumbo de un tren que pasara a tres kilómetros de aquí sería suficiente como para que este delicado gatillo se disparase. Dame la pistola.

Cuatro Ojos me la pasó y, cuidándome mucho de apuntarla siempre hacia el suelo, la descargué, volví a colocarla sobre la mesa y me metí las balas en el bolsillo de la chaqueta. Después intentamos seguir jugando a las cartas.

—Mi corazón rojo apuesta diez centavos —dije, refiriéndome a mi as.

—Mi rey sube diez centavos —repuso Cuatro Ojos.

Pero no había caso. Entre la automática de Negro y el pensar en Luke Dugan, no podía concentrarme en el juego.

—Cuatro Ojos, ¿te acuerdas de aquella tarde en que me comentaste que quizás el revólver de Negro tenía algo extraño? —dije.

—Suelo hablar mucho, Desnarigado, y a veces no vale la pena recordar lo que digo. Será mejor que nos concentremos en las cartas. Mi pareja de sietes apuesta cinco centavos.

Seguí su consejo, pero no tuve mucha suerte, y perdí cinco o seis dólares. A eso de las dos de la madrugada los dos estábamos bastante cansados y ya no nos sentíamos tan nerviosos; sacamos las mantas, nos envolvimos en ellas y tratamos de dormir un poco. Me puse a escuchar el ruido de la hierba marina y el pitido de una locomotora a unos tres kilómetros de distancia, y me atormenté un rato pensando en las posibles actividades de Luke Dugan, pero finalmente me quedé dormido.

Debió de ser casi al amanecer cuando el ruido del piñoneo me despertó. A través de las persianas se colaba una luz débil y verdosa. Me quedé quieto, sin saber exactamente qué era lo que estaba oyendo, pero tan nervioso que no me di cuenta del intenso picor que me recorría el cuerpo por haber dormido sin sábanas, ni de la comezón que sentía en la cara y las manos por las picaduras de mosquito. Luego volví a oírlo, y no sonaba a otra cosa que al agudo piñoneo del percutor de un revólver cuando estalla en la recámara vacía. Lo oí dos veces. Parecía provenir del interior de la habitación. Me quité las mantas de encima y sacudí a Cuatro Ojos para que despertara.

—Es la maldita automática de Negro —murmuré, hecho un manojo de nervios—. Está tratando de dispararse.

Cuando una persona despierta de repente y antes de lo debido, tiende a sentirse como yo me sentí en ese momento y a decir insensateces sin pensarlo. Cuatro Ojos se me quedó mirando durante un momento, luego se restregó los ojos y sonrió. A duras penas logré ver la sonrisa en la escasa luz, pero pude sentirla en su voz cuando me dijo:

—Desnarigado, te estás poniendo verdaderamente susceptible.

—Podría jurártelo —insistí—. Era el piñoneo del percutor de un revólver.

Cuatro Ojos bostezó y repuso:

—Sólo falta ahora que me digas que ese revólver era el espíritu protector de Negro.

—¿Qué espíritu protector? —le pregunté, rascándome la cabeza y empezando a mosquearme.

Hay veces en que el aire de profesor universitario de Cuatro Ojos me agota.

—Desnarigado —continuó—, ¿has oído hablar alguna vez de las brujas?

Me dirigí a todas las ventanas y espíe desde detrás de las cortinas para asegurarme de que no había nadie afuera. No vi a nadie. En realidad, no esperaba que hubiera nadie.

—¿Qué quieres decir? —pregunté a mi vez—. Claro que sí. De hecho, conocí a un tipo, un holandés de Pennsylvania, que me habló sobre las brujas que le echan a la gente lo

que él llamaba el mal de ojo. Me dijo que a su tío le habían echado el mal de ojo y que después murió.

Era viajante; me refiero al holandés que me lo contó.

Cuatro Ojos asintió con un movimiento de cabeza y luego continuó con tono soñoliento, sin levantarse del suelo:

—Pues bien, Desnarigado, el diablo solía darle a cada bruja un gato o un perro negros como amuleto, o quizás un sapo, para que siguiera a su dueña a todas partes, la protegiera y vengara los agravios. Esas criaturitas se llamaban espíritus protectores, siervos enviados por el Gran Jefe a velar por sus elegidas, podríamos decir. Las brujas les hablaban en una lengua que nadie más comprendía. Te diré adonde quiero ir a parar. Los tiempos cambian, los estilos cambian, y también varía el estilo de los espíritus protectores. El revólver de Negro es también negro, ¿no?

Y acostumbraba a murmurarle cosas en una lengua que no comprendíamos, ¿no? Y...

—Estás loco —le dije, pues no quería que me tomara el pelo.

—Vamos, Desnarigado —repuso—, tú mismo me decías hace un momento que pensabas que el revólver tenía vida propia, que podía amartillarse solo y dispararse solo sin ninguna ayuda humana. ¿O no?

—Estás loco —repetí, empezando a sentirme como un tonto redomado y a desear no haber despertado a Cuatro Ojos—. Fíjate, el revólver está aquí, en el sitio donde lo dejé, sobre la mesa, y las balas siguen en mi bolsillo.

—Por suerte —repuso él con un tono teatral que intentaba parecerse al de un empresario de funeraria—. Bueno, ya que me has despertado temprano, me daré una vuelta por ahí y veré si puedo apropiarme del periódico del vecino. Mientras tanto, puedes prepararme el baño.

Esperé hasta estar seguro de que se había ido, porque no quería que volviera a ponerme en ridículo. Entonces me acerqué al revólver y lo revisé. En primer lugar, busqué la marca o el nombre del fabricante. Descubrí un sitio limado, donde podía haber habido alguna marca, pero eso fue todo. Hubiera jurado que antes de aquello habría podido decir la marca, pero en aquel momento ya no podía. No era que, en general, no pareciera una automática como cualquier otra; eran los detalles —la empuñadura, el guardamonte, la aleta del seguro— lo que resultaba extraño. Imaginé que sería de alguna marca extranjera que jamás había visto.

Después de estar tocándola durante unos dos minutos, comencé a notar algo raro en relación con el tacto del metal. Por lo que podía ver se trataba de acero azulado común, pero en cierta manera era demasiado suave y bruñido, y hacía que quisiera seguir acariciando el cañón una y otra vez.

No puedo explicarlo mejor; el metal no me parecía normal. Finalmente, me di cuenta de que el revólver me estaba poniendo muy nervioso y me hacía imaginar cosas, de modo que lo dejé sobre la repisa de la chimenea.

Cuando regresó Cuatro Ojos el sol ya había salido y él había dejado de sonreír. Me arrojó un periódico al regazo y me hizo una seña. Estaba abierto por la página cinco. Leí:

CON RELACIÓN A LA MUERTE DE KOZACS

La policía cree que el ex contrabandista de licor fue eliminado por su compañero

Levanté la mirada y vi que Larsen estaba de pie, en el vano de la puerta del dormitorio. Llevaba puestos los pantalones del pijama, se le veía enfermizo y amarillento, tenía los párpados hinchados y sus ojitos de cerdo nos miraban fijamente.

—Buenos días, jefe —saludó Cuatro Ojos lentamente—. Acabamos de enterarnos por el periódico de que tratan de jugarte una mala pasada. Dicen que has sido tú y no Dugan quien ha matado a Negro.

Larsen gruñó, se acercó a nosotros y tomó el periódico. Le echó una rápida mirada, volvió a gruñir y se dirigió hasta la pila para remojarse la cara con agua fría.

—Entonces —dijo, volviéndose hacia nosotros—, es mejor que permanezcamos aquí, en el escondite.

Aquel día fue el más largo y el más nervioso que haya pasado jamás. Por algún motivo, Larsen parecía no haber despertado del todo. Si hubiera sido un extraño, habría diagnosticado que se hallaba bajo los efectos del láudano. Se quedó sentado por ahí, con los pantalones del pijama puestos, de modo que al mediodía todavía tenía el aspecto de haberse levantado de la cama en aquel mismo instante. Lo peor era que no quería hablar ni contarnos nada de sus planes. Claro que nunca hablaba demasiado, pero esta vez había una diferencia. Sus cómicos ojitos de cerdo empezaban a ponerme histérico; por más quieto que se estuviera, los ojos no dejaban de moverse, como los de un tipo que ha tomado láudano y le entran pesadillas y está a punto de darle un ataque de frenética locura.

Finalmente, empezó a poner nervioso a Cuatro Ojos, lo cual me sorprendió, porque normalmente Cuatro Ojos sabía tomarse las cosas con calma. Comenzó a hacer pequeñas sugerencias, a decir que deberíamos conseguir un periódico de una edición posterior, que debíamos llamar a cierto abogado de Nueva York, que yo debía hacer que mi primo Jake se diera una vuelta por la comisaría de Bayport para cerciorarse de si había ocurrido algo, y así sucesivamente. Cada vez que comentaba algo, Larsen lo mandaba callar rápidamente.

En un momento dado pensé que Larsen le iba a asestar un golpe. Y Cuatro Ojos, como un idiota, siguió fastidiando. Vi que se avecinaba una bien gorda; estaba tan claro como que me faltaba la nariz. No lograba imaginarme qué inducía a Cuatro Ojos a hacerlo. Supongo que cuando los que dan el tipo de profesor universitario se ponen histéricos se trastornan más que los imbéciles como yo. Tienen el cerebro adiestrado y no pueden dejar de picotear las ideas. Y eso es una desventaja.

En cuanto a mí, traté de dominar mis nervios. Me repetía a mí mismo: «Larsen está bien. Está un poco nervioso, nada más. Todos lo estamos. Vaya, si hace diez años que lo conozco. Está bien».

Me di cuenta vagamente de que me dea esas cosas porque comenzaba, a creer que Larsen no estaba bien.

La cosa explotó a eso de las dos. Larsen abrió desorbitadamente los ojos, como si acabara de recordar algo, y se puso en pie de un salto tan brusco que comencé a mirar a mi

alrededor en busca de la banda de pistoleros de Luke Dugan, o de la policía. Larsen había descubierto que la automática estaba sobre la repisa de la chimenea. En cuanto comenzó a tocarla, notó que estaba descargada.

—¿Quién ha andado jugando con esto? —inquirió con un tono muy desagradable y apagado—. ¿Y por qué?

Cuatro Ojos no lograba mantenerse callado.

—Pensé que podías hacerte daño —dijo.

Larsen se acercó a él y le asestó un golpe en la mejilla que lo hizo caer. Yo así firmemente la silla en la que había estado sentado, dispuesto a usarla como una maza. Cuatro Ojos se retorció en el suelo durante un momento, hasta que logró controlar el dolor. Luego, levantó la vista; las lagrimas comenzaron a brotarle del ojo izquierdo, donde había recibido el golpe. Tuvo el tino suficiente como para no decir palabra, ni sonreír. En una situación semejante, algunos tontos habrían sonreído, pensando que eso sería una señal de valor. Admito que habría sido una señal de valor, pero no de buen tino.

Al cabo de unos veinte segundos, Larsen decidió que no le iba a patear la cara.

—Ya está bien, ¿vas a callarte de una vez? —inquirió.

Cuatro Ojos asintió con la cabeza. Yo dejé de asir la silla.

—¿Dónde están las balas? —preguntó Larsen.

Me las saqué del bolsillo y las puse sobre la mesa, moviéndome pausadamente.

Larsen volvió a cargar el revólver. Me enfermaba ver cómo se deslizaban sus manazas por el metal negroazulado, porque recordaba el tacto que tenía.

—Nadie más que yo toca esto, ¿entendido?

Dicho lo cual se metió en el dormitorio y cerró la puerta.

Lo único que yo podía pensar era: «Cuatro Ojos tenía razón cuando dijo que Larsen estaba loco con lo de la automática de Negro. Y le ocurre lo mismo que le ocurría a Negro. Necesita tener cerca ese revólver. Eso ha sido lo que lo ha importunado durante toda la mañana, sólo que él no lo sabía».

Entonces me arrodillé junto a Cuatro Ojos, que seguía tendido en el suelo, apoyado en los codos, mirando hacia la puerta del dormitorio. La marca que le había dejado Larsen en la cara había adquirido una coloración rojo ladrillo, y en el pómulo, donde se le había roto la piel, tenía un hilillo de sangre.

Con susurros muy apagados le dije lo que pensaba de Larsen.

—Huyamos en cuanto se nos presente la ocasión y enviemos a la policía para que lo pesquen —concluí.

Cuatro Ojos sacudió un poco la cabeza. No dejaba de mirar fijamente a la puerta; el ojo izquierdo le parpadeaba de manera espasmódica. Luego se echó a temblar, y desde lo más profundo de la garganta le salió un extraño gruñido.

—No me lo puedo creer —dijo.

—Él mató a Negro —le murmuré al oído—. Estoy casi seguro de ello. Y por un pelo no te ha matado a ti.

—No me refiero a eso —comentó Cuatro Ojos.

—¿A qué te refieres entonces?

Él sacudió la cabeza, como si intentase cambiar el curso de sus pensamientos.

—A algo que he visto —respondió—, o más bien, a algo que he descubierto.

—¿Del revólver? —inquirí.

Tenía los labios resecos, y me costó un esfuerzo pronunciar las palabras.

Me lanzó una curiosa mirada y se incorporó.

—Será mejor que de ahora en adelante seamos sensatos —dijo, y luego añadió con un hilo de voz—: Por ahora no podemos hacer nada. Quizás esta noche tengamos una oportunidad.

Después de mucho rato, Larsen me ordenó a gritos que le calentara un poco de agua para que pudiera afeitarse. Se la llevé, y cuando me puse a freír un poco de picadillo, salió del cuarto y se sentó a la mesa. Se había lavado y afeitado, y se había cepillado los ralos mechones de pelo que aún le quedaban en la pelada cabeza. Se había vestido y llevaba puesto el sombrero. A pesar de todo, seguía conservando ese aspecto amarillento y enfermizo propio de quien está bajo los efectos del láudano. Nos comimos el picadillo y las judías y nos bebimos la cerveza, sin decir palabra. Ya había oscurecido, y una leve brisa hacía gemir a las briznas de hierba marina.

Finalmente, Larsen se puso en pie, dio una vuelta alrededor de la mesa y sugirió:

—Juguemos una partida de póquer abierto.

Mientras yo recogía los platos, él sacó su maleta y la depositó sobre la mesa accesoria. Se sacó la automática de Negro del bolsillo y la miró durante un segundo. Luego, la guardó en la maleta, cerró ésta y la ató firmemente.

—Cuando acabe la partida nos iremos —dijo.

No estaba muy seguro de si debía sentirme aliviado o no.

Jugamos con un límite de diez centavos, y desde el principio Larsen comenzó a ganar. Fue una partida extraña; yo tenía los nervios a flor de piel, Cuatro Ojos estaba allí sentado con la parte izquierda de la cara toda hinchada, mirando de reojo a través de la lente derecha de sus gafas, porque la izquierda se le había hecho trizas cuando Larsen lo golpeó, y éste iba vestido como si estuviera sentado en una estación, esperando el tren. Todas las cortinas estaban echadas. La bombilla de la luz que pendía del techo, cubierta por una pantalla de papel de periódico, proyectaba un brillante círculo de luz sobre la mesa, pero dejaba el resto de la habitación demasiado a oscuras para mi gusto.

Fue después de que Larsen nos hubiera ganado unos cinco dólares a cada uno cuando comencé a oír el ruido. Al principio no estaba seguro, porque sonaba muy bajo y se confundía con el seco gemido de la hierba marina, pero desde el principio me fastidió.

Larsen descubrió un rey y se hizo otra vez con todo el dinero del pozo.

—Esta noche no puedes perder —observó Cuatro Ojos con una sonrisa, y dio un respingo porque al sonreír le dolía la mejilla.

Larsen lo miró malhumorado. No parecía satisfecho con su suerte, o con la observación de Cuatro Ojos. Sus ojitos de cerdo se movían de la misma forma que nos había puesto histéricos durante el día. Y yo seguía pensando: «Quizás haya matado a Negro Kozacs. Cuatro Ojos y yo no somos más que unos tipos sin importancia para él. Quizás esté tratando de decidir si nos mata también. O quizá piense usarnos para algo y esté sopesando cuánto contarnos. Si hace algo le arrojaré la mesa a la cara; es decir, si tengo ocasión». Comenzó a parecerme un extraño, aunque hacía diez años que lo conocía

y había sido mi jefe y me había pagado buen dinero.

De nuevo volví a oír el ruido, esta vez un poco más audible. Era muy peculiar, y difícil de describir, algo así como el ruido que haría una rata atrapada en un montón de mantas al tratar de abrirse paso para escapar. Levanté la vista y vi que la moradura de la mejilla izquierda de Cuatro Ojos resaltaba mucho más.

—Mi as negro apuesta diez centavos —dijo Larsen, empujando una moneda hacia el montón de apuestas.

—Veo la apuesta —repuse, echando dos monedas de cinco centavos sobre la mesa.

Mi voz sonó tan seca y ahogada que me sorprendió.

Cuatro Ojos puso su dinero y nos dio a cada uno otra carta.

Entonces sentí que la cara se me ponía pálida, porque me pareció que el ruido provenía de la maleta de Larsen y recordé que éste había guardado allí la automática de Negro, con el cañón apuntando hacia el lado contrario al que estábamos nosotros.

El ruido era ahora más fuerte. Cuatro Ojos no lograba estarse quieto sin decir nada. Echó hacia atrás la silla y comenzó a murmurar:

—Creo que oigo...

Entonces vio la mirada enloquecida y asesina que se apoderó de los ojos de Larsen y tuvo el tino suficiente como para acabar diciendo:

—Creo que oigo el tren de las once.

—Quédate quieto —le ordenó Larsen—, muy quieto. Son sólo las once menos cuarto. Mi as apuesta otros diez centavos.

—Subo tu apuesta —repliqué con voz ronca.

Yo quería ponerme en pie de un salto. Deseaba arrojar la maleta de Larsen por la puerta. Quería salir corriendo. Pero continué sentado y muy tieso. Todos nos quedamos sentados y tiesos. No nos atrevíamos a movernos, porque si lo hubiéramos hecho, habría sido señal de que creíamos que estaba ocurriendo lo imposible. Y si un hombre hace eso, está loco. Seguí pasándome la lengua por los labios, sin mojármelos.

Miré fijamente las cartas, tratando de excluir todo lo demás. Ya se había dado esa mano. Yo tenía un valet y unas cuantas cartas de poco valor, y sabía que la carta que tenía boca abajo era otro valet. Entre sus cartas descubiertas, Cuatro Ojos tenía un rey. El as de tréboles de Larsen era el naipe más alto que había sobre la mesa.

Y el ruido continuaba. Era algo que se retorció, se tensaba, empujaba. Un sonido amortiguado.

—Subo diez centavos —dijo Cuatro Ojos en voz alta.

Me dio la impresión de que lo hizo sólo por meter ruido, no porque pensase que sus cartas eran buenas.

Me volví hacia Larsen, tratando de fingir que estaba interesado en ver si continuaba subiendo o dejaba de apostar. Sus ojos habían dejado de moverse y miraban fijamente hacia la maleta. Tenía la boca torcida de un modo cómico y rígido. Al cabo de un rato comenzó a mover los labios. Su voz era tan queda que apenas logré captar las palabras.

—Diez centavos más. *¿Sabéis?, yo maté a Negro. ¿Qué tiene que decir tu valet, Desnarigado?*

—Que sube tu apuesta —repuse automáticamente.

Su contestación nos llegó con la misma voz casi inaudible.

—No tienes ninguna posibilidad de ganar, Desnarigado. *No trajo el dinero, como había prometido. Pero lo obligué a que me dijera en qué lugar de su cuarto lo escondía. Yo no podré recogerlo, la policía me reconocería. Pero vosotros dos podríais hacerlo por mí. Por eso me voy a Nueva York esta noche.* Subo diez centavos más.

—Veo esos diez centavos —me oí decir.

El ruido cesó, no gradualmente sino de repente. De inmediato mis ganas de levantarme de un salto y hacer algo se centuplicaron. Pero estaba pegado a la silla.

Larsen le dio la vuelta al as de picas.

—Dos ases. *El revólver de Negro no lo protegió. No tuvo ocasión de usarlo.* Tréboles y picas.

Ases negros. Yo gano.

Entonces ocurrió.

No necesito dar demasiados detalles sobre lo que hicimos después. Enterramos el cuerpo entre la hierba marina. Lo limpiamos todo y llevamos el cupé unos cuantos kilómetros tierra adentro antes de abandonarlo. Nos llevamos el revólver, lo desarmamos, a martillazos le borramos la forma original, y lo arrojamos pieza a pieza a la bahía. Jamás averiguamos nada sobre el dinero de Negro, ni siquiera lo intentamos. La policía jamás nos importunó. Nos consideramos afortunados de haber conservado el tino suficiente como para escapar sanos y salvos después de lo ocurrido.

Porque, escupiendo humo y fuego a través de los redondos agujeritos, y sacudiendo y haciendo saltar la maleta, las ocho balas salieron disparadas y casi partieron en dos a Anton Larsen.

La herencia

—¿Es ésta la habitación? —inquirí, depositando la maleta de cartón en el suelo.

El propietario asintió y me dijo:

—No hemos cambiado nada desde que murió su tío.

Era pequeña y deslucida, pero bastante limpia. La miré con detenimiento. La cómoda de roble.

El aparador. La mesa desnuda. La lámpara extensible con la pantalla verde. El sillón. La silla de cocina. La cama de hierro fundido.

—Salvo las sábanas y ciertas cosas —añadió el propietario—. Las hemos lavado.

—Murió de repente, ¿no es así? —inquirí.

—Sí. Mientras dormía. Ya sabe usted, el corazón.

Asentí vagamente y, siguiendo un impulso, me acerqué al aparador y abrí la puerta. Dos de los estantes estaban atestados de comida enlatada y otros víveres. Había una cafetera vieja y dos sartenes, y algo de vajilla recubierta por una fina red de grietas amarronadas.

—Su tío gozaba de un permiso especial para cocinar —me informó el propietario—. Por supuesto que eso también vale para usted, si lo desea.

Me acerqué a la ventana y miré tres pisos hacia abajo, a la calle mugrienta. Unos niños jugaban lanzando monedas de un centavo. Estudié los nombres de las tiendas. Cuando me volví, pensé que quizás el propietario iría a marcharse, pero continuaba observándome. Tenía el blanco de los ojos descolorido.

—Ya le comenté que por lavarle la ropa le cobramos veinticinco centavos —me dijo.

Buceé en mi bolsillo y encontré un cuarto de dólar. Me quedaban cuarenta y siete centavos.

Laboriosamente, me extendió un recibo.

—Sobre la mesa tiene la llave de la puerta —me dijo—, y la otra es la de la entrada. La habitación es suya durante los próximos tres meses y dos semanas.

Salió y cerró la puerta tras de sí. Como en oleada, desde abajo me llegó el traqueteo de un tranvía que pasaba. Me dejé caer en el sillón.

La gente puede heredar cosas bastante curiosas. Yo había heredado comestibles enlatados y el alquiler de una habitación, sólo porque mi tío David, al que no recordaba haber visto jamás, pagaba las cosas por adelantado. El tribunal se había comportado decentemente, en especial después de que les dije que no tenía un céntimo. El propietario se había negado a efectuar un reembolso, pero casi no se le podía culpar por ello. Claro que después de haber viajado en autostop todo el trayecto hasta llegar a la ciudad, me sentí defraudado al enterarme de que no habría dinero contante y sonante. La pensión había cesado con la muerte de mi tío, y los gastos del funeral se habían llevado el resto. De todos modos, agradecí contar con un sitio donde dormir.

Me comentaron que mi tío debió de hacer el testamento poco después de que yo naciera. No creo que mis padres lo supieran, de lo contrario lo habrían mencionado, al

menos al morir. Nunca oí hablar demasiado de él, sólo sabía que era el hermano mayor de mi padre.

Me enteré vagamente de que era policía, y eso era todo. Ya se sabe cómo son las cosas; las familias se separan, sólo los mayores se mantienen en contacto, y poco es lo que les cuentan a los jóvenes. Y así, la relación no tarda en olvidarse, a menos que ocurra algo especial. Me imagino que estas cosas ocurren desde que el mundo es mundo. Existen unas fuerzas en acción que separan a las gentes, las dispersan y las vuelven solitarias. Esto se siente mucho más en una gran ciudad.

Dicen que no existe una ley que prohíba ser un fracasado, pero tal y como pude comprobar, sí existe. Después de una niñez acomodada, las cosas se me fueron poniendo más y más difíciles.

La depresión. Mi familia murió. Los amigos partieron. Trabajos inestables y difíciles de encontrar. Retrasos e incomodidades en la asistencia gubernamental. Probé suerte con el vagabundeo, pero descubrí que no tenía el temperamento adecuado. Incluso para ser un vagabundo o un gorrista o un traperero hay que tener una aptitud especial. El hacer autostop hasta la ciudad me había dejado nervioso y mareado. Y me dolían los pies. Soy de esas personas que no sirven demasiado para aguantar.

Sentado en el viejo y raído sillón de mi difunto tío, con la noche que se avecinaba, sentí todo el impacto de mi soledad. A través de las paredes oía moverse a la gente y hablar en voz baja, pero era gente que desconocía y a la que jamás había visto. Desde fuera provenían rumores sordos y murmullos. A lo lejos oí el pesado gruñido de una locomotora; más cerca, el monótono zumbido de un cartel de neón averiado. Se oía el golpeteo acompasado de cierta máquina que no lograba identificar, y creí oír el plañido de una máquina de coser. Eran todos sonidos hostiles y solitarios.

El polvoriento cuadrado que formaba la ventana se fue oscureciendo paulatinamente, pero se parecía más a un humo pesado que se deposita que a un atardecer corriente.

Algo trivial me importunaba. Algo que no guardaba relación con la tenebrosa melancolía generalizada. Traté de descifrar de qué se trataba, y al cabo de un rato, de repente, lo comprendí.

Era muy sencillo. A pesar de que acostumbro a repantigarme de lado cuando me siento en un sillón, estaba sentado bien recto, apoyado en el respaldo, porque el tapizado se hundía profundamente hacia el centro. Y eso, tal como advertí de inmediato, debía de ser porque mi tío se había recostado siempre bien erguido. La sensación fue un tanto atemorizante, pero resistí al impulso de ponerme en pie de un salto. En cambio, me encontré preguntándome qué tipo de hombre había sido y cómo había vivido; comencé a imaginármelo moviéndose por la habitación, sentándose, durmiendo en la cama y, ocasionalmente, recibiendo la visita de algún compañero del cuerpo de policía. Me pregunté en qué emplearía el tiempo después de jubilarse.

No había libros a la vista. Tampoco noté que hubiera ceniceros, y no olía a tabaco. El viejo debió de sentirse bastante solo, sin familia ni nada. Y ahí estaba yo, heredando su soledad.

Entonces me puse en pie, y empecé a dar vueltas sin rumbo. Me llamó la atención el

que los muebles se vieran como incómodos, todos pegados contra las paredes, de modo que adelanté algunos. Me dirigí hasta la cómoda. Sobre ella había una foto enmarcada puesta boca abajo. La llevé hasta la ventana. Sí, se trataba de mi tío, porque tenía una nota escrita en letra cuidada y menuda que decía: «David Rhode, teniente de policía, retirado el 1 de julio de 1927». Llevaba la gorra de policía, tenía las mejillas delgadas y sus ojos eran más inteligentes y penetrantes de lo que había esperado. No se le veía demasiado mayor. La volví a dejar sobre la cómoda, luego cambié de idea y la coloqué de pie sobre el aparador. Aún me sentía demasiado nervioso y con náuseas como para comer nada. Sabía que debía haberme metido en la cama para tratar de descansar bien, pero estaba ansioso después de haberme pasado el día en el tribunal. Me sentía solo, y sin embargo no deseaba dar un paseo ni estar cerca de la gente.

Decidí emplear un poco de tiempo inspeccionando a fondo mi herencia. Era lo lógico, pero una especie de turbación me había hecho vacilar. Una vez que empecé, mi curiosidad fue en aumento. No esperaba encontrar nada de valor. Principalmente me interesaba saber más cosas acerca de mi tío. Comencé por echarle otra mirada al aparador. Había comestibles en lata y café suficientes para un mes. Era una suerte. Eso me daría tiempo para descansar y buscar trabajo. En el estante de abajo había unas cuantas herramientas viejas, unos tornillos, alambre y otros trastos.

Cuando abrí la puerta del armario empotrado recibí un súbito sobresalto. Colgado contra la pared pendía un uniforme de policía, en el gancho de arriba había una gorra azul, debajo sobresalían dos pesados zapatos, a un lado, una porra colgaba de un clavo. En las sombras el conjunto parecía como con vida. Advertí que estaba oscureciendo y encendí la lámpara extensible con la pantalla verde. En el armario encontré también un traje de calle, un abrigo y alguna otra ropa, no demasiada. En el estante había una caja con un revólver de servicio y una canana con algunos cartuchos metidos en las separaciones de cuero. Me pregunté si debía hacer algo con ella. El uniforme me sorprendió, hasta que me di cuenta de que debía de haber tenido dos, uno de verano y otro de invierno. Lo habían enterrado con el otro.

Hasta ese momento no había encontrado demasiado, de modo que continué con la cómoda. En los dos cajones de arriba había camisas, pañuelos, calcetines y ropa interior, todo lavado y doblado prolijamente, pero raído. Ahora eran míos. Si me iban bien, tenía derecho a usarlos. Era una idea desagradable, pero práctica.

El tercer cajón estaba lleno de recortes de periódico, cuidadosamente separados en pilas y fajos distintos. Eché un vistazo a los de arriba de todo. Todos parecían guardar relación con casos policiales, dos de ellos bastante recientes. Allí, deduje, tenía una pista de lo que hacía mi tío después de jubilarse. Había seguido interesándose por su antiguo trabajo.

En el cajón de abajo encontré un surtido heterogéneo de cosas. Unas gafas, un bastón con empuñadura de plata, curiosamente corto, un maletín vacío, un trozo de cinta verde, un caballito de juguete, hecho de madera, que se veía muy viejo (me pregunté fútilmente si no lo habría comprado para mí cuando era pequeño y luego se habría olvidado de enviarlo), una peineta de carey, y otras cosas.

Cerré el cajón de prisa y me aparté de la cómoda. El asunto no me parecía tan

interesante como había esperado. Ya tenía un panorama de las cosas, pero me hacía pensar en la muerte, me producía escalofríos y me daba la sensación como de estar perdido. Ahí estaba yo, en medio de una gran ciudad, y la única persona a la que me sentía de algún modo cercano llevaba tres semanas enterrada.

Con todo, pensé que sería mejor acabar con el trabajo, de modo que saqué el cajón poco profundo que había en la mesa. Encontré dos periódicos recientes, unas tijeras y un lápiz, un fajo pequeño de recibos escritos con la letra laboriosa del propietario, y un cuento de detectives de una biblioteca circulante. Se titulaba *El inquilino*. ¿Querrían que pagara las cuotas? Imaginé que no insistirían.

Fue todo lo que pude hallar. Y según lo iba pensando, me parecía muy poco. ¿No recibía cartas?

El orden general me había llevado a pensar que descubriría varias cajas de cartas, cuidadosamente atadas en paquetes. ¿Y no habría fotos u otros recuerdos? ¿O revistas, o libretas?

Si ni siquiera me había topado con esa maraña de anuncios, carpetas, tarjetas y otras cosas inútiles que se encuentran en alguna parte en casi todas las casas... De pronto se me ocurrió que sus últimos años debieron de haber sido espantosamente vados y estériles, a pesar de los recortes y el cuento de detectives.

Nadie llamó a la puerta, pero ésta se abrió y el propietario entró, andando suavemente con sus pantuflas grandes y holgadas. Me sobresaltó y me hizo enfadar un poco, un enfado más bien aprensivo.

—Sólo quería decirle que no nos gusta que hagan ruido a partir de las once de la noche —me comentó—. Ah, su tío solía cocinar a las ocho y media y a las cinco.

—De acuerdo, de acuerdo —dije rápidamente, y estuve a punto de agregar algún sarcasmo cuando de pronto tuve una idea—. ¿Guardaba mi tío algún baúl o caja o algo parecido en el sótano? —pregunté.

Me miró estúpidamente durante un momento, luego sacudió la cabeza.

—No. Todo lo que tenía está aquí —contestó, indicando la habitación con un movimiento lateral de su mano grande y de dedos gruesos.

—¿Recibía muchas visitas? —inquirí.

Me dio la impresión de que el propietario no había oído la pregunta, pero después de un rato volvió en sí y negó con la cabeza.

—Gracias —le dije, y me aparté—. Buenas noches.

Cuando me volví, seguía de pie en el vano de la puerta, mirando adormilado la habitación. Volví a notar lo descolorido que tenía el blanco de los ojos.

—Oiga —comentó—, veo que ha vuelto a colocar los muebles donde los tenía su tío.

—Sí, estaban todos pegados contra las paredes y yo los he separado.

—Y ha vuelto a colocar su foto encima del aparador.

—¿Es ahí donde solía estar? —pregunté.

Él asintió con un movimiento de cabeza, volvió a echar un vistazo a su alrededor, bostezó y luego se dispuso a marcharse.

—Bueno —dijo—, que duerma bien.

Las tres últimas palabras sonaron forzadas, como emitidas con un esfuerzo

prodigioso. Cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido. De inmediato, tomé la llave que estaba sobre la mesa y la cerré.

No iba a soportar que entrase a fisgonear sin llamar, no si podía evitarlo. La soledad volvió a apoderarse de mí.

¿De modo que había vuelto a colocar los muebles tal como estaban antes, y había puesto la foto en su sitio correcto, no? La idea me asustó un poco. Deseé no tener que dormir en aquella horrible cama de hierro fundido. Pero ¿adonde más podía ir con cuarenta y siete centavos y mi falta de iniciativa?

De repente, me di cuenta de que me estaba comportando como un tonto. Era perfectamente normal que me sintiera un poco intranquilo. En circunstancias tan extrañas, cualquiera se hubiera sentido igual. Pero no debía permitir que eso me deprimiera. Iba a vivir en ese cuarto durante algún tiempo. Lo que tenía que hacer era acostumbrarme a él. De modo que saqué algunos de los recortes de periódico que había en la cómoda y comencé a repasarlos. Cubrían un período de veinte años más o menos. Los más viejos estaban amarillentos y tiesos, y se rasgaban con facilidad. La mayoría de ellos eran sobre asesinatos. Me puse a hojearlos, mirando los titulares y leyendo un poco aquí y allá. Al cabo de un rato me encontré sumido en las descripciones de un «asesino fantasma» que mataba cruelmente y sin motivo aparente. Sus crímenes eran similares a los del nunca atrapado «Jack, el Destripador», que habían horrorizado a Londres en 1888, excepto que entre las víctimas había hombres y niños, además de mujeres. Recordé vagamente que años atrás había oído acerca de dos de los casos; en total habían sido siete u ocho. Leí los detalles. No propiciaban pensamientos agradables. El nombre de mi tío aparecía mencionado entre el de los investigadores de algunos de los primeros casos.

Aquella era, con mucho, la pila más grande de recortes. Todas las pilas estaban cuidadosamente ordenadas, pero no logré encontrar notas ni comentarios, excepto un diminuto trozo de papel con una dirección escrita: calle Robey, número 2318. Me dejó perplejo. Solamente esa dirección solitaria, sin ninguna explicación. Decidí que un día de esos iría a ver el lugar.

Afuera ya era de noche, y en la calle, la luz sesgada que proyectaba la farola permitía ver con más facilidad el polvo que cubría el cristal de la ventana. A través de las paredes no llegaban demasiados ruidos nuevos, sólo el sonido monótono y estridente de unas voces que provenían de una radio. Todavía podía oír el zumbido del cartel de neón estropeado, y otra locomotora bufaba en los distantes patios del ferrocarril. Para mi alivio, advertí que me estaba entrando sueño.

Mientras me desvestía y colgaba mi ropa con un orden desacostumbrado sobre la silla de la cocina, me sorprendí preguntándome si mi tío habría dispuesto la suya del mismo modo: la chaqueta en el respaldo, los pantalones en el asiento, los zapatos debajo con los calcetines metidos dentro, la camisa y la corbata plegadas encima de la chaqueta.

Abrí la ventana unos siete centímetros por arriba y por abajo, luego recordé que rara vez abría la ventana de mi cuarto por arriba, y continué cavilando del mismo modo. Agradecí el que la somnolencia no me hubiera abandonado. Aparté las mantas de la cama, apagué la luz extensible y me acosté de un salto.

Lo primero que pensé fue: «Aquí apoyó él la cabeza». Me pregunté si habría muerto

mientras dormía, tal como me habían dicho, o si se habría despertado paralizado, un viejo solo en la oscuridad. Eso no me conduciría a nada, me dije, e intenté pensar en lo cansados y tensos que estaban mis músculos, lo bueno que era descansar los pies, poder estirarme y relajarme. Eso me ayudó un poco. A medida que mis ojos se iban acostumbrando a la semipenumbra, noté el oscuro perfil de los objetos del cuarto. La silla con mi ropa encima. La mesa. La foto de mi tío, que estaba encima del aparador, despedía un leve y extraño reflejo. Las paredes se me venían encima.

Poco a poco, mi imaginación comenzó a trabajar, y empecé a figurarme la gran ciudad que yacía detrás de las paredes, la ciudad que casi no conocía. Me formé una imagen mental de una manzana tras otra de sucios edificios, con grupos de estructuras más altas esparcidos aquí y allá, donde estaban las tiendas y las líneas de tranvías. Las enormes masas salientes de los almacenes y las fábricas. La lúgubre extensión de vías y cenizas de los patios del ferrocarril, con su serie de vagones vacíos en fila. Callejones sin luz, y la nerviosa oleada del tráfico por los bulevares ocasionales. Una fila tras otra de feas casas de madera de dos pisos, apiñadas una al lado de la otra. Formas humanas que, en mi imaginación, jamás caminaban erguidas, sino agazapadas en las sombras y cerca de las paredes. Criminales. Asesinos.

Interrumpí abruptamente esta sucesión de ideas, un tanto asustado ante su intensidad. Era casi como si mi mente hubiera estado fuera de mi cuerpo, espionando, atisbando. Traté de reírme de semejante idea, que era el resultado obvio de mi cansancio y de mi tensión. No importaba cuan extraña pareciera la ciudad, me encontraba seguro en mi pequeña habitación, tras la puerta cerrada con llave. La habitación de un policía. David Rhode, teniente de policía, retirado el 1 de julio de 1927. Me adormilé y después me quedé dormido del todo.

El sueño fue simple, intenso y singularmente realista. Yo estaba de pie en un callejón empedrado. Había una cerca despintada, de la que faltaba un listón, y más allá estaba la oscura pared de ladrillo de un edificio de apartamentos que tenía unas terrazas traseras salientes con armazones de madera pintados de gris. Era al amanecer, cuando la vida están en decadencia y el sueño se adhiere a todas partes como una bruma fría. Unas nubes sin forma ocultaban el cielo.

Logré ver una persiana amarilla agitarse en una ventana del primer piso, sin embargo no pude oír el sonido. Eso fue todo. Pero la sensación de frío temor que se apoderó de mí era difícil de describir. Parecía estar buscando algo, y al mismo tiempo temía moverme.

Cambió la escena, aunque mis emociones siguieron siendo las mismas. Era de noche, y había un terreno baldío en el cual una enorme valla tapaba casi por completo la brillante luz de la farola.

Apenas podía ver las cosas que había en el terreno: una pila de ladrillos y botellas viejas, unos toneles rotos y los restos desnudos de dos automóviles con los guardabarros herrumbrados y rotos. La maleza y la espesa hierba se extendían formando matas. Después noté que había un sendero estrecho y accidentado que atravesaba el terreno en diagonal, y por él caminaba lentamente un niño pequeño, como si hubiera vuelto a buscar algo que había perdido anteriormente, esa misma tarde. El horror que se cernía sobre el

lugar iba dirigido a él, y sentí mucho miedo por el niño. Traté de advertirle, de gritarle, de decirle que volviera a su casa. Pero no podía hablar ni moverme.

La escena volvió a cambiar. Volvía la hora del amanecer. Estaba de pie, frente a una casa de estuco de dos plantas, un poco apartada de la calle. Había una pulcra zona de césped y dos macizos de flores. A una manzana de allí logré ver a un policía que realizaba lentamente su ronda. Entonces, una fuerza pareció apoderarse de mí y llevarme hacia la casa. Vi un sendero de cemento y una manguera enrollada y luego, en una especie de hueco o entrada, una forma acurrucada. La fuerza hizo que me doblara hacia ella, y vi que se trataba de una mujer joven; tenía el cráneo hundido a golpes y la cara manchada de sangre. Luché e intenté gritar, y con gran esfuerzo me desperté.

Durante un tiempo que pareció largo permanecí tendido, tenso y con temor a moverme, sintiendo cómo me latía el corazón. La oscura habitación daba vueltas a mi alrededor, unas figuras se movían en ella, y por un momento la ventana no estaba donde debía estar. Gradualmente logré controlar el pánico, y obligué a las cosas a que volvieran a sus formas normales, mirándolas fijamente. Luego me senté en la cama, temblando todavía. Era una de las peores pesadillas que recordaba haber tenido. Busqué un cigarrillo y, tembloroso, lo encendí y me tapé con las mantas.

De repente recordé algo. La casa de estuco la había visto antes, hacía muy poco, y creía saber dónde. Salí de la cama, encendí la luz y hojeé los recortes de periódico. Encontré las fotos, desde luego. La casa era la misma que había visto en el sueño. Leí el epígrafe: «Lugar donde fue hallada la muchacha, víctima del asesino fantasma». De modo que eso era lo que había causado la pesadilla. Debería haberlo sabido.

Me pareció oír un ruido en el pasillo de afuera, y de un salto me acerqué a la puerta para asegurarme de que estaba cerrada con llave. Al volver a la mesa, me di cuenta de que estaba temblando. Así no iría a ninguna parte. Tenía que dominar aquel ridículo temor, aquella sensación de que alguien intentaba atacarme. Me senté y me fumé el cigarrillo. Miré los recortes que estaban sobre la mesa. ¿Acaso mi tío los colocaba de esa forma, los estudiaba, reflexionaba acerca de su contenido? ¿Se despertaría alguna vez en mitad de la noche y se sentaría en la cama a esperar que regresase el sueño?

Me puse en pie abruptamente. De un manotazo reuní en una sola pila los recortes y los volví a meter en la cómoda. Por error abrí el cajón de abajo y volví a ver aquel extraño conglomerado de objetos. Las gafas, el bastón con empuñadura de plata, el maletín vacío, la cinta verde, el caballo de juguete, la peineta de carey, y el resto. Al guardar los recortes, de nuevo creí oír un ligero ruido y me volví a toda prisa. Esta vez no fui a la puerta, puesto que podía ver que todavía estaba puesta mi llave, y no se había movido. Pero no pude resistir la tentación de mirar en el armario.

Allí colgado estaba el uniforme azul, encima la gorra, debajo los zapatos, la porra a un lado.

David Rhode, teniente de policía, retirado el 1 de julio de 1927. Cerré la puerta.

Sabía que tenía que dominarme. Mentalmente enumeré las razones obvias y lógicas de mi estado de ánimo y de aquellos inquietantes sueños. Estaba cansado y no me sentía bien. Hacía dos noches que casi no dormía. Me encontraba en una ciudad extraña. Estaba durmiendo en la habitación de un tío al que jamás había visto, o al menos al que no

recordaba haber visto, y que había muerto hacía tres semanas. Me encontraba rodeado de las pertenencias de aquel hombre, del aura de sus costumbres. Había leído acerca de ciertos asesinatos particularmente horribles.

¡Sin duda, razones más que suficientes!

Dejé de pasearme por el cuarto. Mi mirada captó la parte superior de la mesa, gastada y cubierta de arañazos, pero brillante bajo la luz extensible. Sin embargo, no estaba del todo desnuda. No se me había olvidado ningún recorte, pero en un extremo estaba el trozo de papel que había descubierto anteriormente. Lo tomé y leí la dirección escrita a lápiz: calle Robey, número 2318.

Sólo puedo explicar la extraña sensación de que fui presa diciendo que fue como si por un instante me hubieran precipitado de nuevo en la atmósfera de mis sueños. En los sueños, los objetos perfectamente triviales pueden adquirir un significado inexplicablemente horrible. Eso fue lo que ocurrió con el trozo de papel. No tenía idea de lo que significaba la dirección, sin embargo, me miraba fijamente como si se tratara de una condena del destino, de un secreto demasiado terrible como para que lo conociera un hombre. Con un único y rápido movimiento de los dedos, lo estrujé, formé con él una pelota, lo arrojé al suelo y me dejé caer en el borde de la cama. «Que Dios me ayude si sigo reaccionando de ese modo ante las cosas —pensé—. Así deben de ser los inicios de la locura.»

Al cabo de un rato mi corazón dejó de latir con fuerza y las cosas se aclararon un poco en mi mente. Mi absurdo terror se suavizó, pero me di cuenta de que podía volver en cualquier momento. Lo que tenía que hacer era dormirme otra vez antes de que ocurriera, y arriesgarme con los sueños.

Una vez más, mientras yacía en la cama, sentí la presión y la presencia del cuarto. Una vez más, vi la ciudad entera a mi alrededor. Tuve la sensación de que las paredes se venían abajo y de que flotaba sobre una expansión extraña de sucios edificios. Esta vez fue más fuerte.

Entonces el sueño se repitió. Al parecer, me encontraba en la intersección de dos calles. A mi derecha se levantaban unas estructuras altas con muchas ventanas, en ninguna de las cuales había luz. A mi izquierda fluía un río ancho y repugnante. En su superficie untuosa y de lento fluir se reflejaban débilmente las farolas de la orilla opuesta. Pude divisar el perfil de una barcaza anclada. Una de las calles seguía el curso del río y, un poco más allá, se hundía al aproximarse a un puente formado por enormes vigas de acero. Debajo del puente todo era oscuridad. La otra calle se alejaba en ángulo recto. La acera estaba llena de diarios viejos, llevados allí por el viento. No lograba oír su crujido, ni tampoco podía oler el hedor químico que sabía que rezumaba el río. Un horror morbosó parecía cernerse sobre toda la escena.

Un hombre pequeño y de avanzada edad se acercaba por la calle lateral. Sabía que debía gritarle, advertirle, pero fui incapaz. El hombre miraba a su alrededor con incertidumbre, pero pude adivinar que no se debía a presencia alguna. Llevaba un maletín, y con un bastón con empuñadura de plata apartaba los diarios rotos de su camino. Al llegar a la intersección, otra figura salió de detrás de mí. Se trataba de una figura oscura y borrosa. No logré distinguir la cara.

Parecía estar envuelta en sombras. La primera mirada de asustada aprensión del hombre de avanzada edad se convirtió en otra de puro alivio. Al parecer estaba formulando preguntas, y el otro, la figura oscura, le contestaba, y yo no lograba oír sus voces.

La figura oscura señaló hacia la calle que llevaba hasta debajo del puente. El otro sonrió y asintió con la cabeza. El espanto y el terror me mantenían aferrado como una prensa. Empleé toda mi fuerza de voluntad, pero no logré hablar ni acercarme. Lentamente, las dos figuras comenzaron a avanzar por la orilla del río, una al lado de la otra. Estaba como congelado. Finalmente, desaparecieron en la oscuridad, debajo del puente.

Se produjo una larga espera. Luego, la figura oscura regresó sola. Al parecer me había visto y venía hacia mí. El terror se apoderó de mí, y realicé un violento esfuerzo por escapar del hechizo que me tenía atado.

Entonces, de repente, quedé libre. Aparentemente, salí catapultado hacia arriba a una velocidad fantástica. En un instante, me encontré a una altura tal de la ciudad que logré divisar el damero de las manzanas como si se tratara de un mapa visto a través de un cristal ahumado. El río no era más que una línea plumiza. A un lado, vi que unas pequeñas chimeneas escupían un fuego fantasmal; eran fábricas que trabajaban el turno de noche. Me asaltó una sensación de soledad terrible y desesperada. Me olvidé de la escena de la que acababa de ser testigo en la orilla del río.

Mi único deseo era huir del interminable vacío en que me encontraba. Huir y encontrar un lugar donde refugiarme.

En ese punto, mi sueño se volvió más y menos real. Menos real, por mi imposible navegar y caer en picado por el espacio, y por la sensación de estar separado de mi cuerpo. Más, porque sabía dónde estaba y quería regresar a la habitación de mi tío, en la que mi cuerpo yacía dormido.

Caí en picado como una piedra, hasta que me encontré a sólo treinta metros por encima de la ciudad. Entonces, mi movimiento cambió y me deslicé por encima de lo que parecían kilómetros de tejados. Divisé las chimenes cubiertas de hollín y los ventiladores con formas caprichosas, el raído papel alquitranado, el hierro acanalado, veteado por la lluvia. Unos edificios más grandes —oficinas y fábricas— se elevaban más adelante como riscos. Me abalancé directamente a través de ellos sin más demora, atisbando los destellos del metal y la maquinaria, los corredores y las particiones. En un momento dado, tuve la impresión de disputar una carrera con un tranvía y derrotarlo. En otro, me lanzaba a través de varias calles brillantemente iluminadas, en las que se movían muchas personas y automóviles. Finalmente, mi velocidad comenzó a disminuir y viré. Surgió un muro oscuro, se me acercó, me tragó, y me encontré dentro de la habitación de mi tío.

La fase más terrible de una pesadilla suele ser aquella en la que el que sueña cree estar en la misma habitación en que duerme. Reconoce cada objeto, pero éstos aparecen sutilmente distorsionados. Unas formas espantosas escudriñan desde los rincones más oscuros. Si por casualidad se despierta en ese momento, la habitación del sueño permanece superpuesta durante un momento a la habitación real. Eso me ocurrió entonces, excepto que el sueño se negaba a terminar. Tenía la sensación de estar

revoloteando cerca del techo, mirando hacia abajo. La mayoría de los objetos estaban tal y como los había visto por última vez. La mesa, el aparador, la cómoda, las sillas. Pero ambas puertas, la del armario y la que daba al corredor, estaban entornadas. Y mi cuerpo no estaba en la cama. Pude ver las sábanas arrugadas, la almohada hundida, las mantas arrojadas a un lado. Sin embargo, mi cuerpo no estaba en la cama.

De inmediato, mis sensaciones de terror y soledad alcanzaron una nueva cima. Sabía que algo estaba terriblemente equivocado. Sabía que debía encontrarme a mí mismo de prisa. Mientras revoloteaba, me percaté de un insistente tironeo, como el que ejerce un campo magnético sobre un trozo de hierro. Instintivamente, me dejé llevar hacia él y, de inmediato, fui sacado a través de las paredes y volví a la noche.

Nuevamente, recorrí la ciudad oscurecida a toda velocidad. Los pensamientos más extraños se arremolinaron en mi mente. No eran pensamientos propios de los sueños, sino del estado vigilante. Sospechas y acusaciones horribles. Una serie desenfrenada de razonamientos deductivos. Pero mis emociones eran propias de los sueños, de un pánico impotente y de un temor creciente. Los tejados de las casas sobre las que sobrevolaba se tornaron más sucios y más decrepitos. Las casas de dos plantas dieron paso a una masa confusa de destartaladas chabolas.

El polvo de carbón ahogaba las enclenques matas de hierba. El suelo que quedaba al descubierto estaba desnudo o tapado por basuras. Mi velocidad disminuyó y simultáneamente mi pánico fue en aumento.

Divisé un sucio cartel. «Calle Robey», decía. Percibí un número. Me encontraba en la manzana del 2300.

«Calle Robey, número 23187.»

Era una choza desvencijada, pero más limpia que las vecinas. Me desvié hacia la parte posterior de la casa, donde estaban el callejón enlodado y las formas borrosas de unas cajas de embalaje.

En la parte posterior de la casa había una luz. Se abrió la puerta y salió una niña pequeña, que portaba un pequeño cubo de lata con una tapa. Llevaba un vestido corto y tenía las piernas delgadas. Su cabello era lacio y de un amarillo ahumado. En el vano de la puerta, se volvió por un momento y oí una gruesa voz femenina que le decía:

—A ver si te das prisa. A tu papá le gusta la comida caliente. Y no te detengas por el camino, que nadie te vea.

Podía oír otra vez.

La niñita asintió mansamente y se dirigió hacia el oscuro callejón. Entonces vi la otra figura, la que se agazapaba en las sombras en el sitio por donde ella debía pasar. Al principio logré distinguir una forma oscura. Luego me acerqué. Vi la cara.

Era mi propia cara.

Ruego a Dios que nadie me vea como yo me vi entonces. La boca indolente torcida en una mezcla de mueca y gruñido. Las aletas de la nariz ensanchadas. Los ojos, indescriptibles, saliéndose de las órbitas de modo que el blanco rodeaba por completo las pupilas. Más animales que humanos.

La niñita se estaba acercando. Unas oleadas de negrura parecían combatirme, haciéndome retroceder, pero en un último esfuerzo me lancé sobre la cara distorsionada

que había reconocido como la mía. Hubo un instante supremo de dolor y miedo. Entonces me di cuenta de que, desde mi altura, estaba mirando a la niña y que ella me estaba mirando a mí. Me decía:

—Vaya, qué susto me ha dado. Al principio no sabía quién era.

Me encontraba en mi propio cuerpo y sabía que no estaba soñando. Unas ropas que no me estaban bien me apretaban en la cintura y los hombros y me tiraban de los puños. Miré la porra pesada como el plomo, que llevaba en la mano. Me toqué la gorra con visera dura que llevaba en la cabeza, luego bajé la mano, y en la luz mortecina logré ver que vestía el uniforme azul oscuro de un policía.

Ignoro cuál habría sido mi reacción si no me hubiera dado cuenta de que la niña seguía mirándome desde abajo, asombrada, con una media sonrisa, pero atemorizada. Me esforcé para que mis labios dibujaran una sonrisa. Le dije:

—Está bien, pequeña. Siento haberte asustado. ¿Dónde trabaja tu papá? Me encargaré de que llegues allí sin riesgos y te acompañaré de regreso a tu casa.

Y así lo hice.

Mis emociones estuvieron agotadas, paralizadas, durante las horas siguientes. Interrogué a la niña con cautela, averigüé cómo llegar a la zona de la ciudad en que se hallaba la pensión de mi tío. Logré regresar sin que me viesen, me quité el uniforme y lo colgué en el armario.

Al día siguiente fui a la policía. No les conté nada acerca de mis sueños, de mi experiencia misteriosa. Sólo dije que la extraña colección de objetos que había en el cajón de abajo de la cómoda, juntamente con las cosas mencionadas en los recortes, habían despertado en mí ciertas sospechas espantosas. Se mostraron obvia y desagradablemente escépticos, pero consintieron en practicar una investigación de rutina, que arrojó unos resultados concluyentes y asombrosos. La mayoría de los objetos que había en el cajón inferior, el bastón con empuñadura de plata y otros muchos, fueron identificados como los mismos que estaban en posesión de las víctimas del «asesino fantasma», y que habían desaparecido en el momento de los crímenes. Por ejemplo, el bastón y el maletín los llevaba un hombre de edad avanzada que fue hallado muerto debajo de un viaducto, junto al río; el caballo de juguete pertenecía a un niño asesinado en un terreno baldío; la peineta de carey era similar a la que faltaba de la cabeza golpeada de una mujer, cuyo cadáver fue hallado en un distrito residencial; la cinta verde provenía de otra cabeza destrozada. Un atento examen de las tareas y rondas de mi tío completó las pruebas, al demostrarse que en casi todos los casos había estado de patrulla o apostado cerca del lugar del crimen.

Todos decían que había habido por lo menos ocho asesinatos. Habían comenzado cuando mi tío se encontraba aún en el cuerpo, y continuaron después de que se jubilase.

Al parecer, siempre había llevado el uniforme para no despertar las sospechas de sus víctimas.

La colección de recortes de periódico fue atribuida a su vanidad. De los objetos acusadores que había guardado se dijo que eran «símbolos» de sus crímenes, atroces recuerdos. «Fetiches», los denominó un hombre.

No hace falta indicar hasta qué punto se encontraban destrozados mis nervios por esta confirmación de mis sueños y de mi experiencia sonámbula. Lo que más me aterraba

era la idea de que una cierta tendencia asesina presente en la sangre de nuestra familia nos hubiera sido transmitida a mi y a mi tío.

Bastante tiempo después relaté toda la historia, bajo estricto secreto, a un médico en el que confío. No puso en tela de juicio mi cordura, como temí que hiciese. Sin embargo, atribuyó mi relato a las elaboraciones de mi inconsciente. Dijo que durante el estudio que hice de los recortes, mi inconsciente se había dado cuenta de que mi tío era un asesino, pero que mi mente consciente se había negado a aceptar la idea. Esto produjo una especie de agitación mental, magnificada por mi estado distraído y altamente sugestionable. Se despertó en mi propia mente el «deseo de matar». El trozo de papel que llevaba una dirección escrita logró, en cierta forma, enfocar esa fuerza. Mientras dormía, me había levantado, me había puesto el uniforme de mi tío y había ido hasta aquella dirección. En mi estado de sonambulismo, mi mente imaginó que se encontraba realizando todo tipo de viajes extraños por el espacio y el pasado.

El doctor me ha citado casos de otras personas sonámbulas que realizaban actos fuera de lo común. Y, como él dice, no tengo manera de probar que mi tío planease realmente cometer el último asesinato.

Espero que su explicación sea correcta.

La colina y el agujero

Tom Digby se enjugó la cara con la manga arremangada de su camisa de dril, y maldijo de buen grado la costumbre de medir altitudes con instrumentos barométricos. Ahora que había regresado al hito, colocado a ciento cincuenta y tres metros sobre el nivel del mar, se dio cuenta de que la lectura que había obtenido de la altitud de la colina era ridículamente inexacta. Daba un total aproximado de ciento treinta y cuatro metros, mientras que la colina, que a simple vista no distaba más de cuatrocientos metros, tenía obviamente una altura que oscilaba entre los ciento setenta y uno y los ciento setenta y cuatro metros. La discrepancia la convertía en una depresión, en lugar de una colina. Era evidente que él o el altímetro se habían equivocado al tomar la lectura desde la cima de la colina. Y en vista de que el altímetro ahora funcionaba bastante bien, al parecer el equivocado era él.

Le hubiera gustado irse temprano y almorzar con Ben Shelley en Beltonville, pero necesitaba esta medición para terminar con el estudio petrolífero. No había logrado divisar el contacto de arenisca y piedra caliza que buscaba en ninguna otra parte más que cerca de la cima de esta misma colina. De modo que recogió el altímetro, abandonó el abrigo de la fresca sombra del granero detrás del cual estaba el hito y echó a andar pesadamente. Calculaba que podría acabar correctamente este pequeño trabajo y llegar a tiempo a reunirse con Ben. En el rostro grande, juvenil y cuadrado se dibujó una sonrisa mientras pensaba cómo parlotearían y se gastarían bromas. Ben, al igual que él mismo, trabajaba para el Servicio Geológico del Estado.

Unos campos de maíz que llegaban a la altura del hombro, deslumbrantemente verdes bajo el tórrido sol del Medio Oeste, se extendían alejándose de la colina hasta llegar al chato horizonte.

Comenzaba la quietud del mediodía. Unos moscones azules zumbaron a su alrededor cuando bordeó una pila de estiércol y se deslizó entre las estacas grises por la intemperie de una vieja cerca. Nada se movía, salvo una ligera brisa que agitaba el maíz un par de campos más allá, y el coche de un granjero que levantaba un indolente reguero de polvo allá a lo lejos, en dirección contraria. La silueta fornida y de aspecto competente de Tom Digby era la única cosa con determinación de todo el paisaje.

Cuando se hubo abierto paso a través de la franja de cizaña alta y de tallos secos que se extendía al pie de la colina, miró hacia atrás y vio la miserable e insignificante granja donde estaba el hito.

Parecía desierta. Entonces logró distinguir que en un extremo del granero había una niña rubia que miraba en su dirección, y recordó que la había visto antes. La saludó con la mano y rió entre dientes cuando la pequeña se ocultó rápidamente. A veces, los hijos de los granjeros eran muy tímidos. A continuación, comenzó a ascender la colina a paso más vivo, hacia el lugar en el que la porción de estratos se encontraba expuesta de modo tentador.

Al llegar a la cima no sintió la brisa que esperaba. Por el contrario, había un calor más

sofocante que abajo, y sintió una sensación como polvorienta. Volvió a enjugarse el rostro, apoyó el altímetro en un sitio plano, y con cuidado giró el cuadrante hasta que la aguja quedó directamente en la línea media de la escala, y comenzó a tomar las medidas que daba la aguja de abajo.

Se le ensombreció el rostro. Se sintió forzado a sacudir el instrumento, aunque sabía que de nada serviría. Se obligó a trabajar muy lentamente y con método, y tomó una segunda lectura. El resultado fue el mismo. Entonces, se irguió y alivió su frustración con unas cuantas maldiciones ingeniosas, más vigorosas pero con el mismo buen humor que la andanada que había soltado en el hito.

Dejó un margen para cualquier posible cambio en la presión barométrica durante el corto período que ocupó la ascensión desde el hito, pero el altímetro siguió indicando que la altitud de la colina estaba por debajo de los ciento treinta y cinco metros. Ni siquiera un tornado de fantástico rigor podía justificar semejante diferencia de presión.

No habría estado tan mal, se dijo disgustado, si hubiera utilizado un anticuado barómetro aneroide. Pero se supone que un altímetro de quinientos dólares y moderno diseño no debe ser temperamental. Sin embargo, ahora no había nada que hacer. Evidentemente, el altímetro había lanzado su último y fiel suspiro en el hito, después de lo cual había dejado de funcionar para siempre. Habría que enviarlo de vuelta al este para que lo arreglasen. Y él tendría que arreglárselas sin esa maldición.

Se dejó caer en el suelo para tomar un descanso antes de emprender el regreso. Al observar el escaqueado de los campos y el escaqueado más amplio de los sectores que lindaban con caminos de tierra, se le ocurrió pensar lo poco que la mayoría de la gente sabía sobre las dimensiones y límites verdaderos del mundo en el que vivían. Todos se fijaban en las líneas rectas de un mapa y suponían inocentemente que en la realidad también eran rectas. Podían pasarse la vida creyendo que sus casas estaban en un condado, cuando con unas mediciones fidedignas se podría demostrar que vivían en otro. Su sorpresa era genuina cuando les explicabas que la línea Mason—Dixon tenía más salientes que una cerca de estacas, o si les decías que era

prácticamente imposible encontrar un mapa detallado, exacto y actualizado de cualquier distrito determinado. Ignoraban cómo los ríos avanzaban y retrocedían, colocando trozos de tierra primero en un estado y luego en otro. Jamás habían seguido caminos de aspecto agradable y apacible que se desvanecían en una nada enmalezada. Iban por la vida creyendo que vivían en un mundo ordenado como el diagrama de un libro de geometría, mientras que tipos como él y Ben trataban de reunir los retazos e intentaban que un kilómetro más un kilómetro equivalieran a algo así como dos kilómetros. O probaban que las colinas eran realmente colinas, no depresiones disfrazadas.

De pronto, el calor se volvió endiablado y sofocante, y el suelo desnudo, desagradablemente arenoso. Le dio un tirón al cuello de la camisa y se la desabrochó un poco más. Era hora de ir a Beltonville. Un par de vasos de café helado le sentarían bien. Se puso en pie, y notó que la niña había salido otra vez de detrás del granero. Al parecer le estaba haciendo señas con la mano; el movimiento era extraño, convulsivo y tentador, aunque probablemente sería el efecto reverberante del calor que se levantaba de los

campos. Él también le hizo señas con el brazo, y el movimiento le produjo un repentino mareo. Del paisaje pareció surgir como una sombra, y tuvo dificultades para respirar. Entonces comenzó a descender la colina, y en seguida volvió a sentirse bien.

«Fui un imbécil por venir hasta aquí sin sombrero —se dijo—. Este sol me sentará mal, aunque esté tan sano como un caballo.»

Algo le importunaba, sin embargo; así lo advirtió cuando volvió a bajar al campo de maíz. No le gustaba la idea de que la colina pudiera con él. Se le ocurrió que podría convencer a Ben para que volvieran esa tarde, y si no tenía nada más que hacer, tomar una medida exacta con la alidada y la plancheta.

Al acercarse a la granja, vio que la niña se había vuelto a retirar a un extremo del granero. Le lanzó un amistoso «hola». No le contestó, pero tampoco salió corriendo. Se dio cuenta de que lo miraba de hito en hito, con atención y como sopesándolo.

—¿Vives aquí? —le preguntó.

La niña no respondió. Al cabo de un rato, dijo:

—¿Para qué quería bajar hasta allí?

—El Estado me paga para medir la tierra —repuso. Había llegado hasta el hito y automáticamente se había puesto a tomar una lectura, cuando recordó que el altímetro no funcionaba—. ¿Es de tu papá esta granja? —inquirió.

La niña tampoco contestó. Iba descalza, y llevaba un vestido de algodón de un azul desteñido. El sol le había decolorado el cabello y las cejas, y los tenía varios tonos más claros que la piel, lo que le daba un aspecto de negativo de fotografía. Tenía la boca abierta. Todo su rostro mostraba una expresión vacía, pero no exactamente estúpida.

Finalmente, sacudió la cabeza con solemnidad y dijo:

—No debió haber bajado hasta allí. A lo mejor no habría podido volver a salir.

—Dime una cosa, ¿de qué estás hablando? —inquirió él jocosamente, pero manteniendo un tono de voz amable, para que la niña no huyera.

—Del agujero —contestó ella.

Tom Digby sintió que lo recorría un escalofrío. «El sol debe de haberme dado más fuerte de lo que pensé», se dijo.

—¿Quieres decir que por allá hay una especie de foso? —le preguntó rápidamente—. ¿Quizás un viejo pozo de agua o un pozo negro ocultos por la maleza? Bueno, pues no me caí. ¿Está a este lado de la colina? —volvió a inquirir, mientras seguía arrodillado junto al hito.

Una mirada de comprensión mezclada con una ligera decepción embargó el rostro de la niña.

Asintió con aire enterado y comentó:

—Es usted igual que papá. Siempre me dice que ahí hay una colina, para que no me asuste del agujero. Pero no es necesario que haga eso. Lo sé todo sobre el agujero, y no me volvería a acercar a él por nada del mundo.

—Dime, ¿de qué demonios estás hablando?

Perdió el control de la voz y la pregunta fue más bien un grito.

Pero la niña no echó a correr, sino que siguió mirándolo, pensativa.

—Tal vez me haya equivocado observó finalmente . Tal vez papá y usted y la otra

gente vean de verdad una colina. Tal vez *ellos* hagan que usted vea allí una colina, para que no se entere de que están allí. A *ellos* no les gusta que los molesten. Yo lo sé. Hace unos dos años vino por aquí un hombre; trataba de averiguar cosas sobre *ellos*. Llevaba una especie de anteojo de larga vista puesto sobre unos palos. *Ellos* lo mataron. Por eso yo no quería que usted bajara hasta allí. Tenía miedo de que *ellos* le hicieran lo mismo.

Hizo caso omiso del escalofrío que persistía en recorrerle la espalda, del mismo modo que había hecho caso omiso, desde el principio, y con una aversión científica automática por lo misterioso, de la coincidencia entre la fantasía de la niña y las lecturas inexactas del altímetro.

—¿Quiénes son *ellos*? —inquirió alegremente.

Los ojos de la niña, inexpresivos y de un azul acuoso, se fijaron en un punto más allá de Digby, como silo estuvieran mirando todo, o nada.

—*Ellos* están muertos. Son huesos. Sólo huesos. Pero se mueven. *Ellos* viven en el fondo del agujero, y allí hacen cosas.

—¿Ah, sí? —la animó a que siguiera, sintiéndose un tanto culpable de hacerlo.

Con el rabillo del ojo logró ver que un viejo Ford T subía traqueteando por el camino sembrado de surcos, levantando nubes de polvo.

—Cuando era pequeña —continuó en voz baja, de modo que él tuvo que hacer un esfuerzo para captar las palabras—, iba justo hasta el borde para mirar abajo y verlos. Hay un modo de bajar, pero jamás lo hice. Entonces, un día, *ellos* miraron hacia arriba y me pescaron espiándolos. Eran caras huesudas y blancas; todo lo demás era negro. Supe que *ellos* pensaban matarme. Entonces salí corriendo y no volví nunca más.

El Ford T se detuvo con un traqueteo junto al granero; un hombre alto que vestía un viejo mono azul se apeó de un salto y, a grandes zancadas, se dirigió hacia ellos.

—¿Lo envía la Junta de Educación? —preguntó, acusador, a Tom—. ¿Es del Hospital del Condado?

Su enorme manaza se cerró alrededor de la mano de la niña. Tenía el mismo pelo y las mismas cejas desteñidas, pero su cara tenía un bronceado rojo como el ladrillo. Los dos se parecían muchísimo.

—Quiero decirle una cosa —prosiguió, con voz cargada de enfado pero controlada—. Mi pequeña está bien de la cabeza. Soy yo el que debe juzgarlo, ¿no? ¿Qué pasa si no siempre da las respuestas que los maestros esperan? Tiene ideas muy suyas. Y yo estoy en perfectas condiciones para cuidar de ella. No me gusta la idea de que vengan aquí a fisgonear y a hacerle un montón de preguntas cuando yo no estoy.

En ese momento, el hombre vio el altímetro. Le echó una incisiva mirada a Tom, especialmente a los pantalones de montar y a los borceguíes.

—Me parece que lo único que he conseguido ha sido ponerme en ridículo —dijo rápidamente—. ¿Es petrolero?

Tom se puso de pie.

—Trabajo para el Servicio Geológico del Estado —le dijo.

La actitud del granjero cambió por completo. Avanzó un paso y, en tono confidencial, le comentó:

—Ha encontrado indicios de que hay petróleo, ¿no es cierto?

Tom se encogió de hombros y sonrió con amabilidad. Había oído a cientos de granjeros formular esa misma pregunta, y de la misma forma.

—No le puedo decir nada sobre eso. Antes de emitir ningún juicio tendría que acabar con el trabajo de cartografía.

El granjero le devolvió la sonrisa de un modo perspicaz, pero no hostil.

—Sé a qué se refiere. Sé que ustedes tienen órdenes de no hablar. Hasta pronto, señor.

—Hasta pronto —repuso Tom.

Con un movimiento de cabeza se despidió de la niña, que seguía mirándolo de hito en hito, y rodeando el granero, se dirigió hasta su coche. Al dejar caer pesadamente el altímetro en el asiento delantero, junto a él, cedió al impulso de tomar otra medición. Una vez más maldijo, esta vez entre dientes.

Al parecer, el altímetro volvía a funcionar correctamente.

«Bueno —se dijo—, está decidido. Volveré a tomar otras medidas más fiables con la alidada, y si no vengo con Ben, entonces vendré con otra persona. Mediré esa colina cueste lo que cueste antes de ponerme a hacer otra cosa.»

Ben Shelley se bebió las últimas gotas de café, se apartó de la mesa, y con el pulgar llenó de tabaco su gastada pipa de brezo. Tom le explicó su problema.

Un ventilador de aspas de madera emitía su pesado jadeo asmático desde el techo, haciendo que las tiras colgantes de papel atrapamoscas se balancearan y temblasen.

—Espera un momento —le interrumpió Ben, casi cuando iba a finalizar—. Eso me recuerda algo que traje para ti. Puede ahorrarnos molestias.

Dicho lo cual buscó en su maletín.

—¿No irás a decirme que hay un mapa de esta región que yo no conocía? —El trágico fastidio que destilaba la voz de Tom era jocosó sólo a medias—. En la oficina me juraron que no había ningún mapa.

—Me temo que es lo que voy a decirte —le confirmó Ben—. Aquí está. Un trabajo topográfico especial. Lo emitieron ayer mismo.

Tom le arrebató la hoja plegada.

—Tienes razón —comentó momentos más tarde—. Este mapa podría haberme sido útil. —Su tono se había vuelto sarcástico—. Me pregunto por qué querían mantenerlo en secreto...

—Ya sabes cómo son —repuso Ben llanamente—. Tardan una eternidad en elaborar los mapas.

El trabajo de éste lo hicieron hace dos años, antes de que entraras en el Servicio. Es un mapa más bien insólito, y la persona con la que hablaste en la oficina probablemente no lo relacionó con tu trabajo estructural. Además, hay una historia sobre ese mapa, que quizás explique por qué se produjo la confusión.

Tom había apartado los platos y se había puesto a estudiar el mapa con atención. Lanzó una apagada exclamación que hizo que Ben levantara la vista. Acto seguido, volvió a examinar rápidamente todo el mapa y los datos impresos en un extremo. Luego, fijó la vista en un punto durante tanto tiempo que Ben lanzó una risa ahogada y le preguntó:

—¿Qué has encontrado? ¿Una mina de oro?

Tom se volvió con cara seria y le dijo lentamente:

—Mira, Ben, este mapa no sirve. Tiene un tremendo error. —Y luego añadió—: Es como si hubieran tomado algunas medidas mirando a una vara patrón a través de un periódico enrollado.

—Sabía que no estarías contento hasta que no le encontraras algún fallo —comentó Ben—. No puedo culparte. ¿Qué tiene el mapa?

Tom se lo acercó, Indicándole un sitio con la uña del pulgar.

—Léeme esto —le orden. ¿Qué ves ahí?

Ben hizo una pausa para encender la pipa, observando al mismo tiempo el mapa. Luego repuso rápidamente:

—Una elevación de ciento treinta y dos metros. Y le han escrito un nombre, «El Agujero». ¿A que somos poéticos? Bueno, ¿qué es? ¿Una pedrera?

—Ben, estuve en ese lugar esta mañana —dijo Tom—, y no hay ninguna depresión, sino una colina. ¡Esta medición se equivoca por una friolera de cuarenta y dos metros!

—¡No me vengas con cuentos! —replicó Ben—. Esta mañana has estado en otra parte. Te equivocaste. A mí me ha pasado a veces.

Tom negó con la cabeza.

—Justo al lado de esa colina hay un hito de ciento cincuenta y tres metros.

—Entonces tendrás un hito viejo. —Ben se mostraba divertidamente escéptico—. Será uno de la época precolombina.

—¡Qué estupidez! Mira, Ben, ¿qué tal si me acompañas esta tarde y la medimos con tu alidada?

De todos modos, tarde o temprano tendré que hacerlo, ahora que mi altímetro se ha estropeado.

Te probaré que este mapa está repleto de errores. ¿Qué me dices?

Ben acercó otra cerilla a la pipa. Asintió.

—Está bien, cuenta conmigo. Pero no te enfades cuando descubras que te habías metido en una granja que no era.

Hasta que no se encontraron circulando por la autopista, con el equipo de Ben en el asiento posterior, Tom no recordó una cosa.

—Dime, Ben, ¿no ibas a contarme una historia relacionada con ese mapa?

—No es gran cosa. Sólo que el agrimensor, un viejo llamado Wolcraftson, murió de una insuficiencia cardíaca mientras se encontraba todavía en el campo. Al principio pensaron que alguien tendría que rehacer el trabajo, pero más tarde, cuando repasaron sus papeles, descubrieron que lo había terminado. Quizás eso explique por qué alguna gente en la oficina no estaba muy segura de que existiera ese mapa.

Tom estaba concentrado en el camino que se extendía ante él. Se iban acercando al lugar del desvío.

—¿Y eso sería hace como dos años? —inquirió—. Me refiero a cuándo murió.

—Ajá. Quizá dos años y medio. Ocurrió por aquí cerca, y se produjo una estúpida confusión sobre el asunto. Creo recordar que un tonto forense del condado, un Sherlock Holmes de pueblo, dijo que había señales de estrangulación, o asfixia, o no sé qué otra barbaridad, y quiso retener el portamira de Wolcraftson. Por supuesto que pusimos fin al

asunto.

Tom no contestó. Ciertas palabras que había oído hacía un par de horas volvían ahora a su mente, como si acabaran de conectar un magnetofón: «Hace unos dos años vino por aquí un hombre; trataba de averiguar cosas sobre *ellos*. Llevaba una especie de antejo de larga vista puesto sobre unos palos. *Ellos* lo mataron. Por eso yo no quería que usted bajara hasta allí. Tenía miedo de que *ellos* le hicieran lo mismo.»

Con rabia, apartó aquellas palabras de su mente. Si había algo que detestaba, era el admitir la posibilidad de que existieran entes sobrenaturales, aunque fuera en broma. De todos modos, ¿qué más daban las palabras de la niña? Al fin y al cabo, un hombre había muerto de veras, y era natural que su imaginación enfermiza hubiera inventado una loca fantasía.

Por supuesto, como tuvo que admitir, la absurda anotación del mapa era otra coincidencia más, aparte la historia de la niña y las lecturas erradas del altímetro. Pero ¿se trataba realmente de coincidencias? Quizá Wolcraftson había oído la cháchara de la niña y por eso había anotado «El Agujero» y la medición como una especie de broma personal, con la intención de borrarla más tarde. Además, ¿qué importaba si existían dos coincidencias genuinas? El universo estaba plagado de ellas. Cada colisión molecular era una coincidencia. Se podrían apilar miles de coincidencias una sobre la otra, afirmó, y eso no conduciría a Tom Digby a creer ni por un instante en lo sobrenatural. Claro que conocía a personas bastante inteligentes que abrigan esas creencias. A algunos de sus mejores amigos les gustaba contar «historias increíbles» y jugar con posibilidades misteriosas por el puro placer de la emoción. Pero la única emoción que Tom lograba obtener de tales cosas era un profundo desagrado. Le afectaba demasiado como para tomarlo a broma. Se trataba de una regresión a esa ignorancia primitiva fundada en el temor, de la que la ciencia había sacado lentamente al hombre, centímetro a centímetro, a pesar de la oposición más encarnizada. Tomemos por ejemplo el estúpido asunto de la colina. Una vez que se admite que las dimensiones de una cosa podrían no ser reales, hasta la última fracción de milímetro se destruyen los cimientos que sostienen al mundo.

Jamás, se dijo, jamás le contaría a nadie la historia de las lecturas del altímetro. Justamente eran el tipo de tontas «historias» con las que a Ben, por ejemplo, le gustaría bromear. Pues bien, tendría que prescindir de ella.

Con una sensación de alivio, giró para dirigirse hacia la granja. Había llegado a enfadarse bastante, y parte del enfado era consigo mismo, por molestarse siquiera por cosas de ese tipo.

Ahora terminarían el trabajo como era debido, tal como lo harían los científicos, sin dejar cabos sueltos que luego las imaginaciones morbosas pudieran unir a su antojo.

Condujo a Ben a la parte trasera del granero, y le indicó el hito y la colina. Ben se orientó, estudió el mapa, inspeccionó el hito muy de cerca y luego volvió a estudiar el mapa.

Finalmente, se volvió hacia él con una sonrisa de disculpa.

—Estás completamente en lo cierto. Este mapa es tan absurdo como un cuadro surrealista, al menos en lo que respecta a esa colina. Iré al coche y traeré mis cosas. Podemos medir la altura justo desde el hito. —Hizo una pausa y frunció el ceño—.

Aunque no entiendo cómo diablos se las arregló Wolcraftson para equivocarse así.

—Probablemente interpretaron mal alguna anotación que hizo él en el mapa manuscrito.

—Sí, supongo que debió de ocurrir así.

Una vez que hubieron ajustado la plancheta y la alidada, que parecía un telescopio, directamente encima del hito, Tom levantó en hombros la mira, con su nivel incorporado y sus llamativas marcas.

—Subiré hasta allí y te haré de portamira. Me gustaría que lo midieras tú mismo. Así no tendrán nada que rebatirnos cuando entres en la oficina y les pegues un rapapolvo por publicar semejante mapa.

—De acuerdo —repuso Ben riéndose—. No veo la hora de poder hacerlo.

Tom advirtió que el granjero se dirigía hacia ellos desde el campo que había más adelante. Se sintió aliviado al comprobar que la niña no iba con él. Al cruzarse, el granjero le guiñó un ojo con aire triunfante.

—Encontró algo por lo que valía la pena volver, ¿eh?

Tom no respondió. Pero la actitud del granjero estimuló su sentido del humor y, a medida que avanzaba rumbo a la colina, descubrió que se sentía bastante bien, y que la irritación había desaparecido.

El granjero se presentó a Ben diciendo:

—¿Conque encontraron señales de un pozo bastante grande, eh?

Su pretensión de sonar desapasionado no resultó convincente.

—Yo no sé nada —contestó Ben alegremente—. Me enganchó para que le ayudara a tomar unas medidas.

El granjero enderezó su enorme cabeza y miró de soslayo a Ben.

—Vaya, veo que ustedes, los del Estado, no sueltan prenda. Pues no hace falta que se preocupen, porque sé que aquí debajo hay petróleo. Hace cinco años un tipo me arrendó todas mis tierras para hacer perforaciones, a razón de un dólar anual. Pero después no volvió a aparecer. Claro que yo ya sé lo que pasó. Las grandes empresas lo compraron. Saben que aquí debajo hay petróleo, pero no quieren perforar. Quieren que los precios de la gasolina sigan altos.

Ben emitió un sonido evasivo y se entretuvo llenando la pipa. Luego, por ningún motivo en particular, echó un vistazo a través de la alidada enfocando la espalda de Tom. La mirada del granjero se desvió en la misma dirección.

—Fíjese qué cosa más rara, ahora que lo pienso el lugar al que se dirige ahora su amigo es donde aquel otro tipo se desplomó hace un par de años.

El interés de Ben se avivó.

—¿Un agrimensor llamado Wolcraftson?

—Algo así. Ocurrió justo en la cima de aquella colina. Habían estado dando vueltas por aquí durante todo el día; al parecer algo no funcionaba en los instrumentos, según había dicho el otro tipo. Claro que yo sabía que habían encontrado señales de petróleo pero que no querían soltar prenda. Bueno, hacia la tarde, el tipo mayor, Wolcraftson, como usted ha dicho, llevó él mismo la vara hasta allí, el otro tipo lo había hecho ya dos veces, y se plantó en la cima de la colina.

Entonces fue cuando se cayó redondo. Fuimos corriendo hasta allí, pero era demasiado tarde. El corazón. Debió de arrastrarse bastante antes de morir, porque estaba todo cubierto de polvo.

Ben gruñó apreciativamente.

—¿No hubo después algún lío sobre aquel asunto?

—Bueno, nuestro forense hizo el ridículo, como de costumbre. Pero entonces intervine yo y dije exactamente lo que había ocurrido, y con eso se arregló todo. Oiga, ¿por qué no afloja y me cuenta lo que sabe sobre el petróleo que hay aquí debajo?

Las protestas de Ben alegando su total ignorancia sobre el tema se vieron interrumpidas de repente por la súbita aparición de una niña rubia que venía corriendo por el camino. Pronunció un «papá» entre jadeos y se agarró a la mano del granjero. Ben caminó hasta la alidada. Logró divisar la figura de Tom surgiendo de entre la alta cizaña y comenzando a subir la colina.

Entonces le llamó la atención lo que la niña estaba diciendo.

—¡Tienes que detenerlo, papá! —exclamaba, tironeando de la muñeca de su padre—. No puedes permitir que baje al agujero. *Ellos* lo han arreglado todo para matarlo esta vez.

—¡Sue, cierra la boca! —le gritó el granjero desde su altura, con un tono más ansioso que enfadado—. Me meterás en líos con la Junta de Educación con esas cosas raras que dices. Ese hombre va hacia allí para averiguar qué altura tiene la colina, eso es todo.

—Pero papá, ¿no te das cuenta? —inquirió apartándose de su padre y señalando la figura de Tom, que iba ascendiendo con firmeza—. Ya ha empezado a bajar. *Ellos* están preparados para atraparlo. Agachados en la oscuridad, en silencio para que él no oiga el ruido de sus huesos al chocar entre sí. ¡Detenlo, papá!

El granjero le echó una mirada aprensiva a Ben, se arrodilló junto a la niña y la rodeó con sus brazos.

—Mira, Sue, ya eres mayorcita, corazón. No está bien que hables así. Se que lo haces por jugar, pero los demás no te conocen tan bien. Podrían llegar a pensar ciertas cosas. ¿No querrás que te alejen de mí, eh?

La niña se revolvía inquieta entre sus brazos, tratando de atisbar a Tom por encima del hombro de su padre. De repente, se abalanzó inesperadamente hacia atrás, se soltó y echó a correr hacia la colina. El granjero se puso en pie y fue pesadamente tras ella, gritándole:

—¡Detente, Sue! ¡Detente!

«Locos como un par de cabras —decidió Ben, viendo cómo se alejaban—. Los dos creen que hay algo debajo del suelo. Uno dice que es petróleo, y la otra que son fantasmas.»

Entonces, se dio cuenta de que durante la agitación Tom había llegado a la cima de la colina y había levantado la mira. A toda prisa, miró a través de la alidada, que apuntaba hacia la cima de la colina. Por algún motivo no lograba ver nada, sólo oscuridad. Tanteó la parte delantera para cerciorarse de que había quitado la tapa de la lente. La sacudió un poco, con la esperanza de que en el interior del tubo no se hubiera soltado nada. Entonces, de repente, logró ver a Tom, e involuntariamente lanzó un grito breve y asustado, y se apartó de un salto.

Ya no se veía a Tom en la cima de la colina. Ben permaneció inmóvil por un momento. Luego se lanzó a toda carrera hacia la colina.

Junto a la cerca más alejada encontró al granjero, mirando a su alrededor con aire perplejo.

—Venga conmigo —le ordenó Ben, con un hilo de voz—, tenemos problemas.

Y saltó la cerca.

Cuando llegaron a la cima de la colina, Ben se agachó junto al cuerpo tendido, retrocedió con un movimiento convulsivo y, por segunda vez, lanzó un grito apagado. Porque cada centímetro cuadrado de piel y de ropa estaba tiznado con un polvo fino, gris oscuro. Y junto a una mano gris había un huesecito blanco.

Dado que en su memoria predominaba aún una cierta visión horripilante, a Ben no le hizo falta que nadie le dijese que se trataba del hueso de un dedo humano. Sepultó el rostro entre las manos, luchando contra esa visión.

Porque lo que había visto, o creía que había visto, a través de la alidada era la diminuta figura de Tom sepultada en la negrura, luchando contra unas figuras esqueléticas y borrosas que lo aferraban por todas partes y lo arrastraban hacia abajo, hacia una negrura aún más cerrada.

El granjero se arrodilló junto al cuerpo y murmuró con voz muy queda:

—Está bien muerto. Igual que el otro. Es como si lo hubieran frotado con esa cosa. La tiene hasta en la boca y la nariz. Como si lo hubieran enterrado en cenizas y luego lo hubieran vuelto a desenterrar.

Por entre las estacas de la cerca, la niña miraba fijamente hacia la colina, en dirección a ellos, aterrada pero ávida.

Los sueños de Albert Moreland

En mi mente, el otoño de 1939 no va unido al inicio de la segunda guerra mundial, sino al período en que Albert Moreland tuvo el sueño. Ambos acontecimientos —la guerra y el sueño— no están, sin embargo, desligados en mi cerebro. De hecho, a veces temo que exista alguna conexión entre ellos, si bien de tal índole que ninguna persona en su sano juicio podría considerarla seriamente.

Albert Moreland era, y quizá lo siga siendo en la actualidad, un profesional del ajedrez. El hecho guarda una importante relación con el sueño o sueños. La mayor parte de sus reducidos ingresos los obtuvo jugando en un local recreativo del bajo Manhattan, donde aceptaba enfrentarse a cualquiera que lo deseara: al que se entusiasma con la perspectiva de poder vencer a un experto, al solitario que acude al ajedrez como a una droga, y al fracasado que anhela comprar media hora de dignidad intelectual por un cuarto de dólar.

Tras conocer a Moreland me dejé caer a menudo por el local y a veces lo vi jugar hasta tres y cuatro partidas al mismo tiempo, sin que al parecer le molestara el entrechocar de las bolas de billar o los intermitentes estampidos de la galería de tiro al blanco. Si ganaba obtenía quince centavos y el local se quedaba el resto, mientras que si perdía, ni uno ni otro obtenían un céntimo.

Me di cuenta de que era mucho mejor jugador de lo que se requería para aquel trabajo. Había ganado algunas partidas casuales a famosos internacionales. Un par de clubs de Manhattan le habían propuesto prepararlo para los grandes torneos, pero su falta de ambición lo mantuvo en el anonimato. A mí me parecía que consideraba al ajedrez demasiado banal para dedicarle seriamente su atención, aunque por otra parte estaba dispuesto a desperdiciar su vida en aquel local, a la espera de que ocurriera algo realmente importante, si es que llegaba a ocurrir alguna vez. Cierta vez había aumentado sus ingresos hasta cinco dólares, al enfrentarse al equipo de un club y ganarles a todos.

Lo conocí en la vieja casa de piedra arenisca donde ambos teníamos una habitación en el mismo piso. En aquel lugar me habló por primera vez del sueño.

Acabábamos de jugar una partida y yo contemplaba ocioso las piezas esparcidas fuera del tablero y amontonadas en un pliegue de la manta de su cama. En el exterior soplaba un quejumbroso viento, que se mezclaba con el ruido del tráfico y con el zumbido de un defectuoso letrero de neón. Yo había perdido, pero estaba contento de que Moreland jamás me dejara ganar, como a veces hacía con los jugadores del local a fin de animarlos. Para mis adentros me sentía realmente afortunado por haber podido jugar con Moreland, sin saber entonces que yo era probablemente el mejor amigo que tenía.

Yo acababa de decir algo, obviamente concerniente al ajedrez.

—¿Cree que ha sido una partida complicada? —inquirió, mirándome con intención burlona, sus oscuros ojos semejando ventanas redondas abiertas bajo pesados párpados—. Bueno, tal vez lo haya sido. Aunque juego una partida mil veces más complicada en mis sueños cada noche. Lo curioso es que la partida continúa noche tras noche. La misma

partida. Realmente nunca duermo.

Sólo sueño con la partida.

Entonces me contó, medio en broma medio en serio, lo que habría de protagonizar muchas de nuestras conversaciones.

Las imágenes de su sueño, tal como las describió, eran enormemente simples, sin la usual incongruencia que suele acompañarlas. Se trataba de un tablero tan grande que a veces tenía que caminar para mover sus piezas. Habla muchas más casillas que en el tablero de ajedrez, y aparecían coloreadas con diferentes tonalidades. El valor de las piezas variaba según el color de la casilla donde estuvieran. Por encima y bordeando el tablero no habla sino negrura, pero una negrura que sugería el infinito sin estrellas, como si la escena, tal como él la expresaba, estuviera ubicada en el punto culminante del universo.

Cuando despenaba no recordaba con precisión el conjunto de las reglas del juego, aunque sí algunos puntos aislados, incluyendo el interesante factor —que distinguía a este juego del ajedrez— de que las piezas de un adversario no eran iguales que las del otro. Estaba convencido, no sólo de que comprendía el juego a la perfección mientras soñaba, sino también de que era capaz de jugar con la peculiar destreza de los maestros del ajedrez. Era, dijo, como si su mente nocturna poseyera más dimensiones de pensamiento que su mente diurna, siendo capaz de realizar intuitivamente complejas series de movimientos que de ordinario habrían exigido un razonamiento muchísimo más lento.

—El sentimiento de incrementar el poder mental es ordinariamente un engaño onírico, ¿no es cierto? —añadió, lanzándome una aguda mirada—. Así pues, supongo que puedo decir que se trata de un sueño ordinario.

No supe cómo tomar esta última observación, de modo que aventuré una pregunta:

—¿Cómo eran las piezas?

Resultó que eran similares a las del ajedrez, si bien considerablemente estilizadas sin dejar de sugerir las formas originales —arquitectónicas, animales u ornamentales— que las habían inspirado. Aunque la similitud acababa aquí. Las formas inspiradoras, en la medida en que podía intuir las, eran grotescas en extremo. Había torres terraplenadas sutilmente torcidas con respecto a la perpendicular, polígonos extrañamente asimétricos, que le hacían pensar en templos y tumbas, formas zoovegetales que desafiaban cualquier clasificación, y cuyos moldeados miembros y órganos externos sugerían una variada gama de funciones ignotas. Las piezas más poderosas parecían estar moldeadas según el tenor de las formas vivas, pues portaban estilizadas armas y otros impiementos, y vestían lo que parecían ser coronas y tiaras —un poco como el rey, la dama y el alfil del ajedrez—, en tanto que el esculpido señalaba voluminosos mantos y caperuzas. Pero no eran antropomórficos en ningún otro aspecto. Moreland buscó en vano analogías terrestres, mencionando los ídolos hindúes, los reptiles prehistóricos, la escultura futurista, calamares que portasen dagas en los tentáculos, inmensas hormigas, mantis religiosas y otros insectos con órganos fantásticamente adaptados.

—Creo que tendría que buscar planeta por planeta en el universo entero, antes de poder encontrar los modelos originales —dijo con el ceño fruncido—. Recuerde que nada hay vago ni confuso en lo que a las piezas se refiere. En mis sueños son tan tangibles como esta torre. —Tomó la pieza, la encerró en su mano durante un momento y luego la tendió

sobre su palma—. Sólo en lo que sugieren subyace la vaguedad.

Era extraño, pero sus palabras parecieron abrir algún ojo onírico en mi propia mente, tanto que casi podía ver los objetos por él descritos. Le pregunté si sentía miedo durante su sueño.

Replicó que las piezas, por unidades y en conjunto, le producían repugnancia: las basadas en formas de vida muy desarrolladas mucho más que las meramente arquitectónicas. Sentía aversión a tocarlas y moverlas. Había una pieza en particular que le producía una intensa y morbosa fascinación. La identificaba como «el arquero», pues el arma que portaba daba la sensación de poder herir a distancia; pero como el resto, era más bien infrahumana. La describía como representando una clase intermedia y pervertida de forma vital, que hubiera ido más allá del poder intelectual humano, sin perder —antes bien incrementando— la crueldad en bruto y la malignidad. Era una de las piezas de su adversario que se encontraba reproducida en su bando. El miedo y la abominación que le inspiraban eran a veces tan grandes que interferían en su comprensión estratégica del juego, y era tanto el terror que sentía que más de una vez había puesto en tela de juicio todo su juego, con tal de capturar aquella pieza, sacándola del tablero.

—Sólo Dios sabe cómo mi mente ha podido crear una entidad tan espantosa —acabó, sonriendo rápida y tímidamente—. Quinientos años atrás, y habría jurado que era el mismo diablo quien la había puesto ahí.

—A propósito del diablo —dije, sintiendo inmediatamente que mi petulancia era ridícula—, ¿contra quién juega usted en su sueño?

—Lo ignoro —contestó, frunciendo el ceño nuevamente—. Las piezas contrarias se mueven por sí mismas. Hago un movimiento, y luego, tras esperar durante lo que parece un eón, igual de nervioso que ante un movimiento ajedrecístico, una de las piezas contrarias comienza a sacudirse un poco y seguidamente a cabecear atrás y adelante. Gradualmente, el movimiento aumenta en extensión, hasta que la pieza pierde el equilibrio y pasa a dar tumbos a través del tablero, hasta alcanzar por último la casilla apropiada. Después, progresivamente, tal como comenzó, cesa el movimiento. No sé qué decirle, pero siempre me obliga a pensar en alguna inmensa, invisible y anciana criatura: astuta, egoísta y cruel. ¿Recuerda al viejo temblón del local recreativo? ¿El que siempre desliza las piezas sobre el tablero sin levantarlas, aferradas constantemente entre sus dedos? Es algo así.

Asentí Su descripción lo hacía muy vívido. Por vez primera comencé a pensar cuán desagradable tenía que ser un sueño semejante.

—¿Y prosigue noche tras noche? —pregunté.

—¡Noche tras noche! —afirmó con súbita firmeza—. Y siempre la misma partida. Lleva ahora más de un mes, y mis fuerzas comienzan a entablar abierta batalla con las de mi enemigo. Está minando mi energía mental. Quisiera que cesase. Tanto, que odio la hora de irme a dormir. —Hizo una pausa y prosiguió al cabo de un momento, sonriendo a la defensiva—. Parece raro y difícil de admitir que un sueño sea capaz de agotarlo tanto a uno. Pero si usted ha sufrido pesadillas alguna vez, entenderá de qué manera pueden nublar sus ideas todo el día. Aun así, no sé si soy lo bastante claro al tratar de exponerle la clase de sentimiento que me atenaza durante el sueño, mientras mi cerebro trata de

aprehender el conjunto de la partida, planeando series de movimientos, una tras otra, calculando mil complejas posibilidades. Hay repugnancia, sí, y miedo. Ya se lo he dicho antes. Pero el sentimiento que domina es el de responsabilidad. No debo ni puedo perder la partida. Lo que depende de ello es algo más que mi propio bienestar.

Hay implícita alguna especie de apuesta, aunque no estoy seguro de cuál pueda ser.

»Cuando somos niños, ¿no nos sentimos tremendamente inquietos por la razón que fuere, con la total ausencia de proporción que caracteriza la infancia? ¿No sentimos que todo, literalmente todo, depende de nuestra forma de conducir cualquier trivial acción, cualquier obligación secundaria, en la justa medida? Pues bien, cuando estoy soñando, tengo la sensación de que está en juego una apuesta tan inmensa como el destino de la humanidad. Un movimiento equivocado puede arrastrar al universo a una noche interminable. A menudo, en el sueño, estoy plenamente convencido de ello.

Su voz se extinguió, y se quedó contemplando las piezas del ajedrez. Hice algunas observaciones y empecé a contarle algo sobre una pesadilla que había tenido hacía poco, pero sonó a poco importante. Le di algunos consejos relacionados con sus costumbres, a propósito del tiempo que dedicaba al descanso, y aunque tampoco sonaron a muy importantes, los aceptó de buena gana.

Ya me iba de vuelta a mi habitación, cuando dijo:

—¿No le parece divertido pensar que me pondré a reanudar la partida tan pronto caiga mi cabeza sobre esta almohada? —sonrió con inocencia y añadió sibilamente—: Quizá termine antes de lo que espero. Ultimamente tengo la sensación de que mi adversario está tramando un ataque por sorpresa, aunque pretende hacerme creer que está a la defensiva.

Sonrió de nuevo y cerró la puerta.

Mientras aguardaba el sueño, con la vista perdida en esas confusas tinieblas que se encuentran más en los propios ojos que fuera de ellos, comencé a preguntarme si Moreland no necesitaría, más que ningún otro ajedrecista, un buen tratamiento psiquiátrico. Ciertamente, una persona sin familia, amigos ni ocupación fija es propensa a caer en aberraciones mentales. No obstante, daba la impresión de estar bastante sano. Quizás el sueño fuera una compensación ante el fracaso, por no poder usar plenamente la potencia de su prodigiosa mente ni siquiera como jugador de ajedrez. De hecho, se trataba de una visión grandiosa y satisfactoria, más allá de lo terrestre y con implicaciones de una habilidad mental inaudita.

Ante mí flotaron aquellos versos de los *Rubaiyat* que hablan del jugador de ajedrez cósmico que «en todas direcciones mueve, da jaque y come piezas, y una tras otra las va depositando en la Fosa Común».

Recapacité entonces sobre la atmósfera emocional de sus sueños, los sentimientos de terror y responsabilidad infinita, las tremendas dudas y las cataclísmicas consecuencias —sentimiento que yo identificaba a tenor de mis propios sueños—, y los comparé con el insano y lúgubre estado del mundo (pues estábamos en octubre y la sensación de una catástrofe absoluta no se había enfriado aún), y pensé también en el millón de Morelands que deambulaban sin rumbo fijo, repentinamente golpeados al tomar conciencia del desesperado estado de cosas, de las inapreciables oportunidades perdidas para siempre en

el pasado, y también de su propia indefinida —aunque segura— complicidad en el desastre. Comencé a ver el sueño de Moreland como el símbolo de una última amarra, forcejeo excesivamente postergado contra las fuerzas implacables del destino. Y mis propios pensamientos nocturnos se pusieron a girar en torno a la fantasía de que unos seres cósmicos, ni dioses ni hombres, habían creado la vida humana mucho tiempo atrás por afán de experimentación, broma o ejercicio artístico, habiendo decidido ahora basar el futuro de su creación en el resultado de una partida de habilidad, jugada contra una de sus criaturas.

De pronto advertí que me encontraba completamente despierto y que la oscuridad no me proporcionaba el menor descanso. Encendí la luz y decidí impulsivamente ir a ver si Moreland se encontraba todavía levantado.

El vestíbulo estaba tan sombrío y funebre como en la mayoría de las casas de huéspedes a las tantas de la noche, e hice lo posible por minimizar los inevitables y secos pasos. Sin oír nada, me mantuve unos segundos inmóvil frente a su puerta. No llamé, sino que, apelando a nuestra familiaridad, empujé suavemente la hoja de madera, separándola apenas de su marco, a fin de no perturbar su descanso si se encontraba acostado.

En aquel momento oí su voz, y fue tan certera mi impresión de que la voz provenía de muy lejos que inmediatamente retrocedí hasta el rellano de la escalera y llamé:

—Moreland, ¿está usted ahí abajo?

Sólo entonces reparé en lo que había dicho. Quizás era la propia peculiaridad de las palabras lo que las había obligado a registrarse en mi mente como una mera serie de sonidos.

—Mi aracnoide come a su escudero blindado. Mi posición amenaza —habían sido las palabras.

De pronto se me ocurrió que en su forma general, se trataba de expresiones que tan frecuentemente se dan en el ajedrez, por ejemplo: «Mi torre captura a su alfil. Jaque». Pero en el ajedrez no hay piezas tales como «aracnoide» o «escudero blindado»; y no sólo en el ajedrez, tampoco en ningún juego conocido por mí.

Retrocedí automáticamente hasta la habitación, aunque dudaba todavía que estuviera allí. La voz había sonado desde muy lejos..., desde el exterior del edificio, a lo sumo desde alguna zona remota del mismo.

Sin embargo, allí estaba Moreland tumbado en su cama, la cara hacia arriba, revelada por la luz de un distante anuncio eléctrico que se encendía y apagaba a intervalos regulares. El ruido del tráfico, que desde el vestíbulo había sido casi inaudible, convertía la semioscuridad en algo intranquilo e irritantemente vivo. El defectuoso rótulo de neón todavía zumbaba como lo hiciera a la caída de la noche.

Me deslicé hasta él y lo contemplé. Su rostro, más pálido de lo normal a causa de alguna cualidad de la luz intermitente, tenía la expresión de una penosa e intensa concentración: la frente fruncida en trazos verticales, los músculos alrededor de los ojos contraídos, los labios formando una apretada línea. Me pregunté si debía despertarlo. Me encontraba completamente saturado de la presencia de la murmurante ciudad impersonal que nos rodeaba —bloques y más bloques de existencia reservada, rutinaria y distanciada—, y el contraste hizo que su durmiente rostro pareciera en extremo sensitivo, individual y

desprotegido, como algún suave aunque intencionadamente tenso organismo que ha perdido su caparazón protector.

Mientras aguardaba sin decidirme, sus labios se entreabrieron un poco sin perder nada de su tirantez. Aquellos labios hablaron, y por segunda vez la impresión de distancia fue tan apremiante que, a pesar mío, miré por encima de mi hombro más allá de la polvorienta y levemente iluminada ventana. En aquel momento comencé a temblar:

—Mi espiraloide se retuerce hasta la decimotercera casilla del dominio del soberano verde —fueron sus palabras, aunque yo sólo prestaba oídos a las cualidades de su voz.

Alguna especie inconcebible de distanciamiento le había despojado de toda riqueza, vocalidad y sobretonalidad, de manera que lo que yo oía no parecía sino hueco, metálico y clara e hirientemente quejumbroso, como las voces que a veces se oyen al aire libre, desde lo alto de un elevado tejado o allí donde se ha establecido una mala conexión telefónica. Me sentí víctima de una espantosa decepción, y no obstante sabía que la ventriloquia concierne a la ausencia de movimiento en los labios y a una hábil sugestión, más que a cualquier real y convincente cambio en la cualidad de la voz misma. Contra mi voluntad surgieron en mi mente visiones de un espacio infinito y tinieblas sin fin. Me sentía como si estuviera siendo arrebatado de este mundo, de modo que Manhattan parecía alejarse a mis pies como una negra y asimétrica punta de lanza delimitada por lóbregas aguas, y luego mi velocidad aumentó hasta que la Tierra, el sol, las estrellas y las galaxias se perdieron y me encontré más allá del universo. A tal punto me afectó la cualidad de la voz de Moreland.

No soy capaz de decir cuánto tiempo permanecí allí esperando que hablara de nuevo, con los ruidos de Manhattan fluyendo a mi alrededor aunque sin afectarme, y el anuncio eléctrico encendiéndose y apagándose imperturbablemente, semejante al latido de un reloj. Sólo podía pensar en la partida que se estaba jugando y preguntarme si el adversario de Moreland había hecho su movimiento de respuesta, y si las cosas iban a favor o en contra de Moreland. Su rostro nada podía decirme; la intensidad de su concentración no había cambiado. Durante aquellos momentos, posiblemente minutos, permanecí allí inmóvil, creyendo implícitamente en la realidad de la partida. Como si yo mismo fuera el que de algún modo me encontrara soñando, no podía cuestionar la racionalidad de mi fe, ni romper el hechizo que me tenía sujeto.

Cuando por último sus labios se separaron un poco y de nuevo experimenté aquella impresión de imposible, espectral ventriloquia —las palabras fueron esta vez: «Mi criatura cornúpeta salta sobre la torre retorcida, amenazando al arquero»—, mi miedo rompió las ataduras que como fuera me controlaban y salí de estampida hacia la puerta.

Entonces sucedió lo que, de forma indirecta, fue la parte más extraña de todo el episodio. En el tiempo que me llevó recorrer la longitud del pasillo que me conducía hasta mi habitación, la mayor parte de mi miedo y la mayor parte del sentimiento de absoluta extrañeza y posesión de ultratumba que me dominaran mientras contemplaba el rostro de Moreland se extinguieron tan prestamente que casi olvidé cuán intensas habían llegado a ser tales sensaciones. Ignoro por qué ocurrió tal cosa. Tal vez porque el insalubre reino del sueño de Moreland era grotescamente desemejante de cuanto existe en el mundo real. Fuera cual fuese la causa, en el momento de abrir la puerta de mi cuarto ya estaba yo

pensando que tales pesadillas no podían corresponder a un hombre sano y que quizá debiera Moreland consultar a un psiquiatra. Aunque si era sólo un sueño... Me sentí completamente agotado y estúpido. A los pocos minutos ya estaba dormido.

Sin embargo, algunos fantasmas de las emociones originales se habían indudablemente rezagado, pues a la mañana siguiente desperté con el temor de que algo le había ocurrido a Moreland. Tras vestirme precipitadamente, llamé a su puerta; la habitación, empero, se encontraba vacía, y la cama todavía deshecha. Pregunté a la patrona y me respondió que había partido a las ocho y cuarto, como era habitual en él. Aquel dato no bastó para satisfacer mi vaga ansiedad. Pero dado que mi búsqueda de trabajo se orientaba ese día en la dirección del local recreativo, eso me daba una excusa para dejarme caer por allí. Moreland estaba colocando las piezas sobre el tablero frente a un tipo de rasgos esclavos, al tiempo que jugaba dos partidas rápidas con otros dos individuos. Tranquilizado, me marché sin molestarlo.

Aquella tarde tuvimos una larga charla sobre los sueños en general y, para mi sorpresa, lo encontré muy preparado sobre la materia y científicamente cauto en sus pareceres. De hecho, para mi disgusto, fui yo quien introdujo toda suerte de dudosos lugares comunes, como la clarividencia, la telepatía mental, la posibilidad de extrañas conexiones, y otras distorsiones del tiempo y el espacio durante el estado onírico. Alguna extraña resistencia a admitir que me había introducido en su habitación la pasada noche me llevó a no decirle cuanto había visto y oído, aunque él me contó libremente que había adquirido otra perspectiva sobre el sueño. Parecía adoptar una actitud más filosófica ahora que había confrontado sus experiencias con alguien.

Juntos especulamos las posibles fuentes diurnas de su sueño. Hasta después de las doce no nos dimos las buenas noches.

Me alejé con el ánimo algo caído, vagamente insatisfecho. Creo que el miedo que había experimentado la noche anterior y luego casi olvidado debió de haber estado royéndome interiormente.

A la tarde siguiente el tema volvió a abrirse paso. Pensando que Moreland tenía que estar cansado de tanta charla sobre sueños, lo fui atrayendo hasta una partida de ajedrez. Pero en mitad de la partida apartó una pieza que estaba a punto de mover y dijo:

—¿Sabe?, ese maldito sueño me está resultando ya verdaderamente fastidioso.

Resultaba que su soñado adversario había lanzado finalmente su ataque tan largamente planeado, y que el sueño en sí se había transformado en una especie de pesadilla.

—Es muy parecido a lo que ocurre en una partida de ajedrez —explicó—. Uno prosigue confiando en que la posición propia es correcta y que lleva la partida de la manera más lógica y consecuente. Cada movimiento del adversario resulta ser aquel que uno ha previsto. Llega un momento en que te sientes casi omnisciente. De repente, el otro ejecuta un movimiento de ataque totalmente inesperado. Por un momento, piensas que se trata de un disparate absurdo que el otro comete. Pero entonces te detienes, observas el juego más concienzudamente, y adviertes que hay algo que se te ha pasado por alto y que el ataque del contrario es realmente peligroso. Entonces te pones a sudar.

»Naturalmente, siempre he experimentado miedo, ansiedad y hasta un sentido de

alta responsabilidad durante el sueño. Pero mis piezas eran como un muro que me protegía. Ahora sólo puedo ver resquebrajaduras en ese muro; cualquiera entre un centenar de puntos débiles puede ser previsiblemente roto. Y yo me pregunto si podré responder adecuadamente y con aptitud de conjunto, cuando cualquiera de sus piezas comience a atacar y a darme jaque, y lleve a cabo toda la serie de movimientos posibles que puede desarrollar. La noche pasada creí ver un movimiento de estas consecuencias, y el terror que se apoderó de mí fue tan intenso que todo pareció girar, y creí perderme y hundirme en un abismo de millones de millas de vacío. Todavía en el momento de despertar me puse a reconsiderar en qué podía haberme equivocado, y advertí que mi posición, aunque en peligro, se mantenía aún segura. Fue algo tan vívido que casi traje conmigo, a mi conciencia de vigilia, aquel razonamiento; sin embargo, algunos de los eslabones de la cadena mental del sueño se desgajaron, como si mi conciencia diurna no fuera lo bastante grande para albergar la onírica.

También me contó que su fijación con «el arquero» se estaba convirtiendo en una creciente preocupación. Le llenaba de una clase especial de terror, diferente en cualidad pero quizá de tono superior al que en él engendraba el sueño considerado como un todo: un terror morboso y demente, caracterizado por la intensidad de la repugnancia, la exasperación histérica, y una gama múltiple y variada de temerarios impulsos suicidas.

—No puedo desembarazarme de la sensación de que ese ser bestial tiene que ser, de alguna manera poco clara y subterránea, la clave de mi derrota —dijo.

Me pareció que estaba muy cansado, aunque su rostro poseía las cualidades precisas para no manifestar ninguna clase de fatiga, y me sentí preocupado por su bienestar físico y nervioso. Le sugerí que consultara a un médico (evité decir «psiquiatra») y le señalé que los somníferos tal vez le fueran de alguna ayuda.

—Sin embargo en un sueño más profundo serían más vívidas y reales las imágenes —Sonrió sarcásticamente—. No, creo que prefiero jugar la partida bajo las presentes condiciones.

Me alegré de que considerara todavía el sueño como un fenómeno psicológico interesante y eventual (si podía verlo como alguna otra cosa era algo que no me detuve a analizar). Incluso admitiendo ante mí la excepcional intensidad de sus emociones, seguía manteniendo una especie de aire festivo. Cierta vez comparó su sueño con los delirios paranoicos de persecución, y me preguntó si lo considerarían bastante bueno como para admitirlo en un manicomio.

—Así podría olvidarme del local recreativo y dedicar todo mi tiempo a mi sueño ajedrecístico —dijo, riendo vivamente al ver que yo empezaba a preguntarme si la observación la habría hecho medio en serio.

No obstante, alguna parte de mí mismo no estaba convencida de la actitud de Moreland, y cuando, más tarde, me encontré rodeado de oscuridad, mi imaginación acometió el perverso impulso de dibujar el universo como un inmenso coliseo en el que cada criatura se encuentra condenada a mantener una mortal partida de habilidad contra demoníacas mentalidades que, a pesar de poder adoptar la posición del gato que juega con el ratón, están siempre seguras de su maestría final..., o al menos casi seguras, de modo que sería un verdadero milagro que perdieran.

Me sorprendí comparándolas con ciertos jugadores de ajedrez que, enfrentados por casualidad a un oponente de habilidad imbatible, se dedican a desarrollar desagradables amaneramientos personales a fin de ponerlo nervioso, exasperarlo y destrozar la lucidez de su planteamiento.

Tal humor coloreó la propia nebulosa de mis sueños, persistiendo durante el siguiente día.

Mientras caminaba por las calles me sentí invadido por una ansiedad omnipresente, experimentando tirantez y nerviosa miseria en cada rostro que se cruzaba conmigo. Por una vez me pareció que era capaz de mirar por debajo de la máscara con que cada persona se cubre, y que se muestra tan característicamente pronunciada en una congestionada ciudad..., y ver también lo que yace en lugar tan soterrado: la sensibilidad ególatra, la irritación a punto de estallar, los anhelos frustrados, los fracasos... y, por encima de todo, la ansiedad, demasiado mal definida y sin un objeto preciso para ser llamada miedo pero que infecta cada pensamiento, cada acto, convirtiendo las cosas triviales en monstruosidades horribles. Me pareció entonces que los factores sociales, económicos y psicológicos, incluso la guerra y la muerte, devenían insuficientes para dar cuenta de tal ansiedad, y que en definitiva no era otra cosa que consecuencia de algo dudoso y horrible, que formaba parte de la propia constitución del universo.

Aquella tarde estuve en el local. Sentí que algo había cambiado, pues la abstracción de Moreland no era el calculador fastidio que tan familiar me resultaba, y su angustia era evidente. Uno de sus tres oponentes, después de removerse con inquietud, llamó su atención sobre un movimiento y Moreland sacudió la cabeza como si hubiera estado dormitando. Rápidamente realizó un movimiento de réplica y no tardó en perder la dama y la partida entera, merced a un descuido igualmente elemental. El encargado del local, un hombre grande y forzado, se acercó y se colocó detrás de Moreland, su mofletudo rostro impasible, observando y estudiando la posición de las piezas de la última partida, que Moreland acababa también de perder.

—¿Quién ha ganado? —preguntó el encargado.

Moreland señaló a su adversario. El encargado gruñó entre dientes y se alejó.

Nadie más se sentó a jugar. Se acercaba la hora de cerrar. No estaba seguro de si Moreland había advertido mi presencia, pero después de un rato se levantó y me hizo una señal de asentimiento, y luego recogió su sombrero y su abrigo. Caminamos juntos el largo trecho que nos separaba de nuestra casa. Apenas soltó palabra, y mi sensación de morbosa penetración en el mundo que me rodeaba persistió, obligándome a guardar silencio. Su manera de andar era la de siempre, largas zancadas sin doblar las rodillas, las manos en los bolsillos, el sombrero calado, el ceño fruncido, mirando el suelo tres metros más allá.

Cuando llegamos a casa, tomó asiento sin quitarse el abrigo y dijo:

—Evidentemente, ha sido el sueño lo que me ha hecho perder algunas partidas. Cuando desperté esta mañana era terriblemente vívido, y recordaba casi con exactitud la posición concreta y el conjunto de las reglas. Me puse a hacer un diagrama...

Señaló un pedazo de papel de envolver que había sobre la mesa. Precipitadas líneas cruzadas, incompletas, representaban lo que parecía ser la esquina de un modelo infinitamente mayor.

Podían verse cerca de quinientas casillas. Sobre algunas de ellas había marcas y nombres que indicaban piezas, y una variedad de flechas mostraban su capacidad de movimiento.

—Me costó mucho trabajo —dijo angustiadamente—. Luego comencé a olvidar. Aunque el modelo todavía se encuentra muy cercano a mi recuerdo. Como un enigma matemático que no se llega a comprender del todo. Algunos segmentos del tablero se mantienen vívidos en mi mente todo el día, tanto que creo que con un mayor esfuerzo sería capaz de recomponer el resto. Sin embargo, no puedo.

»Voy a perder, ya lo sabe usted —prosiguió con un cambio en la voz—. Se trata de esa pieza que llamo "el arquero". La pasada noche no pude concentrarme en el tablero; era como si neutralizara mis ojos. Lo más terrible es que se trata de la pieza fundamental del ataque de mi adversario.

Sufro por capturarla. Pero no puedo; también es un cebo, la carnada de la trampa estratégica que mi adversario me tiende. Si le capturase arriesgaría la partida entera. De modo que tengo que verla acercarse más y más, posee un desagradable tipo de movimiento a saltos, en dos direcciones, sabiendo que mi única oportunidad consiste en permanecer incólume hasta que mi adversario sobrepase los límites y yo pueda contraatacar. Pero no seré capaz de aguardar. Pronto, esta noche quizá, mis nervios estallarán y me veré obligado a capturarla.

Yo permanecía estudiando el diagrama con gran interés, y sólo oí a medias lo que dijo luego: una descripción del aspecto global del «arquero». Le oí decir algo acerca de «una cabeza pentalobulada»..., la cabeza casi oculta por una caperuza..., apéndices, cada uno con cuatro juntas, sobresaliendo por debajo del manto..., un arma de ocho puntas con ruedas y palancas alrededor, y pequeños receptáculos en forma de bolsa, como destinados al veneno..., la postura sugiriendo que prepara el arma para afinar la puntería..., todo intrincadamente tallado en alguna lustrosa piedra roja moteada de tonos violeta..., una expresión de bestial y sobrenatural malevolencia...

Justo en aquel momento mi atención se fijó repentinamente en el diagrama y experimenté un terrible escalofrío de excitación, pues acababa de reconocer dos nombres familiares, nunca mencionados por Moreland durante la vigilia. El «aracnoide» y el «soberano verde».

Sin detenerme a recapacitar, le conté que había estado escuchando sus palabras mientras dormía tres noches atrás, y le dije que las peculiares frases que enunciara encajaban perfectamente con las notas del diagrama. Mi informe brotó con melodramático apresuramiento. Mi descubrimiento de las notas, no excepcionalmente asombroso en sí mismo, me produjo probablemente tal impresión porque hasta entonces había olvidado extrañamente (quizá reprimido) el intenso pavor que experimentara al contemplar a Moreland durmiendo.

Antes de terminar, sin embargo, advertí la creciente ansiedad de su expresión, y me di cuenta de que lo que le estaba diciendo no era precisamente lo más adecuado para su estado presente. De manera que comencé a atenuar la importancia de los inquietantes elementos que había contenido su voz —sobre todo la intensa sensación de lejanía—, así como el miedo que engendraran en mí.

Aun así, resultaba obvio que había sufrido un gran golpe. Por unos instantes pareció al borde de un ataque nervioso, levantándose y caminando de un lado a otro con agitación, realizando grotescos movimientos, pronunciando absurdas palabras, aproximándose más y más al diabólico convencimiento de la realidad de su sueño —que parecía haberse intensificado a causa de mis palabras—, estallando por último en una exangüe petición de ayuda.

Tal petición tuvo un efecto inmediato en mí, haciéndome olvidar los salvajes pensamientos que me agobiaban y situando todos los objetos de este mundo a un nivel humano. Todos mis instintos corrieron en ayuda de Moreland, y de nuevo vi el conjunto de la historia como un caso exclusivamente propio de la psiquiatría. Nuestros papeles habían cambiado. Yo había dejado de ser su auditorio enterado a medias para convertirme en el amigo a quien se pide consejo.

Aquello, más que ninguna otra cosa, me produjo un sentimiento de seguridad, e hizo que mis anteriores especulaciones pareciesen infantiles o propias de un loco. Me sentí satisfecho de mí mismo por haber contenido el alud de su imaginación, e hice todo cuanto pude por seguir lográndolo.

Al cabo de un rato, mis repetidas medidas tranquilizadoras comenzaron a surtir efecto. Se fue calmando, y nuestra charla devino razonable una vez más, aunque más adelante en la conversación recurriría a mí acerca de algún punto particular que le preocupaba. Descubrí por vez primera la importancia que había tomado para él el sueño. En el curso de sus solitarias meditaciones, me dijo, a veces había llegado al convencimiento de que su mente abandonaba su cuerpo, mientras éste soñaba y viajaba a través de inconmensurables distancias hasta algún reino más allá del cosmos, donde se jugaba la partida. Se encontraba poseído por la impresión, afirmó, de acercarse demasiado peligrosamente a los íntimos secretos del universo y descubrir que, al cabo, no eran sino perversos y maléficos. A menudo le sobrecogía el temor de que el camino que mediaba entre su mente y el reino de la partida fuera «ampliado» hasta tal punto que él mismo resultara «absorbido corporalmente del mundo», según sus propias palabras. Creía firmemente que perder la partida supondría una amenaza para el mundo entero, y lo creía ahora de una manera más contundente de cuanto con anterioridad me confiara. Había establecido una espantosa relación entre el desarrollo de la partida y el de la guerra, y estaba comenzando a creer que las últimas consecuencias de esta última —aunque no necesariamente la victoria de uno u otro bando— dependían del resultado de la partida.

A veces había llegado a sentirse tan abrumado, me confesó, que su único alivio consistía en pensar que, ocurriera lo que ocurriese, jamás podría vencer a ningún otro de la realidad de su sueño. Siempre existiría la alternativa de verlo como una manifestación de insania o de exceso de imaginación. Independientemente de cuán vívido pudiera resultar, jamás sería capaz de aportar pruebas concretas y objetivas.

—Usted me vio dormir, ¿no es cierto? Precisamente sobre ese mismo lecho. Y me oyó hablar en sueños acerca de la partida. Pues bien, eso prueba que no se trata sino de un sueño, ¿no le parece? En justicia, usted no podría creer ninguna otra cosa, ¿me equivoco?

Ignoro por qué aquellas últimas preguntas ambiguas tuvieron tal efecto de reafirmación sobre mí, que tan sólo tres noches atrás me encontraba temblando ante el

indescriptible tono de la voz que surgía entre sus sueños. Pero así fue. Parecieron como el sello de un acuerdo entre nosotros, por el que asumíamos que sus sueños eran sólo sueños y nada significaban. Comencé a sentirme más bien alegre y autosatisfecho, al igual que un médico que devuelve la salud a su paciente tras una peligrosa crisis. Me dirigí a Moreland de una forma que ahora advierto no era sino pomposamente compasiva, sin parar mientes en cuán desalentados eran sus obedientes asentimientos. Dijo poco más tras aquellas últimas preguntas.

Hasta lo persuadí para que fuéramos a una casa de comidas de la vecindad para tomar un refrigerio nocturno, como si —¡Dios me perdone!— yo estuviera celebrando mi triunfo sobre su sueño. Cuando nos sentamos ante el no demasiado sucio mostrador, encendiendo sendos cigarrillos y saboreando café caliente, advertí que estaba volviendo a sonreír, lo cual vino a sumarse a mi satisfacción. Qué ciego estaba yo ante el supremo abatimiento y la sumisa desesperanza que se ocultaban bajo aquellas sonrisas. Al dejarlo a la puerta de su habitación, me cogió bruscamente la mano y dijo:

—Quisiera expresarle mi agradecimiento por la forma en que ha procurado desembarazarme de este embrollo. —Yo hice un gesto desaprobador—. No, espere —continuó—, significa mucho para mí. De modo que... muchas gracias.

Me alejé con un sentimiento de satisfacción cercano a la virtud. Estaba despojado de toda aprensión. Tan sólo me sentía propenso a la divagación filosófica en torno a las extrañas y variadas formas que el miedo y la ansiedad pueden asumir en nuestra civilización, tan digna de piedad.

Nada más vestirme a la mañana siguiente, me encontré ante su puerta y la empujé sin esperar siquiera a que Moreland me invitara a entrar. Por una vez, al menos, la luz del sol penetraba a través de la polvorienta ventana.

Entonces lo vi, y todas las demás cosas de este mundo dejaron de existir.

Yacía sobre las arrugadas ropas de la cama, medio oculto en un pliegue de la manta. Era algo de unos veinticinco centímetros de altura, tan sólido como podría serlo una estatuilla, e innegablemente real. Pero a la primera ojeada supe que su forma no guardaba ninguna relación con criatura terrestre alguna. Esta circunstancia habría sido tan evidente para quien no entendiera nada de arte como para un experto. También supe que la sustancia roja, moteada de violeta, en la que había sido esculpida o moldeada no encontraba clasificación entre las gemas y minerales de la tierra. Todos los detalles coincidían. La cabeza pentalobulada medio oculta por la caperuza.

Los apéndices, cada uno con cuatro juntas, que sobresalían por debajo del manto. El arma de ocho puntas, con ruedas y palancas alrededor, y los pequeños receptáculos en forma de bolsa, como destinados al veneno. La postura sugiriendo que preparaba el arma para afinar la puntería.

La expresión de bestial y sobrenatural malevolencia...

No cabía duda; aquél era el objeto que había obsesionado a Moreland en su sueño. El que lo había fascinado y horrorizado, y lo había puesto al borde del colapso nervioso, tal como empezaba a hacer ahora conmigo. El objeto que había constituido la avanzadilla —y el cebo— del ataque de su oponente y cuya captura —y al parecer no había duda de que se había producido— indicaba probablemente una derrota de imprevisibles consecuencias. El

objeto, en fin, que había logrado ser atraído por un camino abierto a través de distancias inimaginables, desde un reino de locura que gobernaba el universo.

No cabía duda, se trataba de «el arquero».

No demasiado consciente de lo que me impulsaba, a no ser el miedo, o de cuál era mi propósito, huí de su cuarto. En ese mismo instante me di cuenta de que debía encontrar a Moreland. Nadie lo había visto salir de la casa. Me pasé el día buscándolo por todas partes. En el local recreativo.

En clubes de ajedrez. En bibliotecas.

Cuando volví era ya de noche. Me obligué a entrar en la habitación de Moreland. La estatuilla había desaparecido. Interrogué a los demás habitantes de la casa pero ninguno sabía nada. No obstante, imaginé que, puesto que «el arquero» era sin duda una pieza de gran valor, que además carecía de connotaciones terroríficas para quienes no conocían su historia, lo más probable era que se hallase ya en manos de algún excéntrico y acaudalado coleccionista. Otros muchos objetos habían desaparecido de modo similar en el pasado.

También podía ser que Moreland hubiese vuelto sigilosamente a recogerla.

De lo que no me cabía duda alguna era de que no procedía de la Tierra.

Y si bien existen razones que hacen temer lo contrario, tengo la sensación de que, esté donde esté —en alguna pensión barata o algún manicomio— si no es que la partida se ha perdido ya y ha empezado el castigo, Albert Moreland sigue jugando una increíble partida de terroríficas e imprevisibles consecuencias.

El sabueso

David Lashley se acurrucó y se tapó con las escasas mantas; aburrido, observó cómo la fría luz de la mañana se filtraba a través de la ventana de su cuarto y se endurecía. No lograba recordar la naturaleza exacta del terror contra el que había luchado hasta despertar, sólo sabía que en cierta manera había sido gigantesco, y que le había devuelto el desamparo, cargado de miedo, de la niñez. Había acechado junto a él durante toda la noche, y finalmente se había agazapado sobre él para abalanzársele sobre la cara.

El radiador gimoteó desconsoladamente al llegarle la primera ráfaga de vapor desde el sótano; por toda respuesta, él se echó a temblar. Pensó que su temblor era el reconocimiento irónicamente gracioso del hecho de que su cuarto nunca estaba caliente salvo cuando él no lo ocupaba. Pero había algo más que eso. El gimoteo penetrante había tocado algo en su mente, aunque no logró liberarlo del todo para que se hiciera consciente. El rumor creciente del tráfico ciudadano y el ronco jadeo de una locomotora en los patios del ferrocarril se mezclaron con el sonido más cercano, intensificando su inquietante forcejeo con los temores ocultos. Por unos momentos permaneció inerte, escuchando. Notó además que en el cuarto había un olor desagradable, pero no era nada de lo que debiera sorprenderse. Más de una vez había experimentado las extrañas ilusiones olfativas que forman parte de las secuelas de la gripe. Oyó a su madre trajar laboriosamente en la cocina, y eso lo movió a la acción.

—¿Te has resfriado otra vez? —le preguntó su madre, observándolo ansiosa mientras él engullía a cucharadas un huevo hervido, antes de que su calorcillo se perdiera por completo en el plato helado.

—¿Estás seguro? —insistió—. He oído resollar durante toda la noche.

—Quizás haya sido papá —comenzó a decir.

Ella negó con la cabeza.

—No, papá está bien. Ayer por la tarde le dolía mucho el costado, pero durmió bastante bien. Por eso pensé que serías tú, David. Me levanté dos veces para ver, pero... — Su voz se tornó un tanto dolorida—. Sé que no te gusta que fisgonee en tu cuarto a todas horas.

—¡Eso no es cierto! —la contradijo. Se la veía tan delicada, pequeña y consumida, allí de pie, frente a la estufa, envuelta en una de las batas sin forma del padre, tan parecida a un gorrión enfermo que trata de parecer alegre, que una vana irritación que no pudo evitar se agolpó en su interior, ahogándole un tanto la voz—. Es que no quiero que te levantes a todas horas y que pierdas el sueño. Ya tienes bastante con cuidar de papá durante todo el día. Y ya te he dicho una docena de veces que no tienes que prepararme el desayuno. Sabes que el médico ha dicho que debes descansar todo lo que puedas.

—Yo me encuentro bien —repuso ella rápidamente—, pero hubiera jurado que habías cogido otro resfriado. Durante toda la noche no he dejado de oír cómo alguien resollaba..., husmeaba...

Cuando David volvió a apoyar la taza medio levantada, se derramó un poco de café

en el platito.

Las palabras de su madre habían reavivado el esquivo recuerdo, y ahora que había vuelto, no quería mirarlo directamente a la cara.

—Es tarde, he de darme prisa —dijo.

Lo acompañó hasta la puerta; estaba tan acostumbrada a sus prisas que no notó nada fuera de lo normal. Su lánguida voz lo siguió mientras bajaba la oscura escalera del apartamento:

—Espero que no se haya muerto alguna rata entre las paredes. ¿Has notado qué olor tan feo?

Entonces, traspuso el umbral y se perdió junto con sus recuerdos en el ajetreo ciudadano de primeras horas de la mañana. Los neumáticos cantando sobre el asfalto. Motores fríos tosiendo y poniéndose en marcha con un rugido. Tacones golpeteando sobre la acera, apresurados, trotando para converger en las intersecciones del tranvía y las estaciones elevadas. Tacones bajos, tacones altos, tacones de taquígrafas rumbo al centro, y de trabajadores de guerra que se dirigían a las fábricas de las afueras. Gritos de los vendedores de periódicos, y titulares vislumbrados: «bombardeo aéreo sobre... acorazado hundido... corte de luz se espera en... retirada».

Sin embargo, sentado en la pomposa solemnidad del tranvía, era imposible abstenerse de pensar en ello por más tiempo. Además, el rancio olor medicinal del maderamen amarillo le devolvió inmediatamente a la memoria el otro olor. David Lashley cerró los puños en los bolsillos de su abrigo y se preguntó cómo era posible que un hombre adulto se sintiera, de repente, tan abrumado por un terror de la infancia. No obstante, en el mismo instante supo con aguda certeza que no se trataba de un terror de la infancia, esta cosa que le había perseguido a través de los años, haciéndose cada vez más vasta y amenazante, hasta que, al igual que Fenris, el lobo demonio de Ragnorak, sus fauces abiertas arañaron cielo y tierra, tratando de abrirse aún más.

Esta cosa que había seguido sus pasos, a veces tan de lejos que se había olvidado de su existencia, pero ahora tan de cerca que podía sentir su aliento enfermo y frío en la nuca.

¿Hombres lobos? Había leído sobre tales cosas en la biblioteca, palpando libros polvorientos con inquietante fascinación, pero lo que había leído los hacía parecer inocuos y carentes de significado, supersticiones muertas, en comparación con esta cosa que formaba parte de ciudades vastas y enormes, de gentes caóticas del siglo XX, una parte tan inherente que él, David Lashley, se sobresaltaba ante la interminable variación de aullidos y gruñidos del tráfico y de la industria, sonidos al mismo tiempo animales y mecánicos; se retraía con un respingo al ver unos faros en la noche —esos ojos resplandecientes que no pestañeaban—; temblaba sin control si oía a las ratas arrastrarse por un callejón, o si avistaba por las tardes las formas ensombrecidas de unos flacos perros callejeros buscando comida en un terreno baldío. «Alguien que resollaba y husmeaba», había dicho su madre. Qué mejores palabras podían desearse para describir el fisgoneo persistente e inquisidor de la bestia que en sus sueños había permanecido agazapada frente a la puerta de su cuarto durante toda la noche, y que finalmente había logrado abrirse paso para plantarle sus sucias patas sobre el pecho... Por un momento vio, como sobreimpreso en el techo amarillo y en los chillones paneles de anuncios del tranvía, su hocico deformado..., los ojos

rojos como metal fundido, espeso y espumoso..., las fauces que babeaban un aceite negro y denso...

Desesperado, miró a los demás pasajeros, intentando borrar esa visión, pero ésta parecía haber caído sobre ellos, infectándolos, dando a sus facciones un feo aspecto canino, la mandíbula laxa y contraída de una rubia, que por lo demás era guapa, la cabeza estrecha y los ojos muy abiertos de un mecánico sin afeitar, que regresaba del turno de noche. Buscó refugio en el periódico abierto del hombre que estaba sentado a su lado; lo estudió atentamente, sin importarle la impresión de descortesía que estaba dando. Pero en las caricaturas había un lobo, de modo que apartó rápidamente la vista y se puso a mirar a través del sucio cristal cómo iban quedando atrás los comercios. Lentamente, la sensación de opresiva amenaza comenzó a ceder un poco. Pero la caricatura había establecido otro contacto en su mente, el recuerdo de una caricatura de la primera guerra mundial. No podía precisar qué había representado en aquella caricatura el lobo o sabueso —la guerra, el hambre o la crueldad del enemigo—, pero había vagado como un fantasma por sus sueños durante semanas, agazapado en los rincones, esperándolo en lo alto de las escaleras. Más tarde, había intentado explicar a los amigos los horrores que pueden hallarse en los simbolismos y personificaciones concretas de una caricatura interpretada ingenuamente por un niño, pero había sido incapaz de expresar su idea.

El revisor aulló el nombre de una calle del centro y, una vez más, David volvió a perderse entre la multitud, encontrando alivio en el incesante movimiento, en el roce de hombros contra el suyo.

Pero cuando el reloj de control emitió su ¡bong! dilatado y musical y David se volvió para meter la ficha en la ranura, la chica del escritorio levantó la vista y comentó:

—¿No vas a marcar también la ficha de tu perro?

—¿Mi perro?

—Bueno, estaba ahí hace sólo un segundo. Entró justo detrás de ti. Daba la impresión de que le pertenecías, quiero decir, que te pertenecía. —Emitió una breve risita nasal—. Supongo que se tratará de uno de los mastines de la señora Montmorency, que ha venido a inspeccionar las condiciones de la clase trabajadora.

David continuó mirándola inexpresivamente.

—Es un chiste —le explicó la muchacha, con paciencia, y volvió a su trabajo.

Se descubrió a sí mismo mascullando trivialmente un «tengo que dominarme», mientras el ascensor lo conducía silenciosamente al sótano.

Siguió repitiéndoselo mientras iba a toda prisa hacia los vestuarios, dejaba su chaqueta y el almuerzo, se cepillaba rápida y cuidadosamente el pelo, y volvía a recorrer a toda prisa los pasillos aún desiertos, para terminar deslizándose detrás del mostrador de calcetines y pañuelos.

—Son los nervios. No estoy loco. Pero tengo que dominarme —murmuró.

—Claro que estás loco. ¿Acaso no sabes que hablar en voz alta y no reparar en nadie es el primer síntoma de locura?

Gertrude Rees se había detenido mientras iba rumbo a la zona de corbatas. El cabello castaño claro, esmeradamente ondulado y ordenado, le enmarcaba el rostro serio, y no demasiado bonito.

—Lo siento —murmuró—. Estoy nervioso.

¿Qué más podía decir? Incluso a Gertrude.

La muchacha le hizo una mueca compasiva. Deslizó la mano a través del mostrador y le apretó la suya por un momento.

Pero incluso mientras observaba cómo se alejaba, y sus manos sacaban automáticamente las cajas de exposición, la nueva pregunta le martilleó furiosamente en la mente. ¿Qué más podía decir? ¿Qué palabras podían utilizarse para explicarlo? Y lo que es más, ¿a quién podía decírselo? En la mente se le imprimieron una docena de nombres, pero fueron rápidamente desechados.

Quedó uno. Tom Goodsell. Se lo diría a Tom. Esa noche, después de la clase de primeros auxilios.

Los compradores ya comenzaban a invadir el sótano. «¿Dice que su marido gasta la talla once, señora? Sí, tenemos nuevos estampados. Éstos son de seda e hilo de Escocia.» Pero su número siempre creciente no le daba ninguna sensación de seguridad. Atestando los pasillos, se convertían en formas tras las cuales podía ocultarse algo. No cesaba de escudriñarlos. Un niño que se aventuró a meterse detrás del mostrador y lo empujó a la altura de la rodilla le dio un susto de muerte.

El almuerzo llegó pronto para él. Estuvo en los vestuarios a tiempo para asir a Gertrude Rees justo cuando se apartaba, vacilante, del oscuro vano de la puerta.

—Hay un perro —dijo entre jadeos—. Es enorme. Me ha dado un susto tremendo. Me pregunto de dónde habrá salido. Ten cuidado. Tenía un aspecto muy feo.

Pero David, empujado por una repentina temeridad nacida del temor y del espanto, se encontraba ya dentro y encendía la luz.

—No veo ningún perro —le dijo a la muchacha.

—Estás loco. Tiene que estar ahí. —Su cara se asomó cautelosamente a la puerta y se alargó por la sorpresa—. Te digo que... Bueno, supongo que debe de haber salido por la otra puerta.

David no le dijo que la otra puerta estaba cerrada con pasador.

—Imagino que lo traería algún cliente —prosiguió ella, nerviosamente—. Algunos dan la impresión de que no pueden hacer las compras a menos que vayan acompañados de un par de galgos rusos. Aunque esa clase de clientes no suelen meterse en el sótano de oportunidades...

Supongo que deberíamos buscarlo antes de almorzar. Tenía un aspecto peligroso.

David casi no la había oído. Sólo había notado que su armario estaba abierto y que habían arrancado su abrigo y yacía en el suelo. Habían abierto la bolsa de papel marrón que contenía su almuerzo y habían examinado su contenido, como si un animal lo hubiera olisqueado. Al agacharse, vio que los emparedados estaban cubiertos de unas manchas negras y grasientas; un rancio olor que le resultaba familiar le subió hasta las narices.

Esa noche encontró a Tom Goodsell de un humor nervioso y expansivo. Lo habían llamado a filas y en una semana partiría hacia el campamento. Mientras bebían café a pequeños sorbos en el pequeño restaurante vacío, Tom se puso a hablar animadamente sobre los viejos tiempos.

David habría logrado escuchar mejor, de no haber sido por las formas sombrías y

vacilantes que desde la ventana distraían continuamente su atención. Finalmente, encontró una ocasión para desviar la conversación hacia los rumbos que absorbían su mente.

—¿Los seres sobrenaturales de una ciudad moderna? —repuso Tom, al parecer sin encontrar nada fuera de lo común en el tema—. Claro que serían distintos de los fantasmas del ayer. Cada cultura crea sus propios fantasmas. Verás, en la Edad Media construyeron catedrales, y al poco tiempo aparecieron unas pequeñas formas grises que se paseaban por la noche para hablar con las gárgolas. Lo mismo debería ocurrirnos a nosotros, con nuestros rascacielos y nuestras fábricas. —Hablabla con entusiasmo, con su antiguo arrebató poético, como si hubiera tenido la intención de discutir precisamente ese mismo tema. Esa noche estaba dispuesto a hablar de cualquier cosa—. Te diré cómo funciona, David. Comenzamos negando las antiguas supersticiones y los viejos espectros. ¿Por qué no hacerlo? Pertenecen a la época de las cabañas y los castillos. En el nuevo ambiente no pueden echar raíces. La ciencia se vuelve materialista, y prueba que en el universo no hay nada más que pequeños montones de energía. Como si, para el caso, un pequeño montón de energía no pudiera asumir cualquier significado.

»Pero espera, eso es sólo el comienzo. Seguimos inventando, descubriendo y organizando cosas.

Cubrimos la tierra con enormes estructuras. Las amontonamos para formar unas pilas gigantescas, a cuyo lado la antigua Roma, Alejandría y Babilonia se convierten casi en ciudades de juguete. Como verás, se está formando el nuevo ambiente.

David lo miraba con incrédula fascinación, profundamente turbado. No era todo lo que había esperado ni anhelado: se trataba más bien de un fisgoneo telepático en sus temores más ocultos.

Había deseado hablar acerca de estas cosas, sí, pero de un modo escéptico y tranquilizador. En cambio, Tom parecía casi serio. David iba a decir algo, pero Tom levantó un dedo en demanda de silencio, imitando el gesto de un maestro.

—Mientras tanto, ¿qué ocurre dentro de cada uno de nosotros? Te lo diré. Se acumulan todo tipo de emociones reprimidas. Se acumula el horror. Y una nueva especie de pavor a los misterios del universo. Se está formando una cultura psicológica, además de una cultura física. Espera, déjeme terminar. Nuestra cultura está preparada para ser infectada. Desde alguna parte. Es como el cultivo de un bacteriólogo, cuando alcanza la temperatura y la consistencia correctas para mantener una colonia de gérmenes. Lo mismo ocurre con nuestra cultura; de repente genera una horda de demonios. Y al igual que los gérmenes, éstos sienten una peculiar atracción por nuestra cultura. Son únicos. Encajan. No se encontraría el mismo tipo en ninguna otra parte ni en ningún otro momento.

»¿Que cómo saber cuándo se ha producido el contagio? Veo que te estás tomando esto bastante en serio. No creas, quizás yo también. Bueno, pues nos perseguirían, nos aterrorizarían, tratarían de dominarnos. Nuestros temores serían su alimento. Una relación huésped—parásito. Una simbiosis sobrenatural. Algunos de nosotros, lo sensibles, los notaríamos antes que los demás.

Algunos de nosotros podríamos verlos sin saber lo que son. Otros, podríamos saber de su existencia sin verlos. Como yo, ¿no?

»¿Cómo has dicho? No he entendido tu comentario. Ah, te refieres a los hombres lobo. Bueno, eso es una cuestión especial, pero esta noche me atrevería a probar cualquier tema. Sí, creo que entre nuestros demonios habría hombres lobo, pero no se parecerían demasiado a los antiguos.

No tendrían el pelaje limpio y bonito, dientes blancos y ojos brillantes. Claro que no. Al contrario, serían como asquerosos sabuesos que no te sorprendería lo más mínimo encontrarte olisqueando en el cubo de la basura o saliendo de debajo de un camión. Que te asustarían y te aterrarían, sí. Pero no te sorprenderían. Encajarían en el ambiente. Se verían como si pertenecieran a una ciudad, y olerían igual. Y eso porque las emociones retorcidas serían su alimento; tus emociones y las mías. Una cuestión de régimen.

Tom Goodsell lanzó una ruidosa risita ahogada y encendió otro cigarrillo. Pero David se limitó a mirar fijamente el mostrador plagado de rasguños. Se dio cuenta de que no podría contarle a Tom lo que había ocurrido esa mañana, o esa tarde, puesto que se mofaría de inmediato y se mostraría escéptico. Pero eso no invalidaba el hecho de que Tom lo había aceptado, tal vez medio en broma, pero había aceptado al fin. Tom mismo se lo confirmó cuando, en un tono más serio y amistoso, le dijo:

—Sé que esta noche he dicho muchas tonterías, pero aun así, ya sabes cómo son las cosas: en todo esto, algo hay. Al menos, no puedo expresar mis sentimientos de otro modo.

Se dieron un apretón de manos en la esquina, y David viajó en el atestado tranvía hasta su casa, atravesando la ciudad, donde cada cerrojo y cada piedra parecían sutilmente contaminados, donde cada ruido estaba cargado de estremecedoras cadencias. Su madre lo esperaba levantada, y después de insistirle fatigosamente en que debía descansar más y de acompañarla a la cama, se acostó él también; pero no pegó ojo en toda la noche, como un niño en una casa extraña, escuchando cada ruidito y observando fijamente cada una de las formas cambiantes que adoptaban las sombras.

Esa noche nada entró a empellones por la puerta ni apretó su hocico contra el cristal de la ventana.

Sin embargo, al día siguiente notó que le costaba un gran esfuerzo bajar a los grandes almacenes, tan consciente era de la presencia de la cosa en las caras y las formas, en las estructuras y las máquinas que lo rodeaban. Era como si se obligase a entrar en el interior de un monstruo. Creció en él un aborrecimiento hacia la ciudad. Al igual que el día anterior, los pasillos atestados sólo le parecían escondites, y evitó acercarse a los vestuarios. Gertrude Rees hizo unos comentarios compasivos acerca de su aspecto fatigado, y él aprovechó la oportunidad para invitarla a salir esa noche. Claro que, se dijo a sí mismo mientras estaba viendo la película, la relación con ella no era muy estrecha. Ninguna de las chicas había tenido una estrecha relación con él: un joven no demasiado competente atado por la obligación de mantener a unos padres cuyas exiguas reservas de dinero se habían agotado hasta tiempo. Salía con ellas durante un tiempo, les hablaba, les comunicaba sus creencias y sus ambiciones, y luego, una por una, se alejaban para casarse con otros hombres. Pero eso no cambiaba el hecho de que él necesitaba la serenidad que Gertrude podía darle.

Mientras caminaban de vuelta a casa en la fría noche, se descubrió a sí mismo

hablando sin sentido y riéndose de sus propios chistes. Entonces, cuando en el vestíbulo en penumbra se volvieron para mirarse y ella le ofreció sus labios, David percibió que las facciones de Gertrude se alteraban de un modo extraño, que se alargaban. «¡Qué luz tan rara hay aquí!», pensó mientras la tomaba en sus brazos. Pero cuando tocó la fina tira de piel que ella llevaba en el cuello del abrigo, notó que se tornaba desgredada y grasienta, y que los dedos de ella se volvían duros y afilados contra su espalda; luego, David sintió que los dientes de la muchacha asomaban debajo de los labios, y a continuación tuvo una sensación de escozor, como de agujas glaciales.

Se apartó de ella ciegamente, y entonces vio —y la visión lo dejó petrificado— que no había cambiado en nada, o que fuese cual fuese el cambio acaecido, ahora había desaparecido.

—¿Qué te ocurre, cariño? —la oyó preguntar sobresaltada—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que estás balbuceando? Cambiado, ¿dices? ¿Qué ha cambiado? ¿Contaminado? ¿Qué quieres decir?

Por el amor del cielo, no hables así. Que me lo has hecho, ¿dices? ¿Me has hecho qué? —David sintió la mano de la muchacha sobre su brazo, una mano blanda ahora—. No, no estás loco. No pienses esas cosas. Pero eres neurótico y un poco excéntrico. Por el amor del cielo, domínate.

—No sé qué es lo que me ha pasado —logró decir, con su voz normal. Y luego, debido a que tenía que decir algo más, agregó—: Es que mis nervios han saltado, como si alguien los hubiera mordido.

Esperaba que Gertrude se enfadase, pero sólo demostró una compasión perpleja, como si él le gustara pero al mismo tiempo le produjera temor, como si percibiera algo extraño en él que sobrepasaba su capacidad de comprensión.

—Por favor, cuídate —le aconsejó titubeante—. Supongo que de vez en cuando todos nos volvemos un poquitín locos. A mí también se me ponen los nervios de punta en ocasiones.

Buenas noches.

La vio subir la escalera y desaparecer. Luego se dio la vuelta y echó a correr.

En casa, su madre lo esperaba levantada, junto al radiador del vestíbulo para aprovechar su calor agonizante; la envolvía la inevitable bata sin forma. Una nueva idea que se había formado en su mente le obligó a evitar su abrazo y, después de intercambiar unas cuantas palabras, se apresuró a meterse en su cuarto. Pero ella lo siguió pasillo abajo.

—David, tienes mala cara —dijo, ansiosa, en voz muy baja, porque su padre estaría quizá dormido—. ¿Estás seguro de que no vas a coger otra vez la gripe? ¿No crees que mañana deberías ver al médico? —Luego pasó rápidamente a otro tema, utilizando ese tono de disculpa que él conocía tan bien—. No me gusta darte la lata con estas cosas, David, pero la verdad es que deberías tener más cuidado con la ropa de cama. Has puesto algo grasiento en la colcha y han quedado unas manchas grandes y negras.

David estaba abriendo de un empujón la puerta de su cuarto. Las palabras de su madre detuvieron su mano sólo por un instante. ¿Cómo se podía evitar a la cosa yendo a un lugar en vez de a otro?

—Ah, y otra cosa —añadió su madre, mientras él encendía las luces—. ¿Me traerás

unos cartones mañana para tapar las ventanas? En las tiendas de por aquí ya no quedan, y la radio dice que debemos prepararnos.

—Sí, mamá. Buenas noches.

—Una última cosa —insistió ella, demorándose, vacilante, al otro lado de la puerta—. En las paredes tiene que haber una rata muerta. El olor sigue entrando a oleadas. He hablado con el agente inmobiliario, pero no ha hecho nada. Me gustaría que hablases tú con él.

—Sí, mamá. Buenas noches.

Esperó hasta oírla cerrar la puerta suavemente. Encendió un cigarrillo y se desplomó sobre la cama; trató de pensar lo más claramente que le fue posible sobre algo a lo que no podían aplicarse las ideas corrientes.

Primera pregunta (y se dio cuenta, con un irónico remordimiento, de que la cosa sonaba lo bastante melodramática como para formar parte de una novela barata): ¿era Gertrude Rees lo que podría llamarse, a falta de un término mejor, un hombre lobo? Respuesta: casi con toda seguridad, no, en un sentido normal del término. Lo que le había ocurrido momentáneamente era algo que él mismo le había transmitido. Había ocurrido por culpa de su propia presencia. Y una de dos, o su propio susto había interrumpido la transformación, o Gertrude Rees había resultado un vehículo poco apropiado para la encarnación de la cosa.

Segunda pregunta: ¿acaso él no podría transmitir la cosa a alguna otra persona? Respuesta: sí.

Por un momento, se produjo una pausa en su elaboración mental, mientras pasaban raudas por su mente las visiones calidoscópicas de las caras que, sin previo aviso, podrían comenzar a cambiar en su presencia: la de su madre, la de su padre, la de Tom Goodsell, la del agente inmobiliario de labios recatados, la de un cliente de la tienda, la de un pordiosero que se le acercara en una noche lluviosa.

Tercera pregunta: ¿había algún modo de huir de la cosa? Respuesta: no. Y sin embargo, cabía una sola posibilidad. Huir de la ciudad. La ciudad había engendrado a la cosa; ¿acaso no era posible que ésta estuviese encadenada a la ciudad? Difícilmente sería esa una posibilidad razonable; ¿cómo podía una entidad sobrenatural estar atada a un lugar? Sin embargo... Se dirigió rápidamente hacia la ventana y, tras titubear un instante, la abrió. Los sonidos que habían quedado temporalmente anulados por sus pensamientos entraron a raudales con un volumen cuadruplicado, mezclándose de forma discordante, como el instrumento que se afina para tocar una titánica sinfonía: la torturante oleada de sonidos del tranvía y el tren elevado, la tos de una locomotora en los patios del ferrocarril, el murmullo de los neumáticos sobre el asfalto y el rugido de motores, el parloteo de las voces de la radio, el canto levemente lastimero de los cláxones. Pero ya no eran sonidos independientes. Todos provenían de una cavernosa garganta; eran un único gemido, infinitamente penetrante, infinitamente amenazador. Bajó la ventana de golpe y se tapó los oídos con las manos. Apagó las luces y se arrojó sobre la cama, sepultando la cabeza en la almohada. El sonido continuaba llegándole. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, en definitiva, lo quisiera él o no, la cosa lo alejaría de la ciudad. Llegaría el momento en que el sonido penetraría demasiado hondo, para reverberar de un modo demasiado insoportable

en sus oídos.

La visión de tantas caras, temblorosas y al borde de un cambio casi inimaginable, sería demasiado para él. Abandonaría lo que estuviese haciendo y se marcharía.

El momento llegó al día siguiente, poco después de las cuatro de la tarde. No pudo decir qué sensación fue la que, agregando su leve peso de paja al resto, le impulsó a tomar la determinación. Tal vez fuera el pesado movimiento en el perchero de vestidos, dos mostradores más allá; tal vez el aspecto de hocico que adquirió momentáneamente una pieza arrugada de tela.

Fuera lo que fuese, abandonó su puesto detrás del mostrador sin decir palabra, dejando a un cliente murmurando indignado, subió la escalera y salió a la calle, andando casi como un sonámbulo, pero no obstante yendo de un lado a otro para evitar todo contacto directo con la muchedumbre que lo absorbía. Una vez en la calle, tomó el primer tranvía que pasaba, sin reparar en el número, y se buscó un lugar vacío en un rincón de la plataforma delantera.

Al principio con animosa lentitud, luego con una rapidez creciente, el corazón de la ciudad quedó atrás. El tranvía cruzó un enorme puente lóbrego tendido sobre el río aceitoso, y los barrancos ceñudos de los edificios se fueron haciendo más bajos. Los depósitos dejaron paso a las fábricas, las fábricas a los edificios de apartamentos, los edificios de apartamentos a unas casas que, al principio, eran pequeñas y de un blanco sucio, y luego amplias, tipo mansiones, pero muy abandonadas, y después surgieron otras, nuevas y monótonas en su uniformidad.

Gentes de diferentes razas y niveles económicos aparecían una tras otra y desaparecían a medida que el tranvía iba pasando por los diversos estratos de la ciudad. Finalmente, llegaron los terrenos baldíos, al principio de uno en uno, luego en número creciente, hasta que las casas se repartían a razón de dos o tres por manzana.

—Final del recorrido —gritó el revisor.

Y sin titubear, David se descolgó de la plataforma y caminó en la misma dirección que había llevado el tranvía. No se dio prisa. Ni se demoró. Se movía como un autómata al que le hubieran dado cuerda y hubiera echado a andar sin detenerse hasta que se le acabase la cuerda.

El sol se ponía por el oeste tras una nube rojiza de humo. No lograba verlo porque al frente había una elevación orlada de árboles, pero sus últimos rayos le guiñaban desde los cristales de las ventanas de las casitas ubicadas a derecha e izquierda a unas manzanas de allí, como si en su interior hubieran encendido unas luces llameantes. A medida que iba andando, las luces se encendían y se apagaban como señales. Dos manzanas más adelante terminaba la acera, entonces caminó por el centro de un callejón enlodado. Después de dejar atrás una última casa, el callejón también terminaba, dando paso a un sendero estrecho de tierra que se internaba entre unas hierbas altas. El sendero conducía hasta la elevación y atravesaba la orla de árboles. Al salir por el otro lado, aminoró la marcha y se detuvo por fin, tan asombrosamente fantástica era la escena que se abría ante él. El sol se había puesto, pero un montón de nubes altas reflejaban su luz, dándole al paisaje un brillo espectral.

Justo ante él se extendía el equivalente de dos o tres manzanas vacías, pero más allá

comenzaba un extraño reino que parecía arrancado de otro clima y otro sistema geológico y puesto aquí, fuera de la ciudad. Había extraños árboles y arbustos, pero lo más sorprendente de todo eran unos bloques enormes y accidentados de piedra rojiza que se elevaban de la tierra a intervalos desiguales y culminaban en una maciza elevación central de quince a veinte metros de altura.

Mientras observaba, la luz se fue disipando del paisaje, como si sobre la tierra hubiera caído un manto, y en el repentino crepúsculo se elevó de alguna parte un ligero aullido, lastimero y siniestro, pero de ningún modo relacionado con aquel otro aullido que lo había perseguido noche y día. Continuó avanzando, pero ahora impulsivamente, hacia la fuente del nuevo sonido.

Empujó una pequeña puerta en un alto cercado de alambre y ésta se abrió, permitiéndole acceder al reino de rocas. Se encontró siguiendo un sendero de grava que avanzaba entre espesos árboles y arbustos. Al principio parecía bastante oscuro, en contraste con el campo abierto que había a sus espaldas. A cada paso, el apagado aullido se iba acercando. Finalmente, el sendero giraba abruptamente para rodear un peñasco, y se encontró ante la fuente del sonido.

Un foso de piedra rugosa de unos dos metros y medio de ancho por una profundidad similar lo separaba de un espacio cubierto por una vegetación achaparrada y pardusca, rodeado en sus tres lados por unos escarpados muros de piedra en los que se hallaban las bocas oscuras de dos o tres cuevas. En el centro del espacio abierto se encontraban reunidas unas seis figuras caninas de blanco pelaje; sus hocicos apuntaban hacia el cielo, y emitían el lóbrego aullido que lo había atraído hasta aquel lugar.

Sólo cuando sintió que la baja cerca de hierro chocaba contra sus rodillas y hubo descifrado un pequeño cartel que decía LOBOS DEL ÁRTICO, se dio cuenta de que debía de estar en el famoso jardín zoológico del que había oído hablar pero que jamás había visitado: un lugar donde los animales estaban alojados en unas condiciones lo más parecidas posible a las naturales. Miró a su alrededor, y notó el contorno de dos o tres edificios bajos y discretos, y a cierta distancia de ellos divisó la silueta de un guardia uniformado proyectada contra un retazo de cielo oscuro.

Evidentemente, había entrado después de las horas permitidas, a través de una puerta secundaria que debería haber estado cerrada.

Volvió a darse la vuelta y miró fijamente, con curiosidad casual, a los lobos. El giro de los acontecimientos tuvo el efecto de asombrarlo y hacerle sentir como un estúpido; durante largo tiempo consideró lentamente por qué aquellos animales no le daban miedo y los encontraba incluso atractivos.

Quizá fuera porque tenían mucho que ver con lo salvaje y muy poco con la ciudad. Aquel enorme bruto, por ejemplo, el más grande de la manada, el que se había acercado al borde del foso para devolverle la mirada. Parecía encarnar la fuerza primitiva. Su pelaje era de un blanco tan cremoso... —bueno, quizá no tan blanco; tenía un aspecto más oscuro de lo que había pensado en un principio, manchado de negro—, ¿o acaso se debía a la luz mortecina? Pero sus ojos, al menos, eran claros y limpios, brillaban levemente como joyas en la creciente oscuridad.

Pero no, no eran limpios; su fulgor rojizo se tornaba denso y turbio, hasta que se

veían más bien como dos diminutas mirillas en las paredes de un horno apagado. ¿Por qué no había notado antes que la criatura estaba tan deformada? ¿Y por qué los otros lobos se apartaban del animal y le gruñían como si le tuvieran miedo?

Entonces, la bestia se pasó la negra lengua por las fauces grasientas, y de su garganta salió un débil gruñido familiar que no tenía nada de salvaje, y David Lashley supo que ante él se agazapaba el monstruo de sus sueños, convertido finalmente en carne y hueso.

Con un grito ahogado, se volvió y echó a correr ciegamente por el sendero de grava que atravesaba los espesos arbustos e iba hasta la puerta pequeña; huyó aterrado por manzanas desiertas, tropezó en el accidentado suelo y cayó dos veces. Al llegar a la orla de árboles miró atrás; vio que una forma baja y acechante salía por la puerta. Incluso a esa distancia, pudo distinguir que los ojos no eran los de ningún animal.

En la arboleda estaba oscuro, y oscuro también en el callejón que había más allá. En la distancia brillaban las farolas, y las casas estaban iluminadas. Un arrebató de terror inútil se apoderó de él cuando advirtió que no había ningún tranvía esperando, hasta que comprendió —y esa comprensión fue como el inicio de la locura— que absolutamente nada en la ciudad le prometía un refugio. Todo lo que se extendía ante él constituía el terreno de caza de la cosa. Lo estaba empujando hacia su guarida para matarlo.

Entonces echó a correr; corrió con el terror sin esperanza de una víctima ante su perseguidor, de un conejo al que sueltan delante de los galgos; corrió hasta que sus costados fueron muros de dolor y la reseca garganta parecía arderle, y siguió corriendo. Sobre el lodo, la basura y el ladrillo, y luego sobre interminables aceras. Dejó atrás las ordenadas casas suburbanas que en su uniformidad parecían monolitos que delineasen alguna avenida de Egipto. Las calles estaban casi desiertas, y las pocas personas que pasaban se quedaban mirándolo fijamente como quien mira a un enajenado.

Se vieron luces más brillantes, una esquina con dos o tres tiendas. Allí hizo una pausa para mirar atrás. Por un momento no vio nada. Luego surgió de entre las sombras a una manzana de allí, corriendo a paso largo y de un modo irregular, con unas zancadas largas que lo hacían avanzar a trompicones; su pelambre enmarañada brillaba grasienta bajo la luz de las farolas. David lanzó un ronco gemido, se volvió y siguió corriendo.

De repente, el aullido de la cosa aumentó mil veces, convirtiéndose en un lamento palpitante, un ulular estridente que pareció cubrir toda la ciudad de sonido. Y mientras el demoníaco grito continuaba, las luces de las casas comenzaron a apagarse una a una. Entonces, las farolas desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos; un tranvía que se aproximaba quedó borrado por completo, y David supo que el sonido no provenía del todo o directamente de la cosa. Se trataba del largamente anunciado apagón.

Continuó corriendo con los brazos extendidos; palpaba más que veía las intersecciones a medida que iba llegando a ellas, calculaba mal los bordillos, tropezaba y caía tendido para volver a levantarse y proseguir vacilante, medio atontado. El diafragma se le contrajo en un nudo doloroso que se apretaba más y más. El aliento le arañaba la garganta como una lima. Era como si en el mundo no hubiera más luz, porque las nubes se habían vuelto más y más densas desde que había caído el sol. Ninguna luz, excepto aquellos puntos de roja suciedad en la oscuridad que lo envolvía.

Un borde sólido de oscuridad lo derribó, causándole dolor en el hombro y el costado.

Se puso de pie. Luego, un segundo obstáculo sólido se interpuso en su camino y le dio de lleno en la cara y el pecho. Esta vez no se levantó. Aturdido, torturado por el cansancio, inmóvil, esperó a que la cosa se acercara.

Primero fue un ruido de pasos, acompañado de un ligero arañar de garras sobre el cemento.

Luego un olisqueo. Luego un olor repugnante. Luego un atisbo de ojos rojos. Entonces la cosa se abalanzó sobre él; su peso lo mantuvo en el suelo, sus fauces le buscaron la garganta.

Instintivamente levantó la cabeza; unos dientes cuyo gélido filo atravesó las capas de tela se le clavaron en el brazo, y un líquido hediondo y aceitoso le salpicó la cara.

En ese instante los bañó la luz, y David tuvo conciencia de que el hocico deformado se retiraba en la oscuridad y que el peso que lo mantenía sujeto desaparecía. Luego fue el silencio y el cese de todo movimiento. Nada, absolutamente nada, excepto la luz que lo bañaba todo. Mientras la lucidez y la cordura penetraban vacilantes en su mente, sus ojos hallaron la fuente de la luz, un disco blanco y luminoso que estaba muy cerca de él. Era una linterna, pero en la oscuridad que había tras ella no encontró nada visible. Durante un momento que le pareció una eternidad no se produjo cambio alguno en la situación: él seguía tendido y expuesto en el suelo en el círculo firme de luz.

Entonces, una voz surgió de la oscuridad, la voz de un hombre paralizado por un miedo sobrenatural, que repetía una y otra vez: «Dios, Dios, Dios», pronunciando cada palabra con un tremendo esfuerzo.

En David empezó a nacer una sensación poco familiar, un sentimiento casi de seguridad y alivio.

—¿Entonces lo ha visto? —se oyó preguntar con la garganta reseca—. ¿Ha visto al sabueso? ¿Al lobo?

—¿Sabueso? ¿Lobo? —La voz que provenía de detrás de la linterna sonaba terriblemente aterrada—. No fue nada de eso. Fue... —Entonces la voz se quebró y volvió a sonar como de este mundo—. Santo cielo, hombre, tenemos que llevarlo adentro.

Diario en la nieve

Día 6 de enero. Han pasado dos horas desde que llegué a Lone Top, y sigo sentado frente al fuego, empapándome de calor. El viaje en taxi fue endemoniadamente frío, y la espantosa caminata de media milla a través de los cúmulos de nieve, en compañía de John, completó mi transformación en un carámbano. El chófer de Terrestrial me dijo que aquél era uno de los sitios más solitarios de Montana, y sin duda lo parecía; millas y millas de nieve deshabitada, iluminada por las estrellas, cubierta de manchas dejadas por la aurora y rayos fantasmales titilando hacia el norte. Una vista hermosa, aunque aterradora.

¡Incluso he sacado provecho del frío! El paisaje sugería que situara a mis monstruos en un planeta melancólicamente frígido, uno que diera vueltas alrededor de un sol muerto o moribundo. Eso les daría motivos para querer invadir la tierra y capturarla. ¡Bien! Bueno, aquí estoy, sin trabajo y con un libro por escribir. Mis amigos (tal como son, o como eran) jamás creyeron que tomaría esta decisión, y cuando finalmente vieron que iba en serio, trataron de convencerme de que era un tonto. Y hacia el final tuve miedo de perder el ánimo; pero entonces, fue como si unas fuerzas desconocidas e incontrolables me hicieran la maleta, insultaran a mi jefe y compraran el billete. ¡Una ilusión muy agradable después de semanas de remordimientos e indecisión!

¡Qué fantástico estar lejos de la gente, los periódicos, los anuncios, las películas, de toda esa estática intelectual execrable! Confieso que recibí una sorpresa más bien desagradable cuando llegué aquí por primera vez y noté que entre el hogar y la ventana había un enorme aparato de radio. ¡Qué horrible iba a ser tener a esa cosa parloteando en la cabaña, sin un lugar donde escapar salvo la diminuta despensa! ¡Sería peor que en la ciudad! Pero hasta ahora John no la ha encendido, y cruzo los dedos.

John es un anfitrión magnífico, comprensivo y al mismo tiempo incomparablemente generoso.

Después de darme café y algo que comer, y de sacar el whisky, se retiró al otro sillón y se mantuvo ocupado escribiendo sus cosas.

Bueno, dentro de un momento hablaré todo lo que él quiera (si quiere), a pesar de que sigo acusando los efectos del viaje. Me siento como si hubiera sido arrancado de un estrépito intolerable para ir a chocar contra el centro de la quietud. Me da una sensación alocada, y me aturde, como un globo que toca la tierra para volver a rebotar y salir despedido hacia arriba. Será mejor que pare aquí. ¡No me gustaría nada pensar cuan calmada tendría que ser la calma, para que fuera tan calmada como este lugar, dado que esto es más calmado que la ciudad! Aquí, una persona tendría que ser capaz de escuchar sus propios pensamientos, *escuchar* cosas, en el verdadero sentido de la palabra.

Sólo John y yo..., ¡y mis monstruos!

Día 7 de enero. Un día estupendo. Claro pero sin viento, y con un sol amarillo que todo lo ilumina, dando calor y fulgor a los montoncitos de nieve. Esta mañana John me llevó a dar una vuelta por la zona. Su cabaña es cómoda y pequeña. ¡Y es una gran cosa

que la tenga! Porque es tan solitaria como lo parecía anoche. No hay casas a la vista, y diría que por el camino no ha pasado ningún vehículo más que el taxi en el que vine, pues las huellas que dejó al dar la vuelta se distinguen nítidamente. John dice que un granjero pasa por aquí con su coche cada dos días; lo ha dispuesto así con el hombre para que le traiga leche y otros artículos de primera necesidad. No se puede ver Terrestrial pues hay unas colinas que la tapan. John me dice que lo máximo que han llegado a acercarse los cables de la luz y del teléfono es unos diez kilómetros. La radio funciona con acumuladores. Cuando las ventiscas son muy fuertes, John tiene que llegar hasta Terrestrial andando con raquetas de nieve.

Confieso que me siento un tanto pasmado ante mi propia temeridad; un inveterado oficinista como yo metiéndose en un ambiente tan duro como éste. Pero, al parecer, a John no le preocupa la cosa. Dice que tendré que aprender a andar con raquetas de nieve. Esta mañana tomé la primera lección y causé una ridícula impresión. Seré prácticamente un prisionero hasta que me familiarice con la zona. Pero vale la pena pagar el precio que sea con tal de poder escapar de la ciudad, de su alboroto, que destruye el pensamiento, y de su rutina, que mata el alma.

El aislamiento impuesto tiene su lado bueno: hará que me concentre en mi libro.

Bueno, ya está. He tenido que pronunciar la palabra, y ahora he de comenzar a escribirlo..., ¡Y estoy asustado! Ha pasado tanto tiempo desde que concluí algo por mi cuenta, incluso desde que intenté hacerlo... Tanto tiempo... Había empezado a temer (¡empezado, maldición!) que jamás haría otra cosa que tomar notas y escribir las ideas generales, ideas que se hacían cada vez más complicadas y sin vida con el paso de los años. Y sin embargo, aquellos fragmentos iniciales de mi época de estudiante tendrían que haberme dado ánimos. Mucho más tarde, cuando ya había desarrollado un cierto criterio literario, solía pensar que en aquellos fragmentos había destellos verdaderamente prometedores, hasta que los quemé. Deberían haberme dado ánimos —en todo caso, algo debería haberme animado—, pero las ideas prometedoras que podía haber tenido por la mañana quedaban hechas trizas al llegar la noche, después de haberme pasado el día en aquel horrible trabajo de escritor a sueldo.

Ahora que me he aventurado a cambiar de trabajo, me resulta cómicamente extraño el haber sido impulsado a ello por una idea sobre una historia fantástica. Justo el tipo de escritura de la que siempre me mofé, un juego infantil en el que participan el espacio interplanetario y monstruos alienígenas. Lo que menos podía llegar uno a imaginarse al leer mis fatigosas notas, que eventualmente llegaron a contener tantos análisis de personajes (y a veces —que el cielo me ayude— incluso psicoanálisis), auténticos antecedentes desoladores de «mi propia experiencia», y tantos párrafos de «contenido» social y político, que no quedaba sitio para nada más. Sí, de veras parece ridículamente paradójico que, en lugar de todas esas cosas profundas e «importantes», la idea tuviera que ver con monstruos de largos tentáculos y pelaje negro provenientes de otro planeta, que escudriñan la tierra sin pestañear en busca de su calor y su vida, y que esa idea hubiera comenzado a cantar día y noche en mi mente de tal modo que, finalmente, encontré la fuerza para abandonar todos aquellos miserables escudos contra la inseguridad contruidos dolorosamente a largo de los años, para arriesgarme al fin.

John dice que es natural y saludable que un escritor que empieza recurra a la fantasía. Y no cabe duda de que él ha tenido éxito con esa clase de literatura. (Pero ha construido su ingenio con tanto coraje y obstinación a través de los años como el que ha empleado para edificar esta cabaña. Comparado con él, a mí me queda un larguísimo camino por recorrer.)

En todo caso, mi libro no será una novela barata sobre lo fabuloso, a pesar de su trasfondo «cósmico». Aunque bien mirado, ¿qué tiene de malo un trasfondo cósmico? Ya he vivido bastante tiempo con mis monstruos y les he dedicado serias reflexiones. Haré que sean reales.

Por la noche. Acabo de tener una experiencia misteriosa y estimulante. Había salido a tomar el aire y a ver la nieve y las estrellas, cuando me llamó la atención un rayo de luz violeta que vi a cierta distancia. Aunque no era exactamente brillante, tenía un fulgor como de joya, y parecía remontarse en el cielo hasta donde alcanzaba la vista, sin perder su delgadez de aguja; fue algo que me dejó perplejo. Se movía lentamente, como si estuviera buscando algo. Por un momento estremecedor, tuve la impresión de que provenía de las estrellas y que me buscaba a mí.

Estaba a punto de llamar a John, cuando el rayo se apagó. Lamento que John no lo haya visto.

Me dice que debe de haber sido una manifestación de la aurora, pero lo cierto es que no parecía provenir de tan lejos; tengo entendido que las auroras se producen bien alto, en la estratosfera, donde el aire se halla enrarecido como en un tubo fluorescente. Además, siempre creí que estaban llenas de manchas. Sin embargo, supongo que John tiene razón; dice que en años anteriores vio unas auroras muy extrañas y, por supuesto, mi propia experiencia en el tema es prácticamente nula.

Le pregunté si por allí cerca no estarían llevando a cabo algún tipo de investigación militar secreta, quizá con energía atómica o con algún nuevo tipo de reflector o haz de radar, pero rechazó la idea.

Fuera lo que fuese, estimuló mi imaginación. ¡No es que me haga falta! Estoy casi preocupado por el grado en que mi mente ha adquirido vida durante las pocas horas que llevo en Lone Top.

Me temo que la imaginación se me está aguzando demasiado, igual que un cuchillo con un filo delgado como el papel, que se comba cada vez que tratas de cortar algo...

Día 9 de enero. Por fin, después de varios inicios falsos, he empezado de verdad. He concebido a mis monstruos reunidos en cónclave en el fondo de una profunda grieta o cañón en su planeta de medianoche. Salvo por un sendero estrecho, de bordes accidentados y cubierto de estrellas, que se ve en lo alto, no hay luz (sus reservas de radiación están tan consumidas que hace siglos que los han obligado a dejar de emplearla en el lujo que representa la visión). Pero sus extraños ojos se han acostumbrado a la luz estelar (a pesar de que, incluso ellos, por más sabios que sean, no saben cómo extraer calor de ella), y se perciben unos a otros vagamente; unas enormes formas arácnidas, peludas y agazapadas en las rocas, o colgadas por las paredes rugosas. Hace un frío inconcebible; su pelaje aislante está cubierto de una frigidez similar a la del espacio interestelar.

Se comunican con el pensamiento; unos pensamientos infrecuentes, bien formados, porque incluso para pensar se consume energía. Recuerdan su glorioso pasado, su pródiga juventud, su vigorosa plenitud. Conmemoran la agonía de su longeva batalla contra el frío. Reiteran su salvaje e inamovible voluntad de sobrevivir.

Es un buen fragmento. Incluso John, que es tan sincero, lo dice, aunque no sin una ironía burlona, por escribir yo semejante tipo de cuento loco después de pasarme años riéndome cortésmente de sus historias fantásticas.

Pero lo pasé bastante mal cuando realizaba esos falsos inicios; me veía arrastrándome derrotado, de vuelta a la ciudad burlona. Ahora puedo confesar que durante años me aterrorizó la idea de no tener ningún talento creativo, de que mis fragmentos iniciales no fueran más que un capricho de la niñez. Los niños suelen mostrar destellos de todo tipo de extrañas habilidades, que luego pierden al crecer; fantasías eidéticas, tal vez incluso clarividencias, cosas de ese tipo. Lo que la gente alababa de aquellos primeros cuentos míos eran una rica compasión humana, una perspicacia inusualmente aguda que captaba las motivaciones del hombre. Lo que yo me temía era que todo hubiera sido producto de la telepatía, una forma inconsciente de recoger retazos de pensamientos y emociones de las mentes de los adultos que me rodeaban, cosas que sonaban muy genuinas e impresionantes cuando se las escribía, especialmente si quien las escribía era un niño, pero que en realidad no requerían más talento creativo que saber escribir al dictado.

¡Incluso llegó a preocuparme terriblemente el que algún día llegara a verme a mí mismo haciendo escritura automática! Es extraño pensar en los miedos disparatados que la mente de un artista puede llegar a concebir cuando está pasando por un período estéril; según John, eso le ocurre a todos los del gremio.

De todos modos, el libro que estoy escribiendo ahora se libera de un modo completo e irrisorio de esa loca teoría. Una historia sobre monstruos fabulosos en un planeta que se encuentra a decenas de años luz no puede ser, en absoluto, producto de la telepatía.

Supongo que fue el programa de radio de anoche lo que me hizo volver a pensar en aquella vieja y tonta idea. Aunque el programa no era estúpido; se trataba de una discusión singularmente inteligente sobre las futuras posibilidades científicas, la energía atómica, las ondas cerebrales, los nuevos métodos de transmisión por radio, ese tipo de cosas; y por suerte, no era un programa de corte popular para una audiencia estúpida. Sin duda lo emitía alguna universidad local. ¡John me dice que termine de una vez de menospreciar a todas las instituciones educativas que no estén emplazadas en el este!

Mis primeras aprensiones sobre la radio resultaron carecer de todo fundamento. Debí de haber sabido que John no es la clase de persona a la que le gustan las radionovelas y el jazz. Utiliza el aparato de un modo inteligente; sólo escucha un breve resumen diario de noticias (y no un prolijo «comentario»), música clásica cuando la hay y, ocasionalmente, algún programa tipo conferencia o mesa redonda de alto vuelo. La transmisión científica de anoche, sin embargo, le resultó del todo nueva; en aquel momento había salido, y no reconoció la emisora por la descripción que le di.

Estoy un tanto en deuda con aquel programa. Creo que fue mientras lo escuchaba cuando cristalizó el prólogo de mi historia. Una palabra o un pensamiento casual proporcionaron el punto de cristalización de mis ideas. Mi mente se había fatigado lo

bastante —probablemente fuera una reacción a mi anterior exceso de entusiasmo— como para que mis agitadas ideas se asentaran. De todos modos, de pronto me sentí tan cansado y débil que casi no recordaba el final del programa, ni cuándo había regresado John, ni cómo me fui a la cama. John dice que tenía un aspecto lamentable. Creyó que había bebido demasiado, pero lo remití al juicio imparcial de la botella de whisky, cuyo nivel no había variado casi, lo cual refutó su vil calumnia.

Por la mañana me desperté fresco como una lechuga y escribí el prólogo de un tirón, como si hubiera estado acostumbrado a producir diariamente esa cantidad de hojas en los últimos diez años.

Hoy tomé otra lección con las raquetas de nieve, pero no me fue mucho mejor; lamento emplear mi tiempo en otra cosa que no sea mi libro. John dice que debería darme prisa en aprender, por si le ocurriera algo a él y quedásemos aislados de Terrestrial, ¡cosa poco probable con el previsor de John! La radio informa que más al este hay una tempestad de nieve, pero hasta ahora no nos ha tocado; el sol brilla, el cielo es azul oscuro. Se pronostica una breve ola de frío en esta zona.

Pero qué importa cuánto tiempo me vea confinado en esta cabaña. ¡He empezado a crear a mis monstruos!

Por la noche. ¡Me siento reivindicado! Hace un rato John vio mi rayo violeta. Confirmó que su naturaleza no tiene nada que ver con la aurora y sostuvo con un entusiasmo denodado que estaba muy cerca; ¡al principio, llegó incluso a decir que había chocado contra la cabaña!

Se estaba acercando desde el sur cuando lo vio; aparentemente golpeó el techo, produciendo un resplandor plagado de fantasmales chispas violeta. Se apresuró y me llamó emocionado. Tardé un momento en oírlo, porque acababa de pescar el barboteo inicial de lo que al parecer era otra de esas interesantes transmisiones científicas (debía de ser una serie) y estaba intentando sintonizar mejor la emisora; de hecho, estaba pasando un mal rato, porque o bien la radio era obstinada, o mis propias manipulaciones no eran nada adecuadas.

Cuando salí, el rayo se había desvanecido. Nos pasamos unos minutos helados, esforzando la vista tratando de mirar en todas direcciones, pero no vimos más que estrellas.

John admite ahora que el rayo que aparentemente golpeó el tejado debió de haber sido una ilusión óptica, pero sigue insistiendo tercamente en que estaba bastante cerca. ¡Me he convertido en el campeón de la teoría de la aurora! Porque, después de pensarlo y pensarlo, me doy cuenta de que hay muchas posibilidades de que se trate de algún extraño fenómeno de la aurora; los exploradores del Ártico y de la Antártida, por ejemplo, han hablado de todo tipo de luces polares peculiares. Es muy fácil engañarse en cuanto a la distancia en esta atmósfera tan clara, tal y como John mismo dijo.

O bien —¿quién sabe?— podría ser alguna forma poco corriente de electricidad estática, algo relacionado con el fuego de san Telmo.

John ha intentado sintonizar el programa que empecé a captar, pero no hubo caso. Al parecer, en ese sector del dial hay mucha electricidad estática. ¡Me informa, en su estilo sarcástico, que desde que llegué han comenzado a ocurrir todo tipo de cosas inusuales!

John se ha dado por vencido con disgusto y se va a la cama. Creo que seguiré su ejemplo, aunque quizás intente otra vez buscar el programa en la radio antes de retirarme; el antiguo desagrado que sentía por el aparato comienza a desaparecer, ahora que constituye mi único nexo con el resto del mundo.

Día 10 de enero, por la mañana. Nos ha llegado la breve ola de frío que pronosticó la radio. No noto mucha diferencia, excepto que la casa tardó un poco más en calentarse y todo estaba un tanto comprimido. Más tarde ayudaré a John a cortar leña para el fuego; insistí en hacerlo.

Inquirió con ligera malicia si había logrado tener éxito en lo que él había fallado y si había captado el final de la transmisión científica, y agregó que lo último que había oído antes de dormirse era una quejumbrosa interferencia estática. Admití que, por lo que me constaba, no había podido sintonizar el programa; el sueño debió de haberme dado el golpe de gracia que suele dar en esta zona escarpada mientras yo seguía dándole vueltas al dial; tengo un recuerdo más bien borroso de haberme ido a la cama, aunque me acuerdo vagamente de que John me gritó con voz soñolienta: «¡Por el amor de Dios, apaga la radio!»..

Sin embargo, dimos con otro fenómeno extraño, o con algo que, con un poco de preparación, podía pasar por un fenómeno extraño. En mitad del desayuno noté que John miraba fijamente por encima de mi hombro. Me volví, y al cabo de un momento vi que se trataba de algo que había en la escarcha depositada sobre la ventana que estaba junto a la radio. Después de un examen más detenido nos quedamos bastante perplejos.

En la escarcha había un dibujo sinuoso y extraño. Se componía de varias filas paralelas de pequeños montículos, más bien triangulares, con unas ligeras venas que se desprendían hacia ambos lados; todos ellos eran bastante más densos que el resto de la escarcha. Jamás he visto que la escarcha depositada hiciera un dibujo semejante. La analogía más parecida que se me ocurre —y no es muy exacta— es la de un tentáculo de calamar. Por algún motivo, me viene a la mente aquella descripción que aparece en *El rey Lear* acerca de un demonio al que se atisba espionando desde lo alto de un risco: «Cuernos abultados y ondulados como el mar encrespado». Tuve la impresión de que un objeto *incluso más frío que la escarcha* había formado el dibujo al depositarse aquél sobre el cristal, aunque por supuesto, eso era imposible.

Me sorprendía al oír a John comentar que pensaba que el dibujo se encontraba en el cristal mismo, pero al rascar una parte de la escarcha dejó al descubierto un dibujo ligeramente azulado o color lavanda bastante similar.

Después de comentar diversas posibilidades, decidimos que la ola de frío —una de las más repentinas que había habido en años, según dijo John— había puesto de manifiesto una imperfección latente del cristal, provocando un cierto cambio en su organización molecular, que absorbió el calor suficiente como para explicar la diferencia de espesor de la escarcha. Ese mismo cambio había producido el leve tono lavanda, si es que no estaba ya antes.

Hoy me siento extraordinariamente feliz y mentalmente vivo. Todos estos «fenómenos extraños» que he estado apuntando no tienen en realidad demasiada

importancia, excepto porque indican que han devuelto a mi vida un sentido de lo extraño, una deliciosa sensación de expectación aventurera; algo que pensé que la ciudad me había arrebatado para siempre, con sus anteojeras que te obligan a concentrarse en asuntos «prácticos», con su mentalidad estrecha, ruidosa y maniática.

Lo mejor de todo es que tengo mi libro. Tengo en mente otra escena bien definida.

Antes de la cena. Ha surgido una dificultad inesperada. No sé cómo voy a traer a mis monstruos a la Tierra. Logré escribir la nueva escena sin inconvenientes; explica cómo los monstruos se han pasado siglos observando codiciosamente la Tierra y algunos otros planetas habitables y cercanos (en años luz). Tienen unos telescopios que no funcionan con lentes, sino que amplían la luz estelar del mismo modo que una radio amplía las ondas de radio o que un sistema de megafonía lo hace con la voz humana. Los telescopios son extraordinariamente sensibles —lo que se puede mediante la selección y la amplificación no tiene límites—; pueden ver las casas y la gente, sintonizan con las longitudes de onda que no pueden ser distorsionadas por nuestra atmósfera, captan ondas de radio y ondas visuales, y escuchan nuestras voces, utilizan modalidades de radiación que nuestros científicos no han descubierto aún y que viajan a una velocidad varias veces superior a la desarrollada por las modalidades más lentas, casi instantáneamente.

Pero este conocimiento íntimo de nuestra vida cotidiana, este *voyeurismo* interplanetario, no les sirve de nada, salvo para estimular sus apetitos al punto de convertirlos en amarga locura. No les proporciona ni pizca de calor; al contrario, constituye un desgaste continuo de sus reservas de radiación. Y sin embargo, siguen espionándonos minuciosamente..., nos observan..., esperan a que llegue el momento justo.

Y aquí es donde surge el inconveniente. ¿Cuál será el momento justo que están esperando?

¿Cómo diablos van a realizar el viaje? Supongo que si yo fuese un escritor de ciencia ficción maduro esta dificultad no se me presentaría siquiera; la resolvería en un abrir y cerrar de ojos mediante naves espaciales, la cuarta dimensión, o lo que fuera. Pero ninguna de esas ideas me parece correcta. Por ejemplo, unas cuantas ráfagas vigorosas de un cohete consumirían la poca energía que les queda. Quiero algo que sea realmente plausible.

En fin, no debo preocuparme por eso; tarde o temprano se me ocurrirá algo. Lo importante es que las ganas de escribir se mantengan con la misma fuerza. John tomó las últimas páginas para echarles un vistazo; se sentó a leerlas con atención, y cuando terminó me lanzó una penetrante mirada y me dijo: «No sé para qué me he pasado los últimos quince años escribiendo ciencia ficción», y salió para traer una brazada de leña. Todo un cumplido.

¿Me habré iniciado por fin en mi verdadera carrera? Casi no me atrevo a preguntármelo, después de las innumerables decepciones y los callejones sin salida de aquellos años fútiles y sin propósito determinado que pasé en la ciudad. Sin embargo, incluso durante las épocas más negras sentía que se me estaba cuidando para una finalidad importante, o al menos significativa, que los estados de ánimo y las desdichas me estaban poniendo a prueba, que me contenían hasta que llegase el momento justo.

¿Una ilusión?

Día 11 de enero. Esto se está poniendo muy interesante. En la escarcha y en el cristal han aparecido esta mañana más dibujos raros, una nueva colección. Pero a veinte bajo cero no hay que extrañarse de que los materiales inorgánicos se tornen caprichosos. Lo que fue provocado por un descenso de la temperatura podría muy bien repetirse con otro repentino descenso. No obstante, John está bastante impresionado por el fenómeno, y le ha dado por teorizar sobre ciertos puntos oscuros de la física. Ojalá pudiera recordar los detalles de la transmisión científica de anoche; creo que comentaron algo sobre los fenómenos que se producen con las bajas temperaturas, tal vez guardaba alguna relación con esto. Pero estaba medio adormilado, como de costumbre, y creo que me pasé la mayor parte del programa cabeceando; una verdadera vergüenza, porque el comienzo fue muy intrigante: hablaban de la transmisión inalámbrica de energía y de la producción de efectos físicos en puntos lejanos, de las posibilidades futuras de cierto tipo de «teleportación» científica. John se refiere sarcásticamente a mi «universidad privada». Anoche volvió a irse a la cama temprano y se perdió el programa. Pero dice que en un momento dado se despertó a medias y oyó que yo estaba escuchando «una interferencia estática de pesadilla», y que me imploró medio adormilado que sintonizara mejor la radio o que la apagase. Es muy raro, porque a mí me parecía clara como el agua, al menos al principio lo era, y no recuerdo que me gritara. Probablemente John tenía una pesadilla. Pero he de tener cuidado y no molestarlo otra vez. Resulta cómico pensar que un enemigo acérrimo de la radio como yo pueda desempeñar el papel de un fanático ofensivamente sediento de ruido.

Con todo, me pregunto si mi presencia no estará empezando a fastidiar a John. Toda la mañana me pareció verlo nervioso e irritable, y de pronto decidió que debía mostrarse preocupado por la somnolencia que me asalta antes de ir a la cama. Le dije que era la consecuencia natural del cambio de clima y de mi desacostumbrada actividad creativa. Tampoco estoy acostumbrado al ejercicio físico, y las breves lecciones de raqueta de nieve y mis tareas como leñador, aunque podrían parecer triviales a un hombre más fornido, son suficientes para fatigar mis músculos. No es de extrañar que al final del día se apodere de mí un cansancio abrumador.

Pero John dijo que él también se sintió extrañamente soñoliento y pesado hacia la hora de irse a la cama, y sugirió la desagradable hipótesis de una intoxicación de monóxido de carbono; algo que no hay que tomar a la ligera en una cabaña herméticamente cerrada como ésta. De inmediato sometió a la estufa y al hogar a una inspección minuciosa, y revisó con sumo cuidado ambas chimeneas para descubrir posibles fisuras u obstrucciones, por dentro y por fuera, a pesar del frío verdaderamente cruel que hacía —salí para ayudarlo, y recibí mi ración—, ¡brrrr! Los campos nevados que nos rodeaban no mostraban huella alguna, y se veían brillantes e insinuadores, pero para un hombre a pie —a menos que fuera un veterano experto en estas lides— ¡eran letales!

Todo resultó estar en perfecto orden, de modo que nuestros temores se apaciguaron. Pero John siguió narrando historias de miedo acerca de la intoxicación con monóxido de carbono, como por ejemplo, el trágico fin de la expedición en globo que hizo Andre al Ártico, y siguió inquieto y nervioso. De repente, decidió ir andando con las raquetas de nieve hasta Terrestrial a buscar unos recambios para la radio y otras cosas innecesarias. Le

pregunté si la caminata que hacía dos veces por semana para encontrarse con el coche del granjero no era suficiente, y en todo caso, quise saber por qué elegía el día más frío del año para salir. Pero se limitó a gruñir por toda respuesta: «¿Es eso todo lo que sabes sobre nuestro clima?», y se marchó. Estoy un poco preocupado, aunque no hay duda de que sabe cómo cuidarse.

Tal vez mi presencia le importune de veras. Al fin y al cabo, hace años que vive aquí solo, salvo por los raros viajes que realiza; es prácticamente un ermitaño. El tener a alguien viviendo con él puede muy bien desorganizarle por completo su rutina diaria y el trabajo creativo. Por si eso fuera poco, yo también soy escritor, una combinación peligrosa. Es muy posible que, a pesar de nuestra amistad (y la amistad no tendría nada que ver con ello), yo lo canse. Cuando regrese, hablaré en serio con él y trataré de averiguarlo; indirectamente, por supuesto.

Y ahora, de vuelta a mis monstruos. En mi imaginación desarrollan una escena que me pide a gritos que la exprese.

Más tarde. La dificultad que se me presentó en la escritura se está convirtiendo en un muro de ladrillos. Al parecer no se me ocurre ninguna forma plausible de hacer que mis monstruos lleguen a la Tierra. Cada vez que trato de reflexionar sobre el tema, me bloqueo. Espero con toda mi alma que no se repita lo que me ocurría con muchos de mis cuentos iniciales: unos magníficos prólogos bien ambientados que se echaban a perder por completo en cuanto me veía obligado a elaborar la mecánica del argumento; y cuanto más impresionante y evocativo era el comienzo, más aplastante resultaba la caída, y más posibilidades había de tener que depender de algún detalle insignificante que persistía en dificultar mi inventiva, como por ejemplo, cómo hacer que dos personas se conocieran o cómo se gana la vida el héroe.

¡Pero esta vez no permitiré que me derrote! Continuaré avanzando con la última parte de la historia, y luego, tarde o temprano, no me restará más que solucionar el inconveniente.

Pensé que tenía la cosa superada cuando comencé a trabajar este mediodía. Me imaginaba a los monstruos instalados en un secreto puesto de avanzada en la Tierra. Utilizando los recursos energéticos de nuestro planeta, logran eventualmente elaborar un medio para transportar a toda su especie, o bien para trasladar a la Tierra y al sol a su propio sistema solar muerto y a su planeta sagrado, viajando durante años luz a través del espacio interestelar, igual que Prometeo robó el fuego del cielo; en todo este proceso, la humanidad queda eliminada por completo.

Pero, y esto tendría que haberme resultado obvio, eso deja sin resolver el problema de cómo llegan a establecer aquí su puesto de avanzada.

No obstante, al final el capítulo en el que se describe el puesto de avanzada resulta muy bueno.

Como es lógico, los monstruos pioneros tendrán que ocultar su presencia a la raza humana, mientras «prueban» nuestro planeta, se aclimatan a la Tierra, desarrollan una resistencia a las cepas de bacterias enemigas, etcétera, y miden de cerca al hombre, para decidir cuáles son las mejores armas que han de utilizar en su contra, cuando llegue el momento del exterminio.

Porque no será una lucha completamente desigual. El hombre no estará completamente indefenso ante estas criaturas. Por ejemplo, probablemente podría destruir el puesto de avanzada si llegara a descubrir su existencia. Pero claro, eso no ocurrirá.

Imagino una serie de escenas espeluznantes: la gente recibe atisbos de los monstruos en lugares solitarios y lejanos; ven unas formas arácnidas y sombrías en las selvas profundas, progresan rápidamente en las guaridas de montañas desiertas o en los campamentos, y sugieren de un modo perturbador algo que no es ni animal ni humano; unos extraños nadadores negros divisados por barcas fuera de las rutas normales de los buques; ingenieros y científicos preocupados por la inexplicable merma de las líneas de energía y por los extraños robos de equipos; un terror generalizado, vago pero creciente; la convicción «irracional» de que nos están escuchando y espiando, de que «nos toman las medidas para hacernos el ataúd»; eventualmente, a medida que las criaturas van ganando confianza, se divisan oscuras formas de pólipos que sobrevuelan velozmente por los tejados de la ciudad o se adhieren por la noche a las paredes más altas en las zonas menos iluminadas; unas máscaras negras y peludas se pegan durante un instante a los cristales de las ventanas...

Sí, debería surtir un buen efecto.

Ojalá regresara John. Ya casi oscurece, y aún no hay señales de él. He salido varias veces para echar un vistazo, pero sólo he visto las huellas que dejaron sus raquetas de nieve al subir la colina. Confieso que empiezo a inquietarme un poco. Supongo que me he sugestionado con mi propia historia; no sería la primera vez que le ocurre eso a un escritor. Me descubro echando rápidas miradas a la ventana, o escuchando para ver si oigo sonidos extraños, y mi imaginación insiste en seguir jugando de un modo desagradable con los «fenómenos extraños» de estos días: el rayo violeta de la aurora, los raros dibujos de la escarcha, mis estúpidas nociones acerca de los poderes telepáticos. Mi estado mental se encuentra extraordinariamente sensibilizado, y tengo la ilusión, placentera y aterradora al mismo tiempo, de encontrarme en el umbral de un desconocido reino alienígena y de poder rasgar la delgada cortina con sólo desearlo.

Pero este nerviosismo es natural, considerando el aislamiento del lugar y la tardanza de John.

Espero de veras que no se vuelva andando en la oscuridad; con estas temperaturas, cualquier accidente o cualquier cálculo erróneo podrían tener consecuencias fatales. Y si de veras tuviese problemas no podría ayudarle.

Mientras preparo algo para la cena, dejo la radio encendida. Me proporciona una compañía nada desagradable.

Día 12 de enero. Anoche pasamos un rato muy divertido, como en los viejos tiempos. John apareció mucho después de la hora de cenar; consiguió que el granjero lo acompañase. Trajo consigo una botella de ron fantásticamente fuerte (dice que cuando hay que conservar una bebida lo mejor es que contenga la mayor cantidad posible de alcohol y la menor posible de agua), y después de cenar nos sentamos a darle al palique. Lo raro fue que me costó meterme en la atmósfera de la noche. Me sentía inquieto, y quería tocar nerviosamente mis escritos, o la radio, o algo. Pero la bebida ayudó a apaciguar esos

impulsos nerviosos, y al cabo de un rato nos sinceramos y hablamos de todo un poco.

Me alegro de haber aclarado una cosa: las ideas que tenía en cuanto a que mi presencia fastidiaba a John son tonterías. Está contento de tener un amigo en su casa, y el hecho de que me está haciendo un gran favor lo hace sentir realmente bien. (Me toca a mí no defraudar su generosidad). Y si hacía falta alguna prueba más, esta mañana comenzó otro cuento (dijo que lo había estado rumiando durante un par de días, de ahí su inquietud), ¡y ahora está escribiendo a máquina a toda velocidad!

Esta mañana me siento muy normal y realista. Ahora me doy cuenta de que estos últimos días mi mente y mi imaginación estuvieron sumamente agitadas. Es más bien un alivio superar semejante parranda mental (¡con la ayuda de una parranda física!), pero también es ligeramente deprimente; una extraña lozanía hizo que las cosas se desvanecieran. Mi mente se dedica ahora a asuntos prácticos, como por ejemplo, dónde voy a vender mis cuentos y cómo voy a ganarme la vida escribiendo cuando se me acaben los escasos ahorros. John y yo estuvimos discutiendo el tema durante un buen rato.

Bueno, supongo que he de ponerme a escribir, aunque por primera vez preferiría pasearme por ahí en la nieve, en compañía de John. El tiempo se ha moderado.

Día 13 de enero, por la noche. He de admitirlo, mis escritos se han estancado totalmente. No se trata de un inconveniente concreto, es que no logro escribir *nada*. ¡Ya he roto un montón de páginas a medio escribir! No hay una sola palabra que suene a verdadera, ni que se sienta como real mientras la escribo; todo es falso. Mis monstruos son unos desgraciados títeres de cartón piedra y pelaje carcomido por la polilla.

John me dice que no me preocupe, pero lo dice porque su cuento marcha viento en popa; realizó un esfuerzo hercúleo en la máquina de escribir y acaba de meterse en cama después de tomarse un par de tragos.

Ayer seguí su consejo, y me pasé gran parte del día al aire libre; practiqué con las raquetas de nieve, corté leña, etcétera. Pero eso no me ayudó a sentirme más entusiasmado esta mañana.

Creo que no debería haberme felicitado por superar mi «parranda mental». En realidad se trataba de mi energía creativa. Sin ella, no sirvo para nada. Es como si hubiera estado «escuchando» mi historia y, de repente, se hubiera interrumpido el contacto. Recuerdo haber tenido la misma experiencia con algunos de mis escritos anteriores. Uno llama y llama, pero al otro lado la línea se ha cortado.

Tampoco creo que el beber me ayude. Anoche tuvimos otra sesión de botella; es divertido, pero te obnubila la mente, al menos a mí. Me parece que esta noche John no habría parado en la segunda copa si yo no me hubiera excusado.

Creo que John está preocupado por mí de un modo amistoso; me considera un neurótico leve, y en consecuencia, me atosiga con las actividades animales más vigorosas, como andar con las raquetas de nieve y la bebida. Descubrí en sus ojos una mirada clínica, y después está esa forma en que fomenta «el punto de vista saludable y práctico» de nuestras conversaciones; así las aleja de los temas morbosos.

Claro que soy un poco neurótico. Todo artista creativo lo es. Y la verdad es que me quedé un poco perplejo cuando lo del susto con el monóxido de carbono. ¡Pero él también!

¿Por qué rayos trataría de inhibir mi imaginación? Ha de saber lo importante, lo crucial que es el que yo acabe esta historia.

De todos modos, no debo forzarme. Eso es lo peor. Debería acostarme, pero no tengo nada de sueño. ¡El condenado de John está roncando!

Creo que buscaré algo en la radio; mantendré bajo el volumen. Me gustaría pescar otro de esos programas científicos; me estimulan la imaginación. Me pregunto de dónde vendrán. John trajo un par de periódicos y revisé las secciones de radio, pero no logré encontrar la emisora.

Día 14 de enero. Daría lo que fuese para saber lo que ocurre aquí. Esta mañana encontramos más dibujos extraños, llenos de protuberancias —hubo otra ola de frío—, y no estaban en la escarcha.

Pero antes, se produjo esa loca sesión doble de sonambulismo. Quizás haya algo de cierto en la teoría del monóxido de John; de todos modos, hace falta alguna teoría.

Anoche, muy tarde, me desperté y me senté en la cama, completamente vestido; John estaba sacudiéndome. Su rostro tenía un aspecto helado, lleno de determinación, pero sus ojos estaban cerrados. Me llevó unos momentos lograr que dejara de empujarme. Al principio se mostró confundido, casi hostil, pero al cabo de un rato se despertó por completo y me dijo que había tenido una espantosa pesadilla.

Comenzó, dijo, con un sonido desagradable, quejumbroso y sollozante, que había estado torturando sus oídos durante horas. Luego, al parecer, despertó y vio la habitación, pero ésta había cambiado; estaba llena de chispas violeta que llovían desde arriba, para caer y volver a elevarse incesantemente. Sintió un frío supremo, como el del espacio interestelar. El temor de que algo horrendo intentaba entrar en la cabaña se apoderó de él. De algún modo, sintió que, sin saberlo, yo estaba permitiendo que entrase, y que él debía llegar hasta mí e impedírmelo, pero sus piernas estaban inmovilizadas, como si un peso enorme las anclara al suelo. Recordaba haber realizado un esfuerzo agónico y prolongado.

Por mi parte, debí de quedarme dormido junto a la radio. Estaba encendida, pero con el volumen bajo, aunque no estaba sintonizada en ninguna emisora.

Las fuentes de su pesadilla son bastante obvias: el rayo violeta de la aurora, la interferencia estática «de pesadilla» de hacía unas noches, el temor al monóxido, su preocupación parcialmente oculta por mi bienestar y, finalmente, el abuso que habíamos hecho de la bebida.

En realidad, todo este asunto no es tan traído por los pelos, salvo por las huellas, y no tengo la más mínima idea de cómo o por qué deberían guardar relación con la sesión de sonambulismo.

Tenían el mismo dibujo que antes, pero mucho más espeso: unos enormes ribetes acanalados de hielo. Tuve la extraña ilusión de que despedían un frío más intenso que el del resto de la escarcha. Cuando acabamos de rascarlas —tarea difícil—, vimos que el cristal reproducía el dibujo de un modo más nítido y con un matiz más pronunciado. Pero lo más extraño de todo es que hemos encontrado lo que sin duda parece ser una leve continuación en la parte interna del antepecho de la ventana, donde las huellas se transforman en un cuarteamiento y una *desintegración* de la pintura; ésta se descama con

sólo tocarla, y las escamas, de un ligero tono lavanda, quedan pulverizadas. Pensamos también que hemos hallado otra continuación en el respaldo de la silla que hay junto a la ventana, aunque ese punto es problemático.

Se nos escapa por completo qué pudo haberlas producido. Es de imaginar que uno de nosotros podría haberlas «simulado» durante un estado de sonambulismo fuera de lo común, pero ¿cómo?

En la cabaña no existe ningún objeto que pueda producir ese dibujo sinuoso y encadenado con un borde filamentosos. Y aunque lo hubiera, ¿cómo podríamos utilizarlo para producir un dibujo acanalado? También es posible que John esté pergeñando una complicada broma de mal gusto...

¡No, no puede ser algo así!

Examinamos cuidadosamente las demás ventanas, incluida la de la despensa, pero no encontramos ningún dibujo parecido.

John piensa quitar el cristal y, eventualmente, llevárselo a un físico para que lo examine. Está muy agitado con el tema. No logro comprenderlo. Si hasta parece asustado... Hace unos minutos sugirió de un modo vago algo acerca de irnos a Terrestrial, a pasar unos días allí.

Pero eso sería ridículo. Estoy seguro de que todo este asunto no tiene nada de inexplicable. Hasta el tema de las huellas debe de tener una explicación muy simple, que descubriríamos en seguida si fuéramos expertos en física.

Por mi parte, me olvidaré del asunto por completo. Mi imaginación ha vuelto a despertar y me muero por escribir. Nada debe estorbarme.

Después de la cena. Me siento extrañamente nervioso, aunque gracias a Dios he vuelto a escribir a buen ritmo. ¡Creo que vencí el obstáculo! Sigo sin ver cómo voy a traer a mis monstruos hasta la Tierra, pero tengo la convicción interior de que el método correcto surgirá de pronto en mi mente, cuando llegue el momento. Es algo irracional, pero la sensación es lo bastante fuerte como para satisfacerme por completo.

Mientras tanto, estoy escribiendo los capítulos que preceden y siguen a la llegada a la tierra del primer monstruo; ¡me acerco al tema por ambos extremos! La última parte es particularmente efectiva. Describo al monstruo caminando torpemente en la nieve (naturalmente, elige llegar a una región fría, puesto que sería el clima más parecido al de su propio planeta). Pinto su momentánea estupefacción ante las tormentas de radiaciones de la Tierra, sus movimientos torpes pero rápidos, su búsqueda apresurada de un lugar adecuado donde ocultarse. Un palurdo ignorante logra ver al monstruo o sus huellas, y refiere lo que ha visto; todos se ríen de él y lo toman por un supersticioso. Es posible que el monstruo se vea obligado a matar a alguien...

Resulta raro que vea todos esos detalles con tanta claridad y siga completamente ciego con respecto al episodio inmediatamente precedente. ¡Pero estoy convencido de que mañana lo sabré!

John hojeó las últimas páginas y las volvió a dejar al cabo de un momento. «¡Es demasiado realista!», observó.

Debería estar satisfecho, y sin embargo, ahora que he escrito mi cuota diaria, de pronto me siento aprensivo y..., sí, asustado. Mi mente, cansada y demasiado activa,

persiste en jugar de un modo morboso con los acontecimientos de anoche. Me digo que me estoy asustando con mi propia historia, «fingiendo» que es cierta — como lo haría un autor — y llevando la simulación a unos extremos un poco exagerados.

Pero mucho me temo que haya algo más que eso, alguna cosa o influencia verdaderas que no comprendemos.

Por ejemplo, al volver a leer lo que llevo escrito en este diario, me doy cuenta de que he omitido varios puntos que me parecen importantes, como si mi subconsciente intentara suprimirlos de un modo deliberado.

En primer lugar, omití mencionar que el color que vimos en el cristal y en el antepecho de la ventana era idéntico al del rayo violeta.

Quizás exista una relación natural; el rayo podría ser una extraña y desconocida forma de electricidad estática, y las huellas la marca que deja, igual que ocurre con el relámpago y las marcas que produce.

Este esbozo de explicación científica debería aliviarme, supongo, pero no es así.

Segundo, tengo la sensación de que la pesadilla de John fue, de algún modo, parcialmente real.

Tercero, no mencioné nada acerca del temor instantáneo, que experimentamos en cuanto vimos los primeros dibujos en la escarcha, de que éstos hubieran sido hechos por alguna..., bueno, alguna criatura, aunque no sé cómo una criatura podría ser más fría que su propio ambiente. John no comentó nada, pero sabía que tenía exactamente la misma idea que yo; que algo escudriñador había posado su gélido tentáculo contra el antepecho de la ventana.

El temor alcanzó sus cotas más altas esta misma mañana. Todavía no nos habíamos sincerado, pero en cuanto examinamos las huellas, los dos nos pusimos a vagar sin rumbo por las zonas aledañas, como si existiera entre nosotros un acuerdo tácito. Fue como en esa escena que se reproduce tan a menudo en las películas: dos rivales buscan a la chica que es el objeto de sus afectos y que ha partido tímidamente en dirección hacia alguna parte. Comienzan a deambular en silencio, suben y bajan las escaleras, entran y salen de la casa. De vez en cuando se encuentran, retroceden un poco, asienten con la cabeza y pasan uno al lado del otro sin decirse palabra.

Así ocurrió con John, nuestra «criatura» y yo. No fue en absoluto divertido.

Pero no encontramos nada.

Puedo adivinar que John está tan afectado por todo esto como yo. Sin embargo, no hablamos de ello; nuestras ideas no son de las que permiten una conversación razonable.

John dice que esta noche está decidido a no acostarse mientras yo no lo haga primero. No quiere arriesgarse a que se repitan los acontecimientos que condujeron a la sesión de sonambulismo.

Estoy de acuerdo con él; la verdad es que me hace tan poca gracia como a él que vuelva a repetirse una experiencia como la de anoche.

¡Maldita sea, si al menos no estuviéramos tan aislados! Claro que en caso de apuro siempre podríamos ir hasta Terrestrial, a menos que una tormenta de nieve nos dejase aislados. El meteorólogo insinuó que dentro de los próximos días cabía esa posibilidad.

John ha dejado la radio encendida durante todo el día, y debo confesar que le estoy

agradecido de todo corazón. Incluso el programa más anodino crea la ilusión de compañía y evita que la imaginación vaya demasiado lejos.

Ojalá estuviéramos los dos en la ciudad.

Día 15 de enero. Este asunto ha tomado un giro desagradable. Hoy pensamos irnos de aquí.

En la cabaña hay un ser hostil y asesino, que de algún modo puede entrar en ella a su antojo, sin tocar la puerta cerrada con llave ni las ventanas congeladas. Es algo que la ciencia desconoce, y ajeno a la vida tal y como la conocemos. Viene de algún reino de fríos eternos.

Comprendo perfectamente las extraordinarias inferencias que se derivan de estas palabras. No la escribiría si no pensara que son ciertas.

O quizás estamos ante una fuerza natural desconocida que se comporta tanto como un ser hostil y asesino que no nos atrevemos a tratarla de otro modo.

Estamos esperando el coche del granjero, regresaremos con él. Consideramos la posibilidad de hacer el viaje a pie, de partir de inmediato, pero la herida de John y mi experiencia nos hizo desistir.

Hemos tenido otra sesión de sonambulismo, sólo que ésta no terminó de un modo tan inocuo.

Por lo que logramos reconstruir, comenzó con la pesadilla de John, que fue una repetición exacta de la que tuvo la noche anterior, excepto que, según dice John, todas las sensaciones estaban intensificadas.

De igual modo, al experimentar mis primeras sensaciones conscientes John me sacudía y me empujaba. Sólo que esta vez la habitación estaba a oscuras, salvo por los rojos reflejos que provenían del hogar.

Nuestra lucha fue mucho más violenta. Derribamos una silla. Dimos vueltas por el cuarto, chocamos contra la pared, la radio cayó al suelo con estrépito.

Entonces, John se calmó y yo me apresuré a encender la lámpara.

Al volverme, oí que gruñía de dolor.

Se miraba la muñeca derecha con aire estúpido.

Unas marcas como las de la escarcha la rodeaban a modo de un brazalete doble, dejándole un profundo surco.

La carne cortada era de un tono púrpura, y estaba incrustada de sangre congelada.

La carne que quedaba a ambos lados del surco mostraba un aspecto blanco, frío al tacto, y estaba cubierta por unas finas marcas filamentosas, que tenían el mismo tono violeta que el rayo y el cristal.

Pasó un minuto antes de que los cristales de sangre se derritieran.

Desinfectamos y vendamos la herida. A pesar de que la limpiamos con desinfectante, las marcas filamentosas de color violeta permanecieron inalteradas.

Revisamos toda la cabaña sin resultado alguno, y mientras esperamos que amaneciera, decidimos llevar a cabo el plan que ahora tenemos.

Hemos intentado una y otra vez reconstruir qué otra cosa pudo haber ocurrido. Probablemente, yo me levanté mientras dormía —o bien John me sacó de la cama—, pero

¿y después?

Ojalá pudiera deshacerme de la sensación de que estoy inconscientemente aliado con el ser o la fuerza que hirió a John, de que trato de dejarlo entrar.

Por extraño que parezca, tengo tantas ansias de seguir escribiendo como ayer. Me domina la extraña la sensación de que una vez que empiece superaré el obstáculo en seguida. En estas circunstancias, la sensación me desagrada. La verdadera capacidad creativa se alimenta del horror de un modo terriblemente inhumano.

El coche del granjero no tardará en llegar. Afuera parece oscuro. Ojalá pudiéramos sintonizar un informe meteorológico, pero la radio está averiada.

Más tarde. Hoy nos será imposible marcharnos. Una tremenda tormenta de nieve cayó literalmente sobre nosotros minutos después de que terminara de escribir las últimas líneas de este diario. John me dice que estaba casi seguro de que iba a caer, pero que esperaba que en el último momento no nos alcanzaría. Ahora no hay posibilidades de que aparezca el granjero.

La furia de la tormenta me asustaría si no fuera por la otra cosa. Las vigas crujen. El viento aúlla y ruge, absorbiendo el calor de la casa. Una pesada y extraña ráfaga acaba de bajar por la chimenea del hogar y ha desparramado las brasas. Mantenemos un fuego más grande en la estufa, que tira mejor. Aunque apenas acaba de ponerse el sol, afuera no se ve nada, salvo los débiles reflejos de nuestras luces sobre las ráfagas y los remolinos de nieve.

John ha estado ocupado reparando la radio, a pesar de la herida que tiene en la mano; tenemos que averiguar cuánto durará la tormenta. Aunque no sé casi nada sobre el mecanismo del aparato, le estuve ayudando a sostener cosas.

Ahora que no nos queda más alternativa que quedarnos aquí, sentimos menos miedo. Los sucesos de anoche empiezan ya a parecernos increíbles y remotos. Por supuesto que debe de haber alguna fuerza desconocida que anda suelta por esta zona, pero ahora que estamos en guardia, es improbable que pueda volver a dañarnos. Al fin y al cabo, sólo se manifestó mientras estábamos los dos dormidos, y esta noche pensamos quedarnos despiertos, al menos uno de nosotros. John quiere velar toda la noche. Protesté porque tiene la mano herida, pero dice que no le duele demasiado, que sólo siente una ligera palpitación. No está tan hinchada. Dice que todavía siente como si estuviera ligeramente anestesiada por el hielo.

En general, la tormenta y la sensación de peligro físico que trae aparejada han tenido sobre mí un efecto estimulante. Me siento ansioso por hacer algo. Esa inadecuada urgencia por trabajar en mi historia sigue persiguiéndome.

Por la noche. Estoy a punto de irme a la cama un rato. De repente me siento completamente acabado. Pero, gracias al cielo, la radio funciona por fin. Dan un programa sumamente anodino, pero me calma. El informe meteorológico ha dicho que la tormenta podría terminar mañana.

John está animado y alerta. El hacha —la mejor arma que logramos encontrar— descansa contra su silla.

Al día siguiente. He de asentar una versión coherente de los acontecimientos, tal y como sucedieron. Quizá la necesite, aunque si me acusan, no sé cómo podré explicar esta versión ni de qué me valí para hacer las marcas.

¡Debo permanecer en la cabaña! La tormenta de nieve significa la muerte segura. Quizá pueda huir de la cosa.

No debo volver a asustarme. Creo que me salvé de una seria congelación. No fue cuestión del tobillo torcido o gravemente lastimado. Nadie podía llegar a Terrestrial. Fue una locura intentarlo. Por pura suerte encontré la cabaña. Tengo que controlarme. ¡Es preciso! Aunque esté aquí, vigilándome.

Empezaré por describir lo que sucedió anoche. Primero... tuve unos sueños confusos, nieve y negros monstruos arácnidos... que son el reflejo de mi libro. Segundo... sonambulismo..., oscuridad y chispas violetas... John..., movimientos violentos y agitados..., caída por el espacio... un aliento tan frío que quema..., un estampido... dolor súbito..., una ráfaga de chispas blancas..., oscuridad total.

Tercero..., esta mañana. Débil..., terriblemente febril..., mirando fijamente a la pared..., dibujo en el veteado de la madera... familiar..., el dibujo saltó a la superficie más cercana... a la cabeza la espalda de John..., ni sorpresa ni horror al principio..., murmuré: «John también está enfermo. Se quedó dormido en el suelo, igual que yo». Reconocí el dibujo.

Traté de atenderlo durante una hora o más..., inútil..., el cráneo estaba comido..., el cabello se desintegraba..., se pulverizaba al tacto..., líneas violeta..., las huellas se retorcían hacia abajo..., la camisa aparecía toda comida..., la espina dorsal al desnudo..., la carne junto a las huellas era de un blanco de nieve y helada al tacto, más que la cabaña..., temblando todo el rato, en parte por el frío..., la tormenta de nieve continuaba..., se apagaron los dos fuegos..., los encendí..., registré la cabaña..., metí el cuerpo de John en la despensa..., lo tapé..., me hice café... Experimenté entonces un loco deseo de escribir..., traté de hacer funcionar la radio rota..., tenía que hacer algo..., mover las manos cada vez más de prisa..., empecé a temblar..., más y más..., me puse ropa..., me coloqué las raquetas de nieve..., salí en medio de la tormenta..., la fuerza del viento... me derribó dos veces..., intenté seguir agachado..., las raquetas se me enredaron..., caí por tercera vez... dolor..., luché como si algo me hubiera atrapado..., más dolor..., me quedé quieto..., el hielo me cortaba la cara..., tuve que regresar..., me arrastré..., me arrastré eternamente..., ninguna sensación... Vi la puerta de la cabaña abierta..., detrás de mí... lo logré...

Debo controlarme. Debo hacer que mis pensamientos sigan un curso lógico. ¡Reconstruir lo ocurrido!

John dormía. ¿Qué lo hizo dormir? Mientras, ¿yo dejo que la cosa entre? ¿Cómo? John despierta de repente. Lucha conmigo y con la cosa. Me derriba. Él está atrapado como Laocoonte. Golpea con el hacha. Falla. Le da a la radio. No tiene ocasión de asestar un segundo golpe. Es aplastado, congelado, corroído hasta morir.

¿Y después? Yo estaba indefenso. ¿Por qué se detuvo? ¿Está segura de mí y me ha dejado para esta noche? ¿O acaso me necesita? Por momentos tengo la loca sensación de que la historia que he estado escribiendo es cierta, que uno de mis monstruos mató a John, que estoy tratando de ayudarlos a llegar a la Tierra.

Pero eso es debilidad mental..., un intento de racionalizar lo increíble. Esto no es una fantasía, es real. Debo luchar contra estas tendencias demenciales.

Debo hacer planes. Mientras dure la tormenta de nieve, estoy atrapado aquí. Trataré

de agarrarme esta noche. Tengo que mantenerme despierto. Cuando la tormenta amaine, intentaré hacer señales de humo. O, si mejora mi tobillo, trataré de llegar hasta Terrestrial por el camino.

El granjero debería venir, aunque John dijo que cuando los caminos están bloqueados... John...

Ojalá no estuviera tan completamente solo. Ojalá tuviera una radio.

Más tarde. ¡Hice funcionar la radio! Un milagro de la suerte; ayer, mientras ayudaba a repararla, debí de absorber más conocimientos de los que yo mismo había imaginado. Mis dedos se movían diestramente, como si recordasen más que mi mente consciente, y al cabo de poco tiempo logré reemplazar las partes rotas por recambios.

Fue un alivio oír esas primeras voces.

Según se pronostica, la tormenta acabará esta noche.

Me siento considerablemente más tranquilo. Me doy perfecta cuenta de los peligros de la noche que se avecina, pero creo que con suerte lograré escapar de ellos.

Mis emociones están exhaustas. Creo que puedo enfrentarme a lo que venga, con calma y frialdad.

Me sentiría plenamente confiado a no ser por esa enervante y persistente sensación de que un segmento de mi inconsciente se encuentra bajo el control de algo exterior a mí.

Mi principal temor es que ceda a algún impulso repentino y totalmente irracional, como por ejemplo la urgencia por escribir, que a veces se vuelve incomprensiblemente intensa; siento que debo completar el episodio de mi historia en el que me topé con el obstáculo.

Estos impulsos deben de ser trampas para hacer que baje la guardia.

Escucharé la radio. Espero encontrar un buen programa, que me dé tranquilidad.

¡La fantástica urgencia por acabar mi historia!

(Las siguientes líneas del diario de Alderman son completamente ininteligibles; se trata de unos garabatos automáticos, desesperados, realizados con gran premura. En varios sitios, la punta de la estilográfica perforó el papel. De un modo abrupto, el mensaje se vuelve coherente, aunque la velocidad de la escritura parece aumentar, si cabe. La transición es sorprendente, como si un disparatado lunático hubiera simulado de pronto la locuacidad de la cordura. También es notable el cambio de persona, y obviamente está relacionado con la última línea de la anotación anterior.)

La criatura-araña notó que el contacto se había restablecido y, con frialdad, pidió más potencia, aunque eso significase consumir las últimas reservas. No sería conveniente fallar el disparo otra vez, no quedaba energía suficiente para realizar otro intento.

No obstante, deberían lograrlo. El entremetido bípedo había sido eliminado, y el otro bípedo respondía magníficamente.

¡Cuánto habían esperado aquel momento! Habían pasado infinidad de eones esperando a que en aquel lejano planeta aparecieran animales lo bastante inteligentes y que desarrollaran excitadores de radiación adecuados... Unos procesos enloquecedoramente lentos, incluso con estímulos telepáticos. ¡Y cuánto les había llevado al final seleccionar y moldear a uno de los bípedos hasta convertirlo en un sujeto lo bastante sensible! Por momentos había parecido que iba a escapárseles, ocultándose entre

las vulgares tormentas de pensamientos de sus compañeros más obtusos, pero por fin habían logrado tentarlo para que saliera al descubierto. Las condiciones eran aptas para establecer esa delicada combinación de radiaciones físicas y mentales que debía abrir la puerta entre las estrellas y tejer la telaraña a través de los abismos cósmicos.

Y ahora, la criatura-araña había atravesado la mitad de esa telaraña. Ya la había cruzado cinco veces, para ser rechazada justo al final. Esta vez no debía fallar. El destino del mundo dependía de ello.

La mente maleable del bípedo se volvía ingobernable, aunque en un grado todavía no alarmante.

Dado que su mente consciente no lograba soportar la realidad de lo que estaba haciendo, el bípedo la asentaba en forma de cuento de ficción, su racionalización acostumbrada.

Y ahora, la criatura-araña había cruzado el puente. Su carne transmutada tintineó cuando comenzó a reunirse, tembló ante las primeras descargas de radiación de aquel rústico y cálido planeta. Era como renacer.

La mente del bípedo era pura agitación. Obviamente, la parte más torpe, atada aún al planeta, luchaba por recuperar el control, y no tardaría en vencer la porción más sensible; pero eso no ocurriría a tiempo. Sin apasionamiento, la criatura-araña la exploró y captó un horror casi insoportable, el intento de incendiar su morada con un aceite inflamable en un esfuerzo por dañar al invasor (no estaba mal, así se destruirían las pruebas), y el ulterior intento de huir cuando recuperara el control de su cuerpo (eso debe evitarse; el bípedo debe ser vencido y eliminado).

Nadie creería su historia; no obstante, si seguía con vida constituiría un peligro).

La criatura-araña se liberó después de completar el cruce. Mientras su parte mental sufría la última transformación, sintió que el control que ejercía sobre la mente del bípedo se rompía, por lo que se dispuso para la persecución.

Sin embargo, en aquel primer momento de júbilo, sintió un asomo de piedad por el pequeño animal desesperado, condenado ya, que lo había ayudado a alterar de un modo tan notable el destino de su planeta.

Podría haberse salvado con tanta facilidad... Le hubiera bastado con resistir una de las sugerencias telepáticas. Le hubiera bastado con mantener su anterior odio por la voz del rebaño.

Le hubiera bastado con no deshacer el trabajo de sabotaje defensivo que su camarada había llevado a cabo poco antes de morir. Le hubiera bastado con abstenerse de reparar la radio.

Comentario final de Willard P. Cronin, médico de Terrestrial, Montana:

El incendio en la residencia de John Wendle se descubrió a las tres de la madrugada del 17 de enero, poco después de concluida la tormenta de nieve. Yo formaba parte del grupo que partió de inmediato para asistirlos, y fui de los primeros en ver la cabaña destrozada. Entre las ruinas sólo se descubrió un único cadáver con graves quemaduras, que más tarde fue identificado como el de Wendle. Había indicios de que el incendio se inició con la rotura deliberada de una lámpara de queroseno.

Cualquier persona racional llegará a la obvia conclusión de que el «diario» de Thomas

Alderman es el trabajo de una mente enferma, pergeñado casi sin lugar a dudas en un intento por descargar la responsabilidad y la culpa de un crimen bárbaro sobre otros hombros fabulosos; además, intentó ocultar el crimen con el incendio.

Del interrogatorio realizado a los conocidos que Alderman tenía en la ciudad se obtiene la confirmación de que se trataba de un soñador antisocial, de mente débil, un miserable fracasado en su vocación. Es muy posible que el móvil del crimen hayan sido los celos que sentía por su amigo, escritor mediocre cuyos relatos, si bien en su mayoría eran tonterías pueriles de contenidos seudocientíficos pensadas para mentes inmaduras, al menos le proporcionaban un cierto éxito económico. En cuanto a la «historia», igualmente infantil, que Alderman dijo estar escribiendo, no hay pruebas que existiera, aunque es imposible, por supuesto, refutar que existió y que fue destruida en el incendio.

Por desgracia, algunos de los detalles más sórdidos del «diario» se han propagado por Terrestrial, lo que dio lugar a historias de miedo entre los habitantes más ignorantes y crédulos.

Es igualmente una desgracia que un minero llamado Evans, hombre poco educado y supersticioso, miembro del equipo de rescate del grupo que siguió las huellas de Alderman, que se alejaban de la cabaña incendiada, perdiera contacto con su grupo y regresara poco después, aterrado, y refiriendo la descabellada historia de que había encontrado un grupo de «huellas enormes, viscosas y de forma desigual», que corrían paralelas al rastro dejado por Alderman.

Doblemente desafortunado fue también que una repentina nevada evitara que pudiera refutarse su historia mediante una prueba visual, que incluso las mentes más torpes deben aceptar.

De nada sirve señalar a esas mentalidades tan pobres que ningún ciudadano respetable de Terrestrial ha visto nada fuera de lo común en los campos nevados, que los meteorólogos no han informado haber visto ninguna aurora inusual, y que no existen transmisiones de radio que pudieran haber concordado, ya sea en la hora o en el contenido, con los «programas científicos» de los que tanto habló Alderman.

Con la exasperante y ridícula consistencia característica de las epidemias de alucinaciones en masa, las historias de las «huellas extrañas» sobre la nieve y de los distantes atisbos fugaces de «una cosa enorme negra y aracnoide» continúan surgiendo.

Uno desearía, con un fervor comprensiblemente colérico, que todo el episodio hubiera tenido la conclusión decisiva y satisfactoria que el juicio público de Thomas Alderman debería haber proporcionado.

Sin embargo, no pudo ser así. A unos tres kilómetros de la cabaña, el grupo que seguía el rastro de Alderman encontró su cuerpo en la nieve. La expresión de su rostro helado bastó para probar su locura. Una mano tiesa, medio sepultada en la nieve, aferraba la libreta que contenía el «diario». En el dorso de la otra mano, que cubría sus ojos helados, había algo que, aunque sirva de combustible para alimentar los delirios imbéciles como Evans, proporciona al intelecto educado y científico una pista de la fuente de uno de los detalles más grotescos de la invención de Alderman.

Obviamente, lo que tenía en el dorso de la mano debe de haber sido un tosco tatuaje, aunque estaba tan viejo y mal hecho que las punciones características y los discretos gránulos de tinta no se veían con claridad.

Unas cuantas líneas onduladas de color violeta.

El hombre que nunca rejuvenecía

Dicen que no hay nada nuevo bajo el sol. En 1967, Philip K. Dick escribía una interesante novela, Counter Clock World, en la que el tiempo transcurría al revés, y los hombres resucitaban para ir rejuveneciendo a lo largo de sus vidas y terminar desnaciendo. El tema parecía ciertamente original. Sin embargo, veinte años antes, otro conocido autor de SF, Fritz Leiber, había planteado ya el mismo escenario, con todo lujo de idénticos detalles. ¿Puede acusarse a Dick de plagio, o hay que achacar esa identidad a una mera coincidencia de ideas? Ciertamente, no todas las novelas de amores contrariados son una copia de Romeo y Julieta. De todos modos, para que juzguen, aquí está el relato original de Leiber, como testimonio de su coincidencia temática con la posterior obra dickiana. Quienquiera que lo desee puede comparar ambos textos: la novela de Dick apareció en español en el número 25 de la colección de SF de Edaf, con el título de El mundo contra reloj.

Maot está intranquila. A menudo, al caer la noche, avanza con paso lento hacia el lugar donde la negra tierra se une a la amarilla arena y se inmoviliza allí, contemplando el desierto hasta que se alza el viento.

Mientras tanto, yo permanezco sentado, con la espalda vuelta a las cañas, contemplando discurrir el Nilo.

El problema no es tan solo que ella rejuvenezca. Se cansa del trabajo de los campos. Me deja cultivarlos mientras ella dedica sus cuidados al ganado. Cada día lleva a pastar un poco más lejos a las cabras y las ovejas.

Hace tiempo que veo venir las cosas. Desde hace generaciones, los campos se han vuelto menos abundantes y son irrigados con menos asiduidad. Parece haber más lluvia. Las casas se han vuelto más rudimentarias, reduciéndose a veces a simples tiendas. Y, cada año, alguna familia reúne a su ganado y se marcha sin rumbo fijo en dirección oeste.

¿Por qué me aferró tan tenazmente a estos pobres restos de civilización... yo que he visto a los hombres del faraón Keops destruir piedra a piedra la gran pirámide y devolver sus fragmentos a las colinas?

A menudo me pregunto por qué no rejuvenezco. Representa para mí el mismo gran misterio que para los campesinos de piel curtida que se arrodillan con un respetuoso temor ante mi paso.

Envidio a los que rejuvenecen. Aspiro a despojarme de la sabiduría y de la responsabilidad, ardo en deseos de hundirme en un período consagrado al amor y a una febril excitación, en los años despreocupados que preceden al fin.

Pero sigo siendo un hombre barbudo de más de treinta años, llevando la piel de cabra como antes llevaba el jubón o la toga, siempre al borde de la zambullida, sin efectuarla jamás.

Creo que siempre ha sido así conmigo. Ni siquiera puedo recordar mi exhumación, mientras que todo el mundo recuerda la suya. Maot es ingeniosa. No exige de mí lo que ella quiere, pero cuando vuelve a casa por las noches se sienta lejos del fuego, tararea

canciones turbadoras, frota sus párpados con pigmentos para mostrarse deseable a mis ojos, intenta por todos los medios comunicarme la impaciencia que la agita. Me arranca del trabajo al mediodía para hacerme contemplar lo intrépidas que se vuelven nuestras cabras y nuestras ovejas.

Ya no hay jóvenes entre nosotros. Todos se marchan al desierto con la llegada de la juventud, o antes. Incluso los patriarcas resecos, desdentados, apenas salidos de su tumba, se conceden apenas el tiempo de reanimarse con los alimentos y la bebida desenterrados con ellos, reúnen su ganado y su esposa, y se alejan cojeando hacia el oeste.

Recuerdo la primera exhumación a la que asistí. Fue en un país de humos, de máquinas y de permanente información. Pero lo que voy a contar ocurrió en un lugar en pleno campo donde existían aún pequeñas granjas, caminos estrechos y una forma sencilla de vivir.

Había dos mujeres viejas llamadas Flora y Helen. No debían haber transcurrido demasiados años desde su exhumación, pero he olvidado los detalles. Creo que yo era algo así como su sobrino, pero no estoy seguro.

Empezaron a visitar una vieja tumba en el cementerio que había a un kilómetro del pueblo.

Recuerdo los pequeños ramilletes de flores que llevaban con ellas. Sus rostros plácidos y afectados se turbaban. Me daba cuenta de que la pena había penetrado en sus vidas.

Pasaban los años. Sus visitas al cementerio eran más frecuentes. Una vez, acompañándolas, pude observar que la gastada inscripción de la lápida se iba haciendo más clara y más definida, lo mismo que les ocurría a los rasgos de ellas. John, amante esposo de Flora...

A menudo Flora se pasaba toda la noche sollozando, y Helen se dedicaba a sus ocupaciones con una expresión contraída en el rostro. Otras gentes acudían a prodigarles palabras de ánimo, pero no parecían hacer otra cosa más que intensificar su pena.

Finalmente, la lápida estuvo completamente nueva y las hierbas que la recubrían se transformaron en jóvenes brotes que terminaron por desaparecer en la amarronada tierra. Como si aquellos fueran los signos que su oscuro instinto esperaba, Flora y Helen dominaron su dolor y acudieron a ver al ministro del culto, al encargado de las pompas fúnebres y al médico, a fin de tomar las disposiciones necesarias.

Un frío día de otoño, con el viento levantando torbellinos de hojas secas, la procesión se puso en camino: el coche fúnebre vacío, los automóviles oscuros y silenciosos. En el cementerio nos encontramos con dos hombres provistos de palas que se apartaron discretamente de la tumba recién abierta. Luego, mientras Flora y Helen lloraban amargamente y el ministro del culto pronunciaba unas solemnes palabras, fue extraída una estrecha caja de la tumba y transportada hasta el coche fúnebre.

En casa, se desatornilló y retiró la tapa de la caja, y pudimos ver a John, un viejo de rostro cerúleo con una larga vida ante sí.

A la mañana siguiente, de acuerdo con un ritual que parecía tan viejo como el tiempo, fue sacado de la caja, y el encargado de las pompas fúnebres, tras desnudarlo, extrajo de sus venas un líquido de olor acre y le inyectó en su lugar sangre de un color

vivo. Luego fue llevado a la cama. Tras varias horas de espera, durante las cuales sus ojos permanecieron vidriosos, la acción de la sangre empezó a manifestarse. Se agitó, y su primer soplo resonó como un jadeo en su garganta. Flora se sentó en la cama y lo apretó contra ella en un impresionante abrazo.

Pero estaba muy enfermo y necesitaba descanso, de modo que el médico le hizo a la mujer señas de que se marchara de la habitación. Recuerdo la expresión de su rostro cuando cerró la puerta tras ella.

Yo también hubiera debido sentirme feliz, pero creo recordar 46 que este episodio me daba la impresión de que contenía un elemento malsano. Quizá nuestras primeras experiencias de los grandes momentos cruciales de la vida siempre nos afecten así.

Amo a Maot. Los centenares de mujeres a las que he amado antes que a ella durante el vagabundeo de mi descenso al filo del mundo no han restado nada a la sinceridad de mi afecto.

No entré en su vida —ni en la de las demás— como lo hacen normalmente los amantes: al salir de la tumba, o en la violencia de una terrible disputa. Yo soy el eterno vagabundo.

Maot sabe que existe algo extraño en mí. Pero no lo tiene en cuenta, en sus esfuerzos por llevarme a hacer lo que ella quiere. Amo a Maot, y finalmente accederé a su deseo. Pero primero me retardaré un poco en las orillas del Nilo, pensando en las grandiosas visiones que suscita.

Mis primeros recuerdos son siempre los más difíciles de evocar, y lucho duramente por interpretarlos. Tengo la sensación de que si pudiera ir ligeramente un poco más atrás, comprendería algo realmente terrible. Pero en apariencia nunca soy capaz de realizar el esfuerzo necesario para ello.

Aparecen de pronto entre el tumulto y la confusión, entre las tinieblas y el miedo. Soy un ciudadano de una gran nación lejana, imberbe y portador de unas horribles y sucintas ropas, pero en nada diferente, ni en edad ni en aspecto físico, de lo que soy hoy en día. El país donde vivo es cien veces más grande que Egipto, y sin embargo es tan solo uno entre muchos otros países.

Todos los pueblos del mundo se conocen entre sí, y el mundo es redondo, no plano, y flota en una inmensidad infinita salpicada por los islotes de los soles, en vez de estar confinado bajo una bóveda llena de estrellas.

Hay máquinas por todas partes, y las noticias dan la vuelta al mundo en un segundo, y los deseos son numerosos. Hay una abundancia que supera toda imaginación, posibilidades incomparables.

Sin embargo, los hombres no son felices. Viven en el miedo. El miedo, si mis recuerdos son exactos, a una guerra que se abatirá sobre nosotros y quizá nos destruya a todos. Permanece suspendida sobre nosotros como la noche.

Las armas que tienen preparadas para esta guerra son terribles. Grandes aparatos que navegan sin piloto, no por las aguas sino por el aire, y pueden recorrer medio mundo para destruir una ciudad enemiga. Otros que estallan en el cielo y caen, como si el ataque procediera de las estrellas.

Nubes envenenadas. Mortales motas de polvo luminoso.

Pero las peores son las armas de las que solo corren rumores.

Durante meses que parecen eternidades nos hallamos al borde de esta guerra. Sabemos que los errores han sido cometidos, las etapas irrevocables franqueadas, las últimas oportunidades desperdiciadas. No podemos hacer otra cosa más que aguardar el acontecimiento.

Parece como si una razón especial justificara la intensidad de nuestra desesperación y de nuestro horror. Como si hubiera habido otras guerras mundiales anteriores de las que hubiéramos salido cada vez jurándonos amargamente que esa sería la última. Pero no recuerdo nada de eso. El mundo y yo podríamos haber sido creados muy bien al amparo de la catástrofe, en una exhumación universal.

Pasan los meses. Luego, milagrosamente, increíblemente, la guerra empieza a perder terreno. La tensión se relaja. Las nubes se disipan. Se desarrollan grandes actividades diplomáticas, conferencias y planes. Se alzan las esperanzas de una paz duradera.

Pero este período no se prolonga. En un brusco holocausto, se alza un opresor llamado Hitler. Es extraño que este nombre acuda a mí a través de todos estos milenios. Sus ejércitos se desparraman por el globo.

Pero su éxito es efímero. Sus ejércitos retroceden, e Hitler cae en el olvido. Al final no es otra cosa más que un oscuro agitador, casi desconocido.

Sigue otra paz, pero tampoco esta dura demasiado. Una nueva guerra, menos mortífera que la anterior, y que también se diluye en un período más tranquilo.

Y así sucesivamente.

A veces pienso (debo aferrarme a esta idea) que antes el tiempo fluía en sentido inverso y que, como una reacción a la última y definitiva guerra, se giró sobre sí mismo y empezó a retrazar su camino anterior. Que nuestras vidas actuales no son más que un recomenzar desarrollándose al revés. Un gran movimiento de retroceso.

En este caso, el tiempo podría dar media vuelta de nuevo. Podríamos tener otra posibilidad de escalar la barrera.

Pero no...

Este pensamiento se desvanece en las ondulaciones del Nilo.

Otra familia abandona hoy el valle. Durante toda la semana han ascendido penosamente la arenosa hondonada. Y ahora, girándose quizá para lanzar una última ojeada al borde de los amarillentos riscos, se recortan contra el cielo... semejantes a pequeñas manchas verticales los hombres, achaparradas los animales.

Maot los observa a mi lado. Pero no hace ningún comentario. Está segura de mí.

El risco está de nuevo vacío. Muy pronto habrán olvidado el Nilo y los turbadores fantasmas de sus recuerdos.

Toda nuestra existencia está hecha de olvido y de disminución. Del mismo modo que el niño es absorbido por su madre, los grandes pensamientos son engullidos por el espíritu del genio. Al inicio se hallan por todas partes. Nos rodean como el aire. Luego se produce una reducción.

Dejan de ser conocidos por todos. Entonces aparece un gran hombre, y los guarda para sí mismo, y se convierten en un secreto. Solo subsiste la inquietante convicción de que algo dotado de valor ha desaparecido.

He visto a Shakespeare describir sus grandes obras. He contemplado a Sócrates desimaginar sus grandes pensamientos. He oído a Jesucristo despronunciar sus grandes palabras.

Hay una inscripción grabada en la piedra, y parece estar ahí para siempre. Volviendo a ella tras tantos siglos, la encuentro como siempre, solo que un poco menos desgastada, y pienso que ella al menos permanecerá. Pero un día acude un escriba, y rellena laboriosamente los surcos trazados sobre la piedra hasta dejarla de nuevo intacta.

Entonces solo él sabe lo que hubo escrito allá. Y apenas rejuvenece un poco más, este conocimiento muere para siempre.

Lo mismo ocurre con todo lo que nos afecta. Nuestras casas se vuelven nuevas y las desmantelamos, luego devolvemos discretamente a sus lugares los materiales, a la mina y a la cantera, al bosque y a los campos. También nuestras ropas se renuevan, y las retiramos. Y rejuvenecemos, olvidamos, y terminamos por buscar ciegamente una madre.

Todos se han ido ya. Solo quedamos Maot y yo.

No había imaginado que ocurriera tan pronto. Ahora que se acerca el fin, la Naturaleza parece tener prisa.

Supongo que quedan aún algunos otros rezagados aquí a lo largo del Nilo, pero me complace imaginar que nosotros somos los últimos en contemplar desaparecer los campos, los últimos en observar el río sabiendo lo que simbolizó en un tiempo, antes de caer en el olvido.

Nuestro mundo es un mundo donde los perdedores se transforman en conquistadores. Tras la segunda guerra de la que he hablado, se produjo un largo período de paz en mi país natal, bordeado por dos océanos. Por aquella época había entre nosotros los miembros de un pueblo primitivo llamados indios, que eran despreciados, sometidos a coacciones y obligados a vivir apartados en territorios que nadie quería. No concedíamos la menor atención a este pueblo. Nos hubiéramos echado a reír si alguien hubiera pretendido que iban a traernos problemas.

Pero una chispa de rebelión brotada de alguna parte se prendió entre ellos. Formaron hordas, se armaron de arcos y de fusiles de mediocre calidad, y tornaron contra nosotros el sendero de la guerra.

Libramos contra ellos pequeños combates menores que no eran en absoluto decisivos.

Persistieron, volviendo una y otra vez al asalto, tendiendo emboscadas a nuestros hombres y a sus carros, acosándonos sin descanso, terminando por invadir algunas de nuestras tierras.

Sin embargo, seguíamos considerándolos como de una importancia tan insignificante que incluso hallamos el tiempo de iniciar entre nosotros una guerra civil.

La salida de esta guerra fue triste. Una porción de nuestros conciudadanos de piel negra se vio reducida a la esclavitud y empleada en trabajar duramente a nuestro servicio en las casas y en los campos.

Los indios se hicieron más y más temibles. Paso a paso, fueron haciéndonos retroceder a través de las grandes llanuras y los ríos del centro oeste, luego por las montañas cubiertas de bosques, en dirección al este.

Nos mantuvimos algún tiempo en la costa este, principalmente ligándonos a una nación insular transoceánica, a la cual entregamos nuestra independencia.

Se produjo de todos modos un acontecimiento reconfortante. Los esclavos negros fueron reunidos, apiñados en barcos, y llevados hacia las orillas del sur de este continente donde residí en la actualidad, y allá fueron liberados y puestos en manos de tribus guerreras que los aceptaron en su seno.

Pero la presión de los indios, ayudados esporádicamente por aliados extranjeros, aumentaba.

Ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo, campamento tras campamento, abandonábamos el país y poníamos rumbo al mar. Al final, los indios se volvieron extrañamente pacíficos, de tal modo que los últimos en embarcarse parecían huir menos bajo los efectos de un miedo material que los de un terror sobrenatural inspirado por los verdes bosques silenciosos que habían aniquilado sus casas.

Al sur, los aztecas tomaron sus puñales y sus afiladas espadas para arrojar a los... creo que se llamaban los españoles.

Un siglo más tarde, todo el continente occidental era olvidado, si se exceptúan confusas reminiscencias que atormentaban algunos recuerdos.

El aumento de la tiranía y de la ignorancia, el estrechamiento constante de las fronteras, las rebeliones de los oprimidos, que a su vez se convertían en opresores... todo esto marcó la siguiente época de la historia.

Una vez creí que el curso de las cosas se había invertido. Un pueblo poderoso y disciplinado, los romanos, surgió y colocó bajo su imperio a la mayor parte del disminuido mundo.

Pero esta estabilidad resultó transitoria. Una vez más los gobernados se alzaron contra los gobernantes. Los romanos fueron rechazados de Inglaterra, de Egipto, de las Galias, de Asia, de Grecia. Surgiendo del desierto, Cartago emergió para enfrentarse con éxito a la preeminencia de Roma. Los romanos se refugiaron en Roma y se debilitaron, diseminándose cada vez más, antes de perderse en un laberinto de migraciones.

Durante un siglo glorioso llamearon pensamientos estimulantes en Atenas, luego perdieron todo su alcance.

Tras lo cual el declive prosiguió a un ritmo regular. Ya no volví a tener la engañosa ilusión de que el flujo se había invertido de nuevo.

Excepto esta única y última vez.

Pedregoso y reseco por el sol, lleno de templos y de tumbas, consagrado a la calma y a las costumbres, pensé que Egipto iba a durar. El paso de siglos casi inmutables alentaban esta convicción. Me decía que aunque no hubiéramos alcanzado el momento de la inversión de la corriente, sí al menos habíamos alcanzado un remanso.

Pero han llegado las lluvias, los templos y las tumbas regresan a cubrir los huecos practicados en las montañas, y la calma y las costumbres han cedido su paso a los agitados instintos de los nómadas.

Si existe una inversión de la corriente, no se producirá antes de que el hombre se haya confundido de nuevo con los animales.

Y Egipto debe desaparecer, como todo lo demás.

Mañana partimos Maot y yo. Hemos reunido nuestro rebaño. Hemos enrollado nuestra tienda.

Maot llamea juventud. Está muy enamorada.

Será extraño, en el desierto. Muy, muy pronto, intercambiaremos nuestro último y más tierno beso, y ella me hablará con una vocecita infantil, y yo velaré por ella hasta que encontremos a su madre.

O quizá un día la abandone en el desierto a fin de que su madre la encuentre.

Y yo proseguiré mi camino.